

VIAJE A UNA PROVINCIA DEL INTERIOR

BIBLIOTECA



ENRIQUE GIL

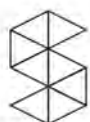
Paradiso Gutenberg



DESTINO FRANKFURT 2022

Un romántico en la construcción de Europa

#BooksfromSpain



ESPAÑA
Creatividad Desbordante
Invitado de Honor en la
Feria del Libro de Fráncfort 2022



DESTINO FRANKFURT 2022 [*Enrique Gil: un romántico en la construcción de Europa*] es una acción cultural transversal y colectiva, promovida por la FUNDACIÓN BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, desarrollada en 2021 y 2022, implicando a una amplia comunidad editorial, literaria y artística, en torno a un relato de actualidad: los inicios de la construcción de Europa, desde la primera mitad del siglo XIX, y el Romanticismo —entendido a la manera progresista e integradora de Enrique Gil—, como motor y cauce de un diálogo cultural profundo y enriquecedor.

FUNDACIÓN BIBLIOTECA ENRIQUE GIL
con la participación de



Viaje a una provincia del interior

BIBLIOTECA ENRIQUE GIL
VOLUMEN III

Primera edición, 2014

Segunda edición, 2021

© De la *Introducción*, Valentín Carrera, 2014.

© FUNDACIÓN BIBLIOTECA ENRIQUE GIL

© *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, de ENRIQUE GIL.

© *Un viajero llamado Enrique*, JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA, 2014.

© *La mirada de Enrique Gil*, PAZ DíEZ-TABOADA, 2014.

© *El viaje interior de Enrique Gil*, EPÍCTETO DÍAZ NAVARRO, 2014.

© *Enrique Gil en El Bierzo*, ANICETO NÚÑEZ GARCÍA, 2014.

© Fotografía, ANXO CABADA, 2014.

Portada: Fragmento de *El estanque de la Ville d'Aray*, Jean-Baptiste-Camille Corot, 1865, óleo sobre tela, 40 × 61,5 cm., Galería Witcomb, Buenos Aires.

Diseño portada y colección: Denís Fernández Cabrera, Sacauntos.

Ilustraciones y grabados de época: *Semanario Pintoresco Español* y *Los españoles pintados por sí mismos*.

Obra Completa: ISBN 978-84-941762-9-6

Volumen III, *Viaje a una provincia del interior*: ISBN 978-84-941762-2-7

Dep. legal C 559-2014

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los propietarios del copyright.

Paradiso _ Gutenberg

www.bibliotecaenriquegil.com

VIAJE A UNA PROVINCIA DEL INTERIOR

BIBLIOTECA



ENRIQUE GIL

Paradiso Gutenberg

Nota del editor

Tras la muerte de Enrique Gil en Berlín en 1846, su obra quedó en el olvido, con excepción de *El Señor de Bembibre*. Su valiosa poesía no se publicó hasta 1873 y su preciosa obra periodística permaneció largo tiempo perdida y dispersa en las hemerotecas, de donde la rescataron en una labor arqueológica sus amigos Del Pino y De la Vera en 1883, luego Jorge Campos y casi cien años después el profesor Picoche. A pesar de sus esfuerzos, el periodismo de Gil sigue siendo la parte peor conocida y editada de su intensa y profunda obra.

Sin embargo, además de novelista, poeta y diplomático, Enrique Gil fue periodista, un excelente periodista, y este fue su verdadero trabajo profesional y su medio de vivir durante años. Su obra periodística ocupa cuatro volúmenes de la BIBLIOTECA ENRIQUE GIL: *Crítica literaria*, *Viajes y costumbres*, *Último viaje*. *Diario París-Berlín*, y este que el lector tiene en sus manos, originalmente titulado *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, compendio de ocho reportajes publicados por Gil en *El Sol*.

Ediciones anteriores

Hemos encontrado seis ediciones del *Bosquejo*, a saber:

1ª. *El Sol*, diario político, religioso, literario é industrial, Madrid, 1843, núms. 65, 75, 82, 89, 97, 99, 132 y 137¹.

2ª. *Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco*, coleccionadas por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla [1883], en adelante, *Obras en prosa*.

3ª. *Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco*, edición de Jorge Campos, BAE, 1954, en adelante, *Obras completas [O. C.]*.

4ª. *Costumbres y viajes*, prólogo de Rafael Benítez Claros, colección Mediodía, Publicaciones Españolas, 1961, en adelante, *edición Mediodía*. Reproduce miméticamente la edición de las *Obras completas*.

5ª. *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, edición de Paz Díez-Taboada, Breviarios de la Calle del Pez, Madrid, 1985, en adelante, *edición Díez-Taboada*. Es la más completa, sin duda: aporta valiosas notas y una magnífica introducción que, por su generosidad, se reproduce en parte en las *Lecturas* de este volumen.

¹ Hemos cotejado la serie completa, excepto el n.º. 82 que no se conserva en la *Hemeroteca Digital*, gracias al excelente servicio de la Biblioteca Nacional y a la valiosa ayuda de la Biblioteca Xeral de la Universidad de Santiago, a cuyos trabajadores expresamos nuestra gratitud.

6ª. *Artículos de Viajes y de Costumbres*, prólogo de Ramón Alba, Miraguano Ed., Madrid, 1999, en adelante, edición Miraguano. Repite las erratas de las *Obras completas*.



El Sol, de Ríos Rosas (1843)

Gil desarrolló su carrera como periodista primero en *El Correo Nacional* y en el *Semanario Pintoresco*, así como en *El Pensamiento*, aventura literaria promovida por Espronceda, donde Gil tuvo un papel relevante, como colaborador y editorialista².

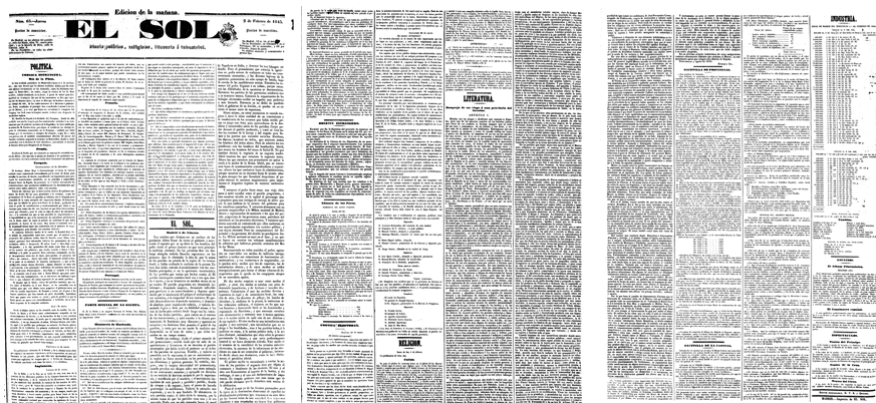
En mayo de 1842 muere Espronceda, y Gil, desvalido, deja el periodismo y se centra en la redacción de *El Señor de Bembibre*, con la tranquilidad económica que le da su puesto de bibliotecario. En verano regresa al Bierzo y escribe estos ocho artículos del *Bosquejo* que publicará a partir de febrero de 1843, “de manera irregular y cuando quedaba espacio” en *El Sol*, “diario mal impreso y de peor apariencia”, en opinión de Picoche, que compartimos.



En aquellos días las conjuras se sucedían, los gobiernos duraban poco y la alternancia, no siempre pacífica, entre progresistas y absolutistas devino en extraña costumbre. Aquel año de 1843 en que Gil, huérfano de Espronceda y algo enfermo, andaba desorientado en su vida, el general Espartero cayó en desgracia y cambió el régimen. El 30 de julio Espartero marcha al exilio y en octubre, al cumplir los trece años, Isabel II accede al trono. Otro año convulso en el que de nuevo se cruza la política en el camino del periodismo.

² Sobre el trabajo periodístico de Gil, véase nuestro ensayo *El periodista Enrique Gil* en vol. IX, BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, que incluye el censo de sus noventa artículos conocidos.

Al frente del diario *El Sol* está en 1843 un político malagueño, Antonio de los Ríos Rosas, antiguo compañero de Gil en la redacción de *El Correo Nacional*. Ambos volverán a coincidir más tarde en la etapa final de Gil como periodista, en *El Laberinto*. Quiere decirse que había una cierta endogamia en los periódicos de la época, pero el alineamiento político podía ser transversal. Si *El Pensamiento* había sido “la revista más iconoclasta e irreverente del romanticismo literario español”, al decir de Borja Rodríguez, *El Sol* se presenta como «diario político, religioso, literario é industrial». Ríos Rosas era un liberal conservador, muy crítico con el gobierno de Espartero, que entra pronto a formar parte del Consejo Real de Isabel II.



Entre febrero y abril, *El Sol* publica desordenadamente los ocho capítulos del *Bosquejo*, cuya lectura confirma la mala impresión expresada por Picoche: en efecto, era un diario ilegible y de pobre apariencia, tenía 52 cms. de alto, formato sábana a la manera de los tabloides ingleses, ninguna ilustración, ninguna gracia o asomo de diseño; los artículos de Gil salen en columnas verticales corridas, ocupando toda la caja de arriba a abajo, sin un ladillo, sin un espacio en blanco. El folletín del *Bosquejo* concluye sin pena ni gloria el 27 de abril y dos días después, el 29 de abril de 1843, *El Sol* publica su último número, 139, y cierra. El periodista Gil queda de nuevo a la intemperie y sus bosquejos amarillaron durante cuatro décadas en las hemerotecas.

La edición amiga de Joaquín y Fernando

Joaquín del Pino y Fernando de la Vera é Isla fueron dos amigos muy cercanos de Enrique Gil que cuarenta años después de su muerte se ocuparon de la primera y muy valiosa edición de sus desperdigados

escritos. La edición de las *Obras en prosa* [Imprenta de la viuda e hijos de D. Aguado, Madrid, 1883, dos tomos] es el mejor homenaje que en aquel momento podían rendir a la memoria del amigo llorado.

Pero Del Pino y De la Vera eran, más que personas de orden, dos comulgantes de posiciones ideológicas muy conservadoras, lo que les lleva a corregir a Gil sin disimulo cuando creen que su amigo se aparta de la ortodoxia. En esta edición hemos eliminado sus *morcillas* a pie de página, pero aquí mismo las tiene el lector, nuevamente embutidas. Cuando en la primera entrega del *Bosquejo*, Gil escribe: “Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará a una playa extranjera dentro de poco”, los editores interpretan un pronóstico fatal y apostillan:

Demasiado pronto se realizó este melancólico presentimiento. El autor salió a los dos años de España con una honrosa comisión del Gobierno y a los tres murió en el extranjero, víctima de su aplicación, sin volver a pisar el país que le vio nacer. [Nota de Joaquín del Pino y Fernando de la Vera é Isla, *Obras en prosa*, 1883, t. II, p. 324].

Más llamativa es la piadosa nota que consignan en la cuarta entrega para enmendar la plana al autor y corregir lo que Pino y Vera entienden que, “por el contexto, tiene un peligroso tufillo anticlerical” [Paz Díez, p. 58]. Escribe Gil: “Triste es el vandalismo de las guerras y revoluciones, pero el que se oculta detrás de las corbatas y hopalandas, es cien veces más odioso y repugnante”. Y matizan los piadosos editores [la negrita es nuestra]:

La censura es merecida, si la iglesia antigua estaba realmente como hecha de ayer, cuando la derribaron, cosa en que pudo andar trascordado el monje que lo afirmó, tratándose de antecedentes de larga fecha, para erigir un templo más acomodado a las cercanías del culto no era preciso destruir el antiguo; tampoco puede asegurarse qué parte de culpa cabría a los monjes en las ofensas al arte en un edificio que habían dejado de habitar nueve años antes de que lo visitara el ilustre escritor. Pero **en todo caso la censura de éste va más allá de lo justo**; hechos excepcionales de esa naturaleza, hijos del error o del mal gusto en uno o varios individuos de una comunidad, son ciertamente dolorosos, **pero no tan repugnantes como la devastación violenta y calculada**, que ha privado a nuestro país de tantas preciosidades artísticas allegadas y conservadas en el transcurso de largos años y en su mayor parte por corporaciones religiosas.

Nuestra edición

Expurgadas y santiguadas al lector estas dos *morcillas*, en lo demás hemos respetado el texto inicial de Gil y sus notas, complementadas con las del editor, que nos han parecido útiles para el lector actual, siguiendo *El Sol* y la edición de 1873, que sigue siendo la más fiable. *Obras completas* introduce bastantes erratas que las posteriores reproducen aleatoriamente. Un botón de muestra: en la iglesia de San Marcos, Gil observa “dos relieves de un tal Orozco que **representa** la crucifixión y el descendimiento”. Véase el párrafo en *El Sol* de 27 de abril de 1843:

La iglesia es en su mayor parte gótica y como tal de religioso y serio aspecto; pero sin embargo, por varias de sus partes asoma la nueva faz del arte. La sillería del coro, obra de un tal Guillermo Doncel, bajo la prelación del ya mencionado don Hernando de Villares (1542) es tan digna de consideracion y alabanza, como lo es de desprecio su continuacion desdichada, que tuvo fin en el año de 1723. A entrambos lados de la portada de la iglesia hay dos relieves de un tal Orozco que representa la crucifixion y el descendimiento, que nosotros hemos visto todavía poco deteriorados, y de los cuales apenas quedan ya algunos pedazos. Suerte mejor merecian sin duda, porque eran de las esculturas cuya espresion, composicion y dibujo han producido en nuestro ánimo una impresion profunda. El descendimiento en particular era un modelo de agrapacion y sentimiento. De presumir es que este escultor trabajase en la parte primitiva de la fachada, pues seguramente no desdican de tan diestra mano los medallones y grotescos que la adornan.

La edición de 1873³ corrige la posible errata del cajista —sin el manuscrito, es imposible saber si fue de Gil—; pero las ediciones de Campos, *Miraguano* y Díez-Taboada restituyen la errata y transcriben el verbo en singular, ‘representa’⁴; mientras que la edición *Mediodía*⁵ y la presente lo corregimos. En otros casos parece una ausencia de criterio (San Zoil por San Zoilo; Peñalva por Peñalba), que no puede convalidarse cuando el río Torío (correcto en *O. C.*, p. 344 y en *Díez*, p. 160) se convierte en Torio (*Miraguano*, p. 146 y *Mediodía*, p. 145).

Al respecto, siguiendo el criterio de la BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, se actualiza la ortografía (hereges, sugetos, etc.); así, preferimos Montearenas a Monte de Arenas, Foncebadón a Fuencebadón, Aquiana en vez de Aguiana, Laciana por La Ceana, conde de Lemos en vez de Lemus, o san Isidoro en vez de san Isidro.

En cuando al topónimo fundacional berciano, *Bergidum* [del que procede Bierzo, a partir de la raíz céltica o germánica *berg-*, ‘monte’], *El*

³ P. 411.

⁴ Véase p. 343, p. 145 y p. 157, respectivamente.

⁵ Edición *Mediodía*, p. 143.

Sol utiliza indistintamente ‘Bérgidum’ y ‘Bélgidum’; ambas variantes serían correctas y están documentadas en época romana⁶, pero escogemos la más extendida, *Bergidum*, que aparece ya en la *Geografía* de Ptolomeo como *Bergidum Flavium*. Por último, actualizamos “comarca de El Bierzo” a “comarca del Bierzo” y todos los casos similares, siguiendo el reciente criterio de la RAE⁷; y aunque Gil emplea con frecuencia ‘Vierzo’, como era habitual entonces (reproducimos un ejemplo de tantos, *El Sol*, núm. 75), desoyendo nuestro propio gusto y querencia, mantenemos el actual ‘Bierzo’ para que nadie se rasgue las vestiduras.

ducirnos al fondo en no muy grandes pedazos, y nos sentamos en un ribazo á descansar y disfrutar el magnífico panorama que delante de nosotros se desplegaba.

Teníamos á nuestra derecha la risueña llanura del Vierzo que cubierta por una ligera neblina y terminada por una cadena de azuladas montañas, parecía al primer aspecto el mar con un horizonte de nubes. Observando un poco mas, se divisaban sus pueblos y sus rios, sus praderas y viñedos, sus llanos y colinas, la esplanada del antiguo Bergidum y los conventos de Carracedo y de Cabeza de Alva con sus contornos y perspectiva general extraordinariamente suavizados por aquel trasparente vapor que los envolvía. Casi á nuestros pies el tranquilo lago de Carracedo parecía un verdadero espejo, pues en sus aguas se pintaban las blandas colinas y encinas viejissimas que

Y todo ello lo hacemos, si se nos permite, con el rigor debido pero sin fundamentalismo ortográfico ni de otro tipo, sin sentar cátedra y con el solo propósito didáctico de facilitar la lectura contemporánea, acercar a Gil al lector, que es de lo que aquí se trata.

Aunque el cotejo ha sido minucioso, procurando ofrecer los textos de Gil limpios y renovados, atractivos para su mejor divulgación, estamos seguros de que, habiendo eliminado errores ajenos, el lector atento encontrará los nuestros, pues no caeremos en la ingenuidad de afirmar que este libro «no contiene erritas».

Originales manuscritos

Finalmente, y al hilo de la reconstrucción de la obra completa del autor que venimos haciendo en esta BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, cabe una consideración sobre el modo idóneo de editar en el año 2014 textos periodísticos escritos a mano y nacidos para las prensas de 1830. Aunque la edición, nunca definitiva, de los textos periodísticos de Gil, o

⁶ Díez-Taboada, *Bosquejo*, p. 164.

⁷ Criterio que el académico berciano Valentín García Yebra ya argumentó en su día. Véase *Sobre el artículo antepuesto a los nombres propios*, *ABC*, 10-7-1998.

de sus contemporáneos, no sea la restitución de los *Manuscritos del Mar Muerto*, tiene su intrínquilis.

El lector debe situarse en 1830; ya se había inventado la primera máquina de escribir, pero faltaba un siglo hasta que se popularizó su uso. Larra, Espronceda, Zorrilla y Gil escribían sus poemas, artículos y novelas a mano, casi como Cervantes en su siglo y Cicerón en el suyo, con la caligrafía que la fortuna concedió a cada cual. Aunque en aquellos años la imprenta sufre una verdadera revolución tecnológica e industrial, hacia 1830 el proceso del original, desde la mesa del periodista hasta el taller del impresor Francisco Mellado, apenas había cambiado. ¿Cómo escribía y entregaba sus originales de prensa el periodista Enrique Gil en 1830? Sin duda, a mano; y era tarea de correctores y cajistas trasponer sus rasgos y trazos personales a la uniformidad de la tipografía más elegante del momento o a una tan desastrada como la de *El Sol*. Puede el lector suponer el margen de error, la puntuación que va y viene, y la necesidad de reinterpretar aquellos artículos de prensa, respetuosamente, con las herramientas actuales.

Editar el texto del *Bosquejo* no es, desde luego, copiar tal cual las innumerables erratas de *El Sol*: flaco favor haríamos al autor y a sus lectores acentuando ‘ó’, ‘á’ y ‘é’, y dejando sin acento ‘sintoma’ y ‘artístico’. No podemos atribuir a Gil, porque otros artículos suyos no lo corroboran, el uso arbitrario de la cursiva o de las mayúsculas. Podríamos reproducir cientos de ejemplos, pero es innecesario; el investigador y el lector curioso tienen los facsímiles del periódico *El Sol* en la *web* de la BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, donde podrán comprobar que, de toda la hemeroteca del XIX consultada en la preparación de estas obras completas, *El Sol* es, con diferencia, el periódico más desaliñado.

No hemos hallado ningún manuscrito de obras de Gil, pero conocemos muchos documentros de su puño y endiablada letra⁸:

A handwritten signature in cursive script, reading "Enrique Gil". The signature is written in black ink on a white background. The letters are fluid and connected, with a prominent flourish at the end that loops back under the main text.

⁸ Entre otros, las cartas y oficios contenidos en los expedientes de Gil en el Archivo Histórico Nacional y en la Biblioteca Nacional.

Mi Señor mío, tengo el honor de acompañar á U. S. las certificaciones de los gastos de correos corridos hasta fin de Febrero del presente año en portantes á los diócesanos, 16. de Liberos á fin de que se digna ordenar su abono con arreglo á la M. O. de 30 de Noviembre de 1824.

Dios guarde á U. S. m. S. Berbeo 2. de Marzo de 1825.

Enm Señor
B. S. M. de U. S.
su atento y seguro servidor
Enrique Gil

Las diarios y revistas tenían entonces un modo muy básico de titular, maquetar e ilustrar los artículos y colaboraciones. Como ya dijimos, la caja de *El Sol* era un corsé tipográfico: larguísimas columnas, párrafos demasiado extensos y líneas de texto cuyo ajuste tiene prioridad sobre el punto y aparte. No existían titulares, sumarios ni ladillos que guiaran al lector o llamaran su atención. Tampoco esta pobreza tipográfica de 1843 puede condicionar una edición actual: más allá de la deformación profesional del editor, no se concibe hoy un reportaje de prensa sin la debida maquetación periodística. Si Enrique Gil hubiera publicado en 2014 o 2021, además de hacerlo en su propio *blog*, sus brillantes artículos saldrían editados con titulares a cinco columnas y profusión de fotos. Y, puesto que nuestro propósito es actualizar la obra del primer periodista berciano, nos ha parecido conveniente ilustrar su libro con algunas imágenes e introducir los títulos y ladillos que suponemos hoy pondría Gil con un teclado táctil.

Por último, una curiosidad: nuestro autor firmaba los artículos en *El Sol*, en el *Semanario Pintoresco*, en *Los Españoles pintados por sí mismos* y demás publicaciones **siempre** como “Enrique Gil”, como en esta primera firma en *El Sol*:

lo miraría como gatacon cumplido de sus aianes. De ello avisamos aquí á sus individuos como en lugar mas oportuno daremos cuenta á los redactores y colaboradores de la *España monumental y artistica* de otras cosas que sin duda cumplen á su noble propósito.

En un próximo artículo hablaremos de otras antigüedades romanas enteramente distintas que contiene el Bierzo, en mas abundancia quizá que ningun otro distrito de España.

PONFERRADA y agosto de 1842.

ENRIQUE GIL.

GACETILLA DE PROVINCIAS.

—Nos escriben de Granada:

«Los ladrones se aumentan, los robos se hacen con el mayor escándalo, en términos de no poderse salir á los caminos mas concurridos, y los castigos no los vemos. Salimos de dos personas de esta ciudad á las que han escrito dos cartas para que, en los pun

A veces firma con las iniciales “E. G.”; pero no hemos encontrado ninguna como “Gil y Carrasco” o “Enrique Gil y Carrasco”. Por ello, respetando su preferencia, nos referimos al autor habitualmente como Enrique Gil.

Lecturas

El texto del *Bosquejo* no es muy extenso (apenas 80 páginas en esta edición; entre 60 y 90 en las otras), pero es sabroso. Tan apetitoso que hemos preferido darlo al lector sin más aderezos que los dichos. Sin embargo, para cumplir el propósito de estudio y divulgación de la obra de Gil, la lectora deseosa de un análisis en profundidad, el docente o el bendito curioso encontrarán en la segunda parte de este volumen cuatro lecturas complementarias.

En primer lugar, como un íntimo homenaje a quien fue profesor y amigo muy querido de tantos ponferradinos, el ensayo de José Antonio Carro Celada, *Un viajero llamado Enrique*. El astorgano Carro Celada, alma gemela de Gil en sensibilidad y afecto, muestra un dominio, un conocimiento y familiaridad tal con la obra del viajero leonés que su ensayo es una verdadera visión omnisciente de nuestro autor.

La segunda lectura aporta la «visión de conjunto» de la profesora Paz Díez-Taboada, una de las principales investigadoras de Gil, a quien la bibliografía giliana debe el estudio y edición del *Bosquejo* en *Breviarios de la Calle del Pez*. Gracias a su generosidad, es un honor contar con Díez-Taboada en las *Lecturas* de este volumen de la BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, en la que participa también en *El Lago de Carucedo* y en *Último viaje. Diario París-Berlín*.

En tercer lugar, el profesor de Literatura de la Universidad Complutense, Epicteto Díaz Navarro, especialista en Romanticismo y estudioso de Bécquer y Espronceda, indaga en la mirada romántica y el viaje interior de Enrique Gil.

Finalmente, el catedrático de Filosofía Aniceto Núñez, berciano de Cacabelos y miembro de nuestro comité editorial, aborda la conciencia crítica de Gil, viajero extraño en su propia tierra. Que así parece sentirse cuando exhala, dolorido, el aroma de su queja.

VALENTÍN CARRERA
2 DE JUNIO DE 2014,
DÍA DE LA ABDICACIÓN DE JUAN CARLOS I EN FELIPE VI

Bibliografía esencial:

Ediciones

El Sol, 1843, Hemeroteca Digital, Biblioteca Nacional de España, Madrid.

Obras en prosa de D. Enrique Gil y Carrasco, coleccionadas por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera é Isla, Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijo de D. E. Aguado, 1883, tomo II, pp. 252-318.

Obras completas de don Enrique Gil y Carrasco, edición de Jorge Campos, Biblioteca de Autores Españoles, tomo LXXIV, Madrid, 1954.

Costumbres y Viajes, Prólogo de Rafael Benítez Claros, Publicaciones Españolas, Ed. Mediodía, Madrid, 1961.

Bosquejo de un viaje a una provincia del interior, edición e introducción de Paz Díez-Taboada, *Breviarios de la Calle del Pez*, León, 1985.

Artículos de viajes y de costumbres, Prólogo de Ramón Alba, Miraguano Ediciones, Madrid, 1999,

Lecturas

CARRO CELADA, J. A., *Un viajero llamado Gil y Carrasco*, Tierras de León, revista de la Diputación Provincial, vol. 23, núm. 50.

DÍEZ NAVARRO, EPICTETO, *La mirada romántica: el viaje interior de Enrique Gil y Carrasco*, Universidad Complutense.

IAROCCHI MICHAEL P., *Enrique Gil y la genealogía de la lírica moderna*, University of California, Ed. Juan de la Cuesta, Newark, Delaware, 1999, pp. 79-85.

PICOCHÉ, JEAN-LOUIS, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, 1978. Ver pp. 149-151, pp. 171-175 y p. 334 y ss., entre otras.

Viaje a una provincia del interior



Primera Parte. El Bierzo



I. *Bergidum*

Prólogo del viajero

Muchas son las plagas y desdichas que aquejan a España; pero una de las mayores consiste en los extraños juicios que fuera de sus confines se forman siempre que se trata de sus usos y costumbres, de su cultura y sus artes y, sobre todo, de la índole de sus habitantes. Extranjeros que, sin fijar apenas su atención y como de pasada, visitan las costas y países del Mediodía, se empeñan en no ver en los españoles sino árabes, un sí es no es amansados y dulcificados por el cristianismo, pero árabes, en fin, bravíos todavía y feroces, que no viven en tiendas por la sencilla razón de parecerles más cómodas las casas, ni beben la leche de sus camellas por la no menos sencilla de no haberlas. Algunos otros (si bien muy contados) que cruzan las Provincias Vascongadas y observan la noble altivez de los caracteres, la patriarcal sencillez de las costumbres, la limpieza, comodidad y alegría de las viviendas y su extraño cuanto sabio régimen interior, regalan a la nación entera estos preciosos dones, y a sus ojos la España es la patria y natural asiento de las libertades municipales, de las más respetables tradiciones históricas y de los usos más apacibles y benignos que imaginarse pueden. Por este raro mecanismo viene a resultar en último caso, que a no ser por una de sus muchas anomalías, andaría la Península aderezada con su turbante, que no habría más que pedir; o cuando no, se sentaría debajo de los árboles a elegir un gobierno y a danzar como los hijos de Guillermo Tell. Esto es España en la boca y obras de los concienzudos viajeros modernos. ¿Qué hacen de todas las provincias del interior y de su parte más occidental? ¿O no son para ellos España Castilla la Vieja, Extremadura, el reino de León y el de Galicia? ¡Raro suceso y ligereza inconcebible! ¡Olvidarse al tratar de una nación de los países que han sido cuna de su libertad y de su monarquía, y hablar de su espíritu, costumbres y creencias sin tener en cuenta la patria de Pelayo, de Jovellanos y de Feijoo! *¡C'est ainsi qu'on écrit l'histoire!*

Por lastimosa cuanto perjudicial que sea para nosotros tan errónea opinión, harto arraigada en Europa para nuestro mal, fuerza es confesar que sus autores merecen alguna disculpa. Hasta el día han sido tan escasos los medios de transporte y tan pocas las comodidades, que sin

duda se necesitaba superior estímulo para arrostrar tamaños inconvenientes y todo el mundo sabe que, encaminándose generalmente los viajes más a la diversión que a la enseñanza, son muy contados los que se avienen con privaciones y estrecheces, propias más bien de peregrinos devotos que no de profanos y curiosos observadores. Por otra parte, acostumbrados al espectáculo de naciones ordenadas y compactas, ya por haber pasado encima de ellas el nivel revolucionario, ya por la energía y ciencia del gobierno que, extendiendo su acción con igualdad y prontitud, sabe asimilar aun sus más discordes elementos, poco tiene de extraño que clasifiquen y juzguen por inducción al pueblo español, sin comprender los vivos y fuertes matices en que se reparte y degrada su nacionalidad.

De las grandes comunidades europeas tal vez la nuestra es la única que presenta el ejemplo de un conjunto formado sin la fusión de las revoluciones o de las conquistas, pues hartos sabido es que los reinos en que antiguamente se dividía la península ibérica han venido a reunirse bajo la mano y gobierno de un solo monarca, más por enlaces y alianzas que no por guerras y sumisiones forzadas. En esto consiste la poca eficacia de los vínculos que atan los miembros de este cuerpo; en esto las notables y profundas diferencias de sus provincias que tan curiosas y dignas de observación las hacen a los ojos del filósofo y del artista; pero que tan doloroso síntoma de indisciplina e individualismo ofrecen en una época de concentración moral y material y, por último, esta es la explicación de los yerros que cometen la mayor parte de los escritores extraños, siempre que para castigo de nuestros pecados nos toman por su cuenta.

Esta es su excusa, pero ¿cuál será la nuestra cuando con tanta incuria y abandono tratamos los legados de nuestra historia y las tradiciones de nuestros padres? ¿Con qué específico podremos paliar este síntoma aflictivo, este cáncer tremendo pudiéramos añadir con más exactitud aún, que así ataca y corroe las entrañas mismas de nuestra nacionalidad? No somos de los que llevan al campo de los hechos y de las cuestiones prácticas las ilusiones del deseo o los colores de la imaginación, ni pedimos a un pueblo que todavía lucha con los dolores de su parto político los grandes esfuerzos y duraderos monumentos que sólo nacen de la paz y de la fuerza para crecer en el regazo de la verdadera y sólida cultura; pero entre tantas publicaciones como ven la luz del día, sin que sus ojos sean por cierto muy dignos de nuestro noble sol, ¿no se podían tener en cuenta nuestros recuerdos y las condiciones de nuestra índole individual? Esta afinidad de periódicos artísticos y literarios que sin

más norte que una ganancia inmediata y ruin se han ocupado en traducir a roso y belloso ¿no podían adoptar siquiera una base nacional e indígena y cultivar nuestros gérmenes naturales sin empeñarse en aclimatar plantas que constantemente rechazará nuestro suelo? ¿Tan poco digna de respeto es la bandera especial del pueblo español, tan menguado su sentimiento íntimo, que así se deja arrinconada aquélla entre las inútiles antiguallas y así se tuerce y desnaturaliza éste, como si fuese menester buscarle fuera pujanza y vida con qué existir y desarrollarse? La mayor parte de las publicaciones españolas, con leves y muy honrosas excepciones, prescinden de nuestra historia y de los monumentos de nuestras artes; de real orden se ha demolido y demuele y, cuando no, se deja caer lo que en pie queda después de tantas guerras y trastornos; lo pasado va hundiéndose en las tinieblas eternas del olvido: lo presente nos aflige y desconsuela: el porvenir está preñado de incertidumbres y temores y, sin un esfuerzo de las inteligencias elevadas y de los corazones generosos, pronto nos veremos como un bajel que encalla en una playa inhospitalaria y desierta.

Hacia el regazo feliz

Un viaje emprendido en este año desde la capital sólo por motivos de salud y esparcimiento del ánimo, nos ha inspirado todos estos pensamientos. De paso por Palencia, León y Astorga, hemos procurado observar lo que quedaba de su antigua grandeza y, al llegar a las risueñas montañas del Bierzo término de nuestra peregrinación, debemos decir en obsequio de la verdad que más acopio habíamos hecho de tristes ideas que no de sensaciones halagüeñas. ¿Quién habla en el día de la catedral de León y de los conventos de San Isidoro y San Marcos? ¿Quién, después de Ponz, ha vuelto a mentar la iglesia de Astorga con el asombroso retablo mayor, obra de Gaspar Becerra? ¿Quién, antes ni después, se ha acordado de este rincón maravilloso del Bierzo, de las raras propiedades y milagrosas riquezas de su suelo, de sus agraciados paisajes y variadas perspectivas, de sus interesantes monumentos y del sin fin de recuerdos que encierra? El padre Flórez, en su *España Sagrada*, ha recogido datos y noticias preciosas, pero que al cabo apenas tienen relación sino con la historia y arqueología; y desde entonces todo ha quedado en silencio. Lástima grande por cierto, pues las artes y las ciencias a la par podrían, sin duda, ensanchar su esfera, registrando este país hasta el día olvidado si no ya desconocido. Tal vez la extraña

formación de los montes y la disposición poco común de los terrenos harían dar un paso más a la geología en su nueva y gloriosa carrera. Tal vez la mineralogía ganaría algo en sus relaciones con lo presente y lo pasado, reconociendo el depósito inmenso de metales que encierran estas montañas y observando los gigantescos trabajos con que los romanos supieron beneficiar las ricas minas de Las Médulas, abandonadas en el día, aunque probablemente no agotadas. Acaso en la cumbre de estos cerros y en sus valles escondidos, un nuevo Lagasca⁹ encontraría medio de abrir a la España otro manantial de riqueza. Pero aun cuando por semejante camino nada llegase a adelantar el entendimiento humano, de seguro podría enriquecer su herencia en otros puntos no menos capitales. De seguro la arqueología encontraría ocasión de emplearse con provecho en el examen de los diversos objetos hallados en las ruinas de las poblaciones romanas. De seguro daría por bien empleado su tiempo y su trabajo el arquitecto que estudiase los restos que del género lombardo nos quedan todavía y, sobre todo, la curiosísima iglesia de Peñalba. Y, por último, el pintor que dibujase las vistas de Las Médulas, del apacible y hermoso lago de Carucedo, de la cuenca deliciosa de Vilela y del campestre anfiteatro de Corullón, de la frondosa ribera de Bembibre y de las fértiles orillas del Sil, si a esto añadía la perspectiva de sus castillos y conventos colgados unos sobre el abismo, señoreando otros lindas colinas y otros, por fin, asentados en verdes y risueñas llanuras, conocería que dentro de nuestro país hay un sustancioso y delicado alimento para la imaginación y que, en emanciparle de los eternos lagos de Suiza y de los no menos eternos monumentos de Italia, se le haría un servicio no pequeño.

De lo que no ha muchos años permanecía en pie, ha desaparecido ya gran parte; otra no menor de lo que resta está para seguirlo muy en breve. En cuanto a nosotros, que hemos nacido en el regazo feliz de esta tierra y pasado en ella los alegres días de la infancia, y los no tan alegres de la primera juventud, hemos creído justo dedicarle este leve testimonio de nuestro amor y recuerdos. Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará a una playa extranjera dentro de poco; tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin que para ellos haya primavera vivificadora: ¡extraña manía la del pobre entendimiento

⁹ Gil rinde homenaje al científico Mariano Lagasca, director del Real Jardín Botánico de Madrid, quien compartió exilio en Londres con Espronceda durante la «década ominosa», entonces recientemente fallecido, en 1839. [N. del ed.].

humano que a toda costa quiere dejar estampada su huella en la arena movediza de su camino!

Vestigios romanos

De los pueblos que hasta ahora han aparecido en El Bierzo para eclipsarse en seguida, el romano es el que ha dejado vestigios más indelebles por la extraordinaria energía de que estaba dotado y los grandes pensamientos que abrigaba. Como frontera de los indomables astures, como punto de comunicación con Galicia y, en fin, como emporio de la mayor riqueza mineral que en aquellos tiempos se conocía, conservaba esta tierra, con el esmero que dan a entender los trozos de sus vías sembrados aún por varias llanuras, la línea eminentemente militar de fuertes que se extendía hacia Asturias y la cuidadosa elección de sitios para edificar sus poblaciones, que todas podían rápidamente comunicarse por medio de humaredas y lumbradas, telégrafos eternos, hijos de la naturaleza y propios de todas las edades.

A la izquierda del pueblo de Pieros, caminando a Galicia, se encuentra una espaciosa colina que, desde luego, cautiva la atención del viajero porque todas las de los alrededores tienen la figura cónica más o menos pronunciada, al paso que ésta aparece truncada y con una bellísima explanada en su cima. Crece la curiosidad y el interés al verla rodeada de algunos fragmentos de muralla vestidos de yedra, vides y zarzas, que parecen empeñados en contener el sucesivo y forzoso desmoronamiento. Son sus laderas fértiles viñedos que crecen en una tierra rojiza de muy buen tono y efecto y descienden a las riberas del Cúa y del Burbia por ambos lados en plácido y manso declive. En esta eminencia estaba situada la ciudad de *Bergidum*, capital de todo el distrito que de ella tomó su nombre y que Antonino menciona en su *Itinerario*, señalando la ruta desde Braga a Astorga. La distancia a que pone esta ciudad del pueblo en cuestión, los pedazos de muro que se ven en su circunferencia y las medallas, monedas, lámparas, instrumentos de labranza, lápidas y armas que en él se han encontrado, manifiestan claramente su estirpe romana.

Aunque desde cualquiera parte de su falda que se mire esta extraña colina, al punto se conoce su hermosa situación, pues en el corazón de un país rico y variado se dibuja sola y orgullosa sobre el fondo del cielo, todavía se experimentan al llegar a su cresta sensaciones tan nuevas como deliciosas. Era una tarde de julio cuando, en compañía de dos

amigos de aquellos que sin duda por su precio concede tan escasamente el cielo, subimos a ella. Un viento fresco del poniente movía las vides sobre los escombros del templo de Baco, el cielo estaba claro y diáfano, sólo unas nubes de color de plomo con vivas franjas de púrpura servían de lecho al sol que se ponía.

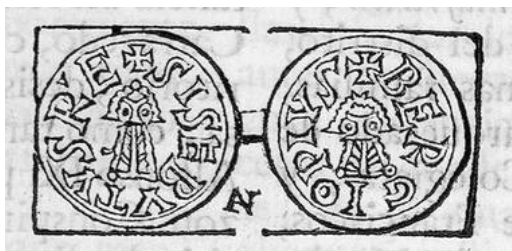


A nuestros pies teníamos la villa de Cacabelos, el Cúa, que corría por entre sotos y arboledas fresquísimas, y la grande y blanca mole del monasterio de Carracedo. Un poco más adelante, Ponferrada, cubierta en gran parte con su magnífico castillo de templarios, se extendía por un hermoso altozano y, muy cerca de ella, se alzaban iguales como dos gemelos los castros de Columbrianos y San Andrés, antiguos campos atrincherados de los mismos cuyo polvo removíamos a la sazón con nuestras plantas. A la derecha se desplegaba la cordillera altísima de la Aquiana; el Sil, centelleante como una serpiente de escamas de oro a los últimos resplandores del sol, se deslizaba besando su falda y, al paso en su orilla derecha, llana y sosegada, se esparcían las praderas de Villaverde y Dehesas. En la izquierda, ya más quebrada y pintoresca, veíase desembocar el río Oza por la vega de Toral de Merayo. Rimor enclavado en un angosto valle, Priaranza vistosamente asentado en la cuesta, el castillo de Cornatel semejante a un nido de águilas colgado sobre un horroroso precipicio y, por último término, las tajadas cárcavas y caprichosos picachos encendidos de Las Médulas que a lo lejos parecen vivas llamas sin cesar alimentadas por una mano invisible. A nuestra espalda, aunque más reducido, no era menos agradable el

paisaje. La cuenca deleitosa de Vilela dilataba a orillas del Burbia sus huertas y prados, sus campos de trigo y sus castaños, y a su frente, en un recogido seno de los montes subía, en lucida y desordenada gradería con sus higuerales y vergeles, el pueblo de Corullón coronado por un antiguo y alto castillo. Describir ahora todos los accidentes, la diversidad de tonos y la variedad de contrastes de este riquísimo paisaje excedería los límites de un bosquejo: baste decir que el paisajista más exigente no tendría motivo para quedar descontento. La plataforma tendrá como dos mil varas de circunferencia. Su figura es ovalada más que redonda y desde ella se registra y domina todo el país.

Cuando bajamos de este maravilloso mirador donde nuestro silencio habló más que nuestras palabras, versó naturalmente la conversación sobre aquel pueblo de reyes que Dios mostró sobre la haz de la tierra para que la domeñase y juntase bajo su mando y disciplina y, de esta suerte preparada, recibiese mejor y más prontamente la divina luz del Evangelio. La sola elección del terreno en que fundaron a *Bergidum*, prueba muy bien la audacia de sus pensamientos y el poder de sus medios; porque la montaña debió de ser rebajada en su mitad para dejar su espaciosa mesa en el estado en que hoy se ve. Como centro administrativo y militar, nada deja que echar de menos al deseo; como punto a la vez saludable y pintoresco, apenas la imaginación acierta a trazárselo mejor y no titubeamos en decir que, si del lado del norte, en vez de los montes monótonos y cerrados que en el día se levantan, encontrase la vista la inmensidad del mar, sería sin duda uno de los más hermosos puntos del globo.

Bergidum resistió a las invasiones de los pueblos del norte y sin duda pereció en la irrupción de los árabes. Según el padre Flórez, duraba todavía en tiempo del rey nuevo Teodomiro y una rarísima medalla que inserta del rey Sisebuto, manifiesta que aún existía en el siglo VII.



10

¹⁰ Detalle de la “rarísima medalla” que menciona Gil, reproducida por el P. Flórez: “Yo tengo una Moneda de oro rarissima (si no es única) del Rey Godo Sisebuto, que

Cuando después de la restauración de la monarquía se vuelve a mencionar este pueblo, ya se trata de su reedificación. Vivos los recuerdos y tradiciones de su grandeza, y prendados los reyes de su bella situación, intentaron varias veces restaurarlo, pero los monjes bernardos de Carracedo se opusieron vigorosamente y compraron del rey Fernando II y de su hijo don Alfonso IX la seguridad de que jamás se reedificaría. Don José Fernández Carús, abogado de Ponferrada, sujeto de instrucción y talento nada comunes, conserva en su poder una copia de estos documentos que no dejan de ser curiosos. Nada tenía de extraño en verdad que los religiosos con tal viveza solicitasen la perpetua desolación de aquel lugar, porque, además de pertenecerles su terreno, fácil era columbrar que el nuevo pueblo crecería como la espuma y bien pronto menguaría su autoridad y poder.

Villafranca, a despecho de una situación infelicísima, se había ido formando poco a poco al calor que le daba el tránsito extraordinario de peregrinos extranjeros que por el camino francés iban a adorar las reliquias del Apóstol Santiago y es seguro que el *castro de la Ventosa* (nombre con que, olvidado entre el vulgo el romano, había comenzado a designarse el collado de *Bergidum*) hubiera caminado con rápidos pasos por la senda de las mejoras y del engrandecimiento.

Batalla de Cacabelos

En este sitio se escribió durante la guerra gloriosa de la Independencia una sangrienta, si no principal, página de su historia¹¹. El general inglés Moore, acosado en su retirada, más que por las fuerzas del mariscal Soult, por la indisciplina de su propio ejército, paró en Pieros el 3 de enero de 1809, resuelto al parecer a hacer rostro al enemigo. Envío más

empezó a reynar en el año de 612 y en el reverso dice: BERGIOPIUS escrito con B el nombre del lugar, que según esto fue arruinado después de la entrada de los Árabes”, *España Sagrada*, 1764, p. 30. [N. del ed.]

¹¹ La batalla de Cacabelos tuvo lugar el 3 de enero de 1809, seis años antes de nacer Gil, de modo que el suceso estaba fresco en la memoria berciana y, sin duda, en los recuerdos infantiles del autor, “que pudo obtener ciertos detalles de testigos oculares de la acción”, dice Picoche (p. 151), quien remite la documentación histórica empleada por Gil a la *Historia del levantamiento* del Conde de Toreno. Como afirma Epicteto Díaz en este volumen, “el relato inserto en el *Bosquejo* goza de cierta autonomía” (p. 158). La retirada de Moore y el combate han sido estudiados por Francisco González, quien da credibilidad al relato de Gil por ser “cercano a los hechos” [*Batalla de Cacabelos*, Ayuntamiento de Cacabelos, 2002]. [N. del ed.]

allá de Cacabelos cuatrocientos tiradores y otros tantos jinetes, ocupó el castro de la Ventosa, asentó una batería en la cuesta del camino real que media entre aquel pueblo y Villafranca, y en esta actitud aguardó a los franceses.

Al frente de su vanguardia venían unos cuantos escuadrones mandados por el hermoso y gallardo general Colbert. Receloso algún tanto del número del enemigo y de su ventajosa posición, mandó a pedir refuerzo al mariscal; pero éste le contestó secamente que avanzase sin aguardar a más. Herido en lo vivo con semejante respuesta, arremetió Colbert con furioso arranque, atropelló y volcó cuanto encontró al paso y desembocó como un torbellino por el puente del Cúa. Los ingleses que en esta embestida no cayeron prisioneros, se reunieron al punto a los que la previsión de su general había apostado en los viñedos que ciñen por ambos lados el camino y rompieron un vivo fuego a quemarropa, La artillería comenzó a jugar por su parte y los aldeanos, que con sus párrocos se habían encaramado a las alturas vecinas y que desde la guerra de Sucesión tal vez no habían oído disparar un fusil, aguardaban con la consternación pintada en el semblante el desenlace de aquel sangriento drama. Con el repentino y mortífero fuego que sufrían por el frente y los costados, desconcertáronse y arremolináronse un poco los franceses. Colbert, caracoleando en su caballo expuesto a las balas, a cuerpo descubierto y con el semblante colorado por la ira y el despecho, comunicaba las órdenes oportunas, exhortaba a todos con la voz y con el ejemplo y, para aparentar la calma y sangre fría que distaban de su agitado corazón, acariciaba una perra de aguas que no se apartaba de su lado. Algunos de los asustados espectadores de esta escena, que con la ayuda de los anteojos podían observarla minuciosamente, convienen en que la briosa actitud, denuedo y distinguida belleza del oficial francés merecían un pincel inspirado. Ordenados los suyos por fin, volvió a la carga con temerario arrojo y se encaminó en derecha a la batería; pero al llegar a la cuesta cayó muerto. Sobrevino a poco la división de infantería del general Merle, pero la batería que sin cesar jugaba y la noche que se venía encima a más andar, le estorbaron pasar adelante. Recogió, pues, el cuerpo de su malogrado y gentil compañero y acampó a la falda de aquellas eminencias.

Moore, en cuanto entró la noche, reconcentró sus fuerzas en la explanada del castro de la Ventosa, armó porción de tiendas, encendió sus fuegos y pareció dispuesto a mantener sus posiciones en el siguiente día. Los nietos de César pudieron oír entonces desde sus sepulcros el

relincho de los caballos britanos y los acentos de la lengua del norte resonaron en los mismos sitios que habían escuchado los versos de Virgilio y las cláusulas de Cicerón. A las pocas horas, el general inglés mandó cebar de nuevo las hogueras y, sin alzar las tiendas, emprendió con tanto sigilo su retirada, que las rondas del ejército francés sólo al amanecer la conocieron, cuando ya les llevaban considerable delantera. Trece días más tarde exhalaba sir John Moore su último aliento en La Coruña, después de haber peleado noblemente y salvado los indisciplinados restos del ejército que su país le confiara.

Este es el último suceso notable de que ha sido teatro el antiguo *Bergidum*. En el día ya son muy contados los trozos que quedan en pie de la muralla que ceñía la plataforma. De los edificios nada absolutamente se conserva, ya por haberse empleado el terreno en viñas y ya más especialmente por el abuso de autoridad de los monjes de Carracedo que, según informes de personas respetables, demolieron a fines del siglo pasado lo poco que todavía restaba, para utilizar la piedra. De sus reliquias se guarda aún en uno de los patios del monasterio un magnífico pilón de piedra berroqueña de una pieza, con un genio sobre su pedestal que tiene asidos dos cántaros. El color de la piedra y la corrección del dibujo claramente dan a conocer su origen. El tazón tendrá como seis varas de circunferencia.



12

¹² “Capaz está [la yegua] de llevarse encima el mismo pilón de la fuente de Carracedo”, escribe Gil en *El Señor de Bembibre*. Actualmente está en la Alameda de Villafranca, donde es llamada popularmente *La Chata*, por tener la nariz mutilada [Paz Díez, p. 165].

Castros

Del camino que conducía desde *Bergidum* a *Interamnium Flavium* y Astorga, y al mismo tiempo lo ligaba con los fuertes o campos atrincherados que estaban sobre Columbrianos, San Andrés de Montejos y Finolledo perseveran todavía trozos muy lucidos en el campo de San Bartolo junto a Cacabelos, a la vera de la dehesa de Fuentes Nuevas y entre los pueblos de Cortiguera y Cubillos. Estos fuertes conservan todavía con poca alteración el nombre latino pues a todos los llaman *castros*. Perfectamente enlazados y en situación eminentemente militar, sin duda estaban destinados a celar y guardar la frontera de los belicosos astures y a mantener el país en obediencia. Aun desde lejos se nota una especie de corona alrededor de su cumbre, formada por sus fosos y trincheras que en lugares altos, poco frecuentados y menos expuestos a la acción de los raudales llovedizos de invierno han podido mantenerse sin graves alteraciones. En algunos de estos picos se distingue claramente todavía un recinto cuádruplo de cavas y paredes.

La construcción parece ruda y puramente bélica. El terreno está por nivelar y las piedras medio enterradas que guardan la forma de muro, no tienen liga ni argamasa de ninguna especie. La vista que desde estas alturas se descubre, se acomoda a la naturaleza del sitio, pues si bien de la parte de la llanura presenta una perspectiva risueña y agradable, del lado de los montes sólo ofrece un paisaje silvestre, solitario y oscuro.

Por lo que hace al pueblo de *Interamnium Flavium* que el *Itinerario* de Antonino sitúa en El Bierzo, sólo por conjeturas se puede venir en conocimiento de él. Vadeando al Boeza frente a la ermita de San Blas y caminando a Molina Seca, se encuentra a la izquierda un sitio llamado vulgarmente El Castro, plantado en el día de viñedo, pero que pudo muy bien ser en otro tiempo la *Interamnium* de que nos habla el *Itinerario*. El cultivo de las viñas, que en todo el país es esmeradísimo, ha alterado algún tanto la forma rigurosa de cono truncado en cuya planicie debió de estar la población, pero todavía se conoce claramente.

Desde *Bergidum* se divisa también este sitio y los que hayan observado el cuidado con que buscaban los romanos esta circunstancia que tanto favorecía su sistema de comunicaciones rápidas y seguras, no dejarán de dar importancia a este dato. Por otra parte, la cualidad de *interamniense* o ‘entre ríos’, cuadra perfectamente a este terreno por hallarse situado entre el Boeza y Valtejada. Y últimamente, la distancia a que el *Itinerario* lo coloca de Astorga, puede ser muy bien la que

conviene a nuestro propósito, pues si es cierto que por el camino actual median entre ambos puntos algo más de ocho leguas, no lo es menos, según todas las probabilidades, que la antigua vía romana no seguía la misma dirección sino la de Paradasolana, que a la ventaja de mayor suavidad y abrigo reunía la de ahorrar distancia, en cuyo caso parece natural que fuera ésta la que señala el emperador de treinta millas o siete leguas y media. Sentimos que semejantes conjeturas, en nuestro entender no desprovistas absolutamente de fundamento, no encuentren más sólida confirmación en algún monumento arqueológico que las diese mayor grado de consistencia; pero, de todas maneras, el objeto de este trabajo se lograría por entero si la curiosidad de los inteligentes se despertase y se corrigiesen en provecho de la ilustración general los yerros que en él se hayan cometido¹³.

Y ciertamente no sería menor premio llamar la atención de la Academia de la Historia y de su digno presidente sobre un país donde el general olvido y abandono le habrá impedido tal vez extender su correspondencia. Si así fuere, urgente es remediar la falta, y por nuestra parte estamos seguros de que encontrará personas que secunden sus miras con calor. Bien conocida nos es la escasez de medios a que está reducida esta corporación respetable, pero cuando no alcanzase más que atajar con su influencia el espíritu de vandalismo que puede desatarse aquí, como se ha desatado ya en otros puntos de la provincia, debemos creer que lo miraría como galardón cumplido de sus afanes. De ello avisamos aquí a sus individuos, como en lugar más oportuno daremos cuenta a los redactores y colaboradores de la *España monumental y artística*¹⁴ de otras cosas que sin duda cumplen a su noble propósito.

¹³ Noticias posteriores y una inspección más detenida del terreno nos han dado una certidumbre moral de que el pueblo en cuestión no podía ocupar otro sitio. Por una coincidencia singular, ningún cerro del Bierzo se apellida castro sino los que tuvieron población romana y esto confirma nuestra conjetura, amén de la raíz latina del nombre. Además de *Beroidum*, descúbrese desde allí el castro de Columbrianos, por encima del Montearenas, con cuya circunstancia se añadía un eslabón más a la cadena de comunicaciones. Y por último, una porción de personas respetables nos han asegurado haber visto varias medallas romanas encontradas en aquella eminencia y por nuestros mismos ojos hemos examinado piedras y sillares que, aunque mutilados por el tiempo, todavía hablaban de los edificios a que habían pertenecido.

¹⁴ Se refiere a *España artística y monumental*, publicada por Patricio de la Escosura y Villamil en 1842 [Paz Díez, p. 165].

En un próximo artículo hablaremos de otras antigüedades romanas, enteramente distintas, que contiene El Bierzo en más abundancia quizá que ningún otro distrito de España.

Ponferrada y agosto de 1842.

II. Aventura en las cuevas y pasadizos de Las Médulas



Prometimos hablar en el anterior artículo de un género nuevo de antigüedades romanas que abundan infinito en El Bierzo. Estas antigüedades son los restos que nos quedan de los trabajos empleados en beneficiar las minas de Las Médulas, que bien claro dicen la importancia que sus dueños sabían darles y el gran provecho que de ellas sacaban. Hablando Plinio de las riquezas que producía la España, dice lo siguiente: “De esta manera dijeron algunos que daban las Asturias, Galicia y Portugal, veinte mil libras de oro; pero que las Asturias producen la mayor parte. Y en ninguna parte del mundo por tantos siglos ha habido esta fertilidad de oro”¹⁵. *Aurífera* llama también Floro la naturaleza de estas regiones y es cualidad que hasta el día no ha dejado de poseer.

Aunque, según la opinión más acreditada, los límites de la provincia *Asturica*, a quien Plinio atribuye tanta abundancia del precioso metal, no llegasen sino hasta la vertiente oriental de la cordillera de Foncebadón, no estamos distantes de creer que para su aserción incluyó

¹⁵ “*Vicena milia pondo ad hunc modum annis singulis Asturiam atque Callaeciam et Lusitaniam proestare quidam prodiderunt, ita ut plurimum Asturia gignat. Neque in alia terrarum parte tot saeculis perseverat haec fertilitas*”, Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XXXIII, cap. 4, 78. [Véase Paz Díez, p. 165].

en sus términos Las Médulas, por más que entonces perteneciesen a Galicia. No hemos recorrido los montes de Asturias, ni sabemos los vestigios que en ellos ha dejado la civilización romana, si alguna vez sus águilas volaron por sus más ásperas y entiscadas cimas, pero no hemos leído ni menos oído que ofrezcan un espectáculo semejante al de las montañas que por el lado del mediodía parten términos entre El Bierzo y Cabrera. Sin querer dar a nuestra ignorancia sobre el particular un peso que no tiene, porque sobrado se nos alcanza que en último lugar no pasaría de una prueba negativa, debemos creer de todos modos que una no pequeña parte de las veinte mil libras de oro que menciona Plinio salía de nuestras montañas.

El viajero que se dirija a Orense por la orilla izquierda del Sil, después de atravesar los fértiles pueblos de Toral, Villalibre, Priaranza, Santalla y Borrenes, se encuentra con un lugar de pobre y mezquina apariencia, situado en una especie de llano sembrado de innumerables montones de canto rodado negruzco y musgoso y a la raíz de una montaña de la más caprichosa forma que imaginarse puede. Cortada, en general, como a pico, revestida en su mayor parte de robles y castaños silvestres, surcada de profundísimos barrancos, descubiertos a veces sus costados de un encarnado vivo y crudo y coronada por picachos y torreones del mismo color, que ofrecen a la vista tantas figuras y accidentes como la fantasía puede forjarse, nada tiene de común con los montes circunvecinos: y se asemeja a un monumento levantado por la mano de una raza de gigantes, que sólo ha podido conservar algunos restos dignos de su grandeza en su lucha desesperada con la naturaleza y el tiempo. La miserable aldea es la que tiene el nombre de *Las Médulas* y la montaña es probablemente el *Monte Medúleo*, uno de los más ricos almacenes de oro que la naturaleza abrió a los romanos en este suelo testigo de su grandeza y de sus crímenes.

En pocas partes ha dejado el pueblo rey un testimonio más vivo y elocuente del atrevido espíritu, en cuyas alas volaba su pensamiento. Fecundas eran, sin duda, las entrañas de aquellos cerros, purísimo el oro que les brindaba, sano y templado el país que los cercaba y sereno el cielo que los cubría; pero la naturaleza se había empeñado en poner a su codicia un valladar insuperable, si alguno hubiera para ella. En el estado de las ciencias naturales, en aquel entonces, la mineralogía era tal vez la que más se resentía del común atraso. Plinio nos describe prolijamente en el lugar ya citado el método de que en su tiempo se usaba para obtener el oro; método verdaderamente primitivo pues tenía por base y principio el mismo lavado que si no en la forma, por lo menos en la

esencia, emplean aún en el día las muchas mujeres que en el valle de Valdeorras ganan su vida sacando oro de las arenas del Sil.

Los *carriles* o canales romanos

Pero ¿dónde buscar las corrientes de agua necesarias para semejante procedimiento en un paraje alto y sin más raudales que los diminutos de las fuentes de los valles? ¿Aprovecharían los caudales del Sil que corre a bastante distancia, separado por alturas y hondonadas y a una profundidad extraordinaria? Esta era una empresa superior a las fuerzas mismas de los romanos. ¿Pondrían los ojos y la atención en el Oza, que riega el hondísimo Valdueza, o en el río de Cabrera, que poco más abajo desemboca en el Sil, ambos divididos por escabrosas cordilleras y a un espantoso desnivel del lugar en cuestión? Pero este parecería un loco intento al que apenas podría dar cima el poder humano. Sin duda, los romanos no hubieron de calcular de la misma manera, antes remontando el curso de estos ríos, registrando las curvas y proyecciones del terreno y midiendo exactamente las alturas, hallaron que sus aguas podían venir a pulimentar y laborar cuanto mineral sacasen del seno de Las Médulas. Entonces contaron, sin duda, los rebaños de sus esclavos y la población que por fuerza habrían de diezmar los espantosos trabajos que iban a emprender, y tomaron el camino de las montañas de Cabrera y de la Aquiana.

Si alguno de los lectores ha cruzado estas cordilleras y visto su naturaleza peñascosa y ruda, las tajadas quiebras y profundos valles que las surcan, conocerá la penalidad infinita con que debieron abrirse los canales que, colgados en escarpadísimas pendientes, todavía hoy nos suspenden y hielan de pasmo. Sujetos a seguir en su dirección todas las inflexiones y desigualdades de los cerros, sus rodeos son mayores de lo que a primera vista parece y una distancia que por el aire apenas llegaría a dos leguas, tal vez pase de ocho o diez en la forma actual. ¡Dichosos los trabajadores cuando en aquellas agrestes y empinadas cuestas tropezaban con una veta de tierra por donde no se extendían los enormes bancos de piedra viva que las pueblan! Donde quiera que estos se presentaban, despedazábalos el pico lentamente hasta abrir paso al cauce por sus entrañas y en muchas partes se encuentran tan enteras las señales de estos trabajos, como si del día antes estuvieran concluidos.

Dividíanse ambas líneas en varios ramales, sin duda con el objeto de aprovechar cuantos manantiales encontrasen en su tránsito. Cuéntanse

en Cabrera, según nos han informado, hasta siete cauces escalonados en la vertiente de las montañas que mira al norte y desde un punto que domina el pueblo de Orellán se divisan algunos todavía. La otra línea, repartida en menos conductos por llevar también algo menor cantidad de aguas, arrancaba de las alturas que dan cima al Oza, pasaba por encima del monasterio de San Pedro de Montes, torcía más adelante el paso por el valle de Villanueva y, después de seguir todavía algunos recodos, iba a desembocar en los lavaderos de las minas. Agradable debía ser la vista de todos estos raudales que como otras tantas cintas de plata culebreaban perdiéndose y volviendo a aparecer en los senos de aquellas montañas tan ásperas, solemnes y silenciosas. Desde las negruzcas y peladas rocas de Ferradillo que enseñorean a la vez el apacible lago de Carucedo, las montañas y llanura de las minas y los sitios por donde venían aquellos milagrosos canales, debería aparecer este espectáculo en toda la deformidad y grandeza que imprimían a sus escenas y a sus obras las naciones antiguas que abrigaban la esclavitud como un síntoma necesario de vitalidad.

Semejantes empresas una vez llevadas a cabo debían agotar al parecer el ánimo y las fuerzas de los mismos señores del mundo; pero la naturaleza les disputaba sus dones con tal tesón que hubieron de continuar su esfuerzo todavía. El reducido llano que se extiende al pie de los montes y donde hoy está asentado el pueblo de Las Médulas, es una especie de cuenca circunvalada de montañas y que no ofrecía salida a las aguas que servían para el lavado del mineral. Forzoso fue, por lo tanto, abrirla, y la profunda y terrible garganta de Balouta, cortada a pico como todavía lo publican sus paredes llenas de recortes y esquinas vivas y salientes, vino a coronar sus inmensas obras preparatorias.

Entonces fue sin duda, cuando, desembarazados de todos los cuidados preliminares, volvieron sus ojos al objeto de tantos desvelos y emprendieron la explotación de las minas en su acostumbrada escala. Los infelices que al morir extenuados de cansancio podían respirar el aire fresco de las cañadas y mirar por última vez el claro sol de España, sin duda encontraron más triste y estrecho sepulcro en las entrañas de los montes.

Por las galerías con *Ferrascús*

Gran parte de las galerías que los taladraban se han hundido, pero todavía quedan enteras y prolongadas infinidad de ellas marcadas con el

mismo sello. La tierra parece de bermellón puro según lo encendido del color, y todas las señales son de un criadero abundantísimo de oro.

La última vez que visitamos estos lugares fue en el otoño de 1840¹⁶. El guía que debía conducirnos por los enmarañados laberintos subterráneos, era un hombre no menos extraño por su traza que por sus discursos. Pasaba ya de los sesenta, era seco, andaba un poco encorvado y en su semblante se traslucía aquella malicia y sutileza que viene a ser la cualidad dominante de los aldeanos de este país. Todo su atavío consistía en unos pantalones de lienzo blanco, una chaqueta que llevaba echada por encima de los hombros y un pañuelo rodeado a la cabeza. Iba descalzo y, aunque cuando le mirábamos se apoyaba con más fuerza en su palo y deslizaba alguna indirecta sobre el estado de sus pies, el hecho es que con ellos desnudos caminaba sobre los erizos de las castañas y los garranchos de las malezas, como si pisara una mullida alfombra turca. El equipaje de su entendimiento no tenía menos de extraño que el de su persona, porque era hombre que sin duda con alguna expresión que había atrapado al vuelo a las pocas gentes instruidas que han ido a examinar estos parajes y con los consejos y cuentos de las viejas, había llegado a formar el más descomunal maridaje que imaginar se puede.

Hablaba del emperador Plinio que había tenido su corte en aquellos cotarros y barajaba moros y romanos en la más chistosa confusión del mundo. Díjonos su nombre de bautismo que a causa de las hazañas y diabluras de su juventud, un digno tío suyo su protector y maestro había trocado en el de Ferragús, que él por su parte, con su acostumbrado respeto a la exactitud histórica, había convertido en el de *Ferrascús*, más sonoro y significativo en su entender. Por muy dado que fuese a los estudios de la Historia, según se dejaba traslucir, algo más aficionado se mostraba a la metalurgia y, sobre hallazgos preciosos y

¹⁶ La profesora Paz Díez desmiente el dato: tras pasar una convalecencia en Ponferrada en 1839, Gil regresa a Madrid en julio de 1840, de modo que la excursión a Las Médulas no pudo ser aquel otoño. Pudo ser en otoño de 1839, pues sabemos que después de tres años de ausencia regresa a Ponferrada: a principios de octubre de 1839 envía por carta una *Revista teatral* a Mesonero [Picoche, p. 43], “pero resulta extraño, pues estaba muy enfermo” [Díez, p. 166]. Sabemos también que la excursión al Valle del Silencio y la ascensión a la Aquiana fue el 2 y 3 de agosto de 1842. Consideramos más probable que visitara Las Médulas con ocasión del viaje al lago de Carucedo, en la primavera de 1840; solo así se comprende el lapsus dos años más tarde, cuando escribe los artículos del *Bosquejo*, en los que es evidente la lejanía en el recuerdo de la excursión a Las Médulas y la proximidad de la subida a la Aquiana. [N. del ed.].

sobre ocasiones de hacerse rico tontamente desaprovechadas, nos ensartaba a cada parada sendas y curiosas mentiras.

En compañía de este digno personaje y de algunos amigos, y bien provistos de luces y cordeles por si fallaba la ciencia topográfica del valeroso *Ferrascís*, comenzamos a trepar la montaña en una hermosa y clara mañana. Poco tardamos en vernos encerrados entre barrancos profundísimos, flanqueados de altas y tajadas murallas de barro colorado, coronadas con remates de caprichosas formas. Aquí se levantaba un castillete de la estrellada figura moderna, allí una atrevida pirámide redonda, elevada y aguda, acullá un torreón arruinado de un alcázar de la Edad Media y, algo más lejos, grietas y aberturas puntiagudas que se asemejaban a lasafiligranadas ventanas de una catedral gótica. La tierra parecía profundamente atormentada: crecían los castaños silvestres en aquellas laderas inaccesibles y apenas se conocía más huella que la de los jabalíes que venían a roer su fruto. Preguntamos a nuestro guía la causa de este fenómeno y nos lo explicó tanto más lisa y sencillamente cuanto que no tuvo que implorar la ayuda del *emperador Plinio*. Las galerías que se han ido hundiendo, han ofrecido a los torrentes de invierno un cauce tan estrecho que, aprisionados en él, han doblado su fuerza y cavado al fin unas cárcavas de extraordinaria profundidad; pero como las cepas de las bóvedas subterráneas quedaban en pie, ha resultado que ganaban en elevación lo que los barrancos en hondura y que, modificados sus restos por los diversos accidentes del hundimiento y luego por el sol, el viento y la lluvia, han llegado a presentar el fantástico aspecto que hoy las distingue.

Reconocido de esta suerte el terreno, entramos en las galerías que aún se conservan y las examinamos atentamente. Son la mayor parte de gran altura y algunas tienen una forma puntiaguda que les da cierto aire de semejanza con las naves de las catedrales góticas. La montaña está surcada y abierta en mil direcciones distintas y estos trabajos guardan cabal consonancia de atrevimiento y de grandeza con lo que ya conocen los lectores.

Cansados por fin de vagar por aquellos oscuros callejones, dirigímonos a una claridad que se advertía en el fondo de uno. Era una abertura de forma irregular con una mata de roble en su orilla por donde entraba el sol del otoño.



El que iba delante se asomó a la rústica ventana, pero retrocedió sin color y turbado no sin razón, a la verdad, porque había visto a sus plantas el abismo. Era un despeñadero de más de doscientos pies perpendicularmente cortado, y los castaños del valle parecían albahacas, cabras los bueyes y muchachos los hombres que se ocupaban en recoger la castaña. El costado del derrumbadero que teníamos enfrente y a pocas varas de distancia, se asemejaba al nuestro pero las lluvias le habían adornado con labores confusas de barro que parecían unas plantas exóticas incrustadas en él. En el marco de aquel extraordinario mirador estaban grabados varios nombres, de sujetos conocidos del país y algún otro extranjero pero casi todos borrados ya. A instancias de *Ferrascús*, pusimos también los nuestros que las lluvias del invierno siguiente no dejarían de lavar, privándonos así del consuelo de que algún pastor los rayase con su cayado después de deletrearlos torpemente.

Frustrado así nuestro propósito de encontrar salida por esta parte, tuvimos que deshacer lo andado y buscarla por algunos agujeros prolongados, estrechos y en cuesta que un amigo llama con cabal exactitud buzones. Arrastrando como culebras salimos uno por uno a ver la luz, pero esta natural satisfacción se enturbió no poco a vista de un sendero de dos pies escasos de anchura, flanqueado de dos precipicios semejantes al de la ventana que era preciso atravesar. Atravesámoslo por fin, no sin temor de que algún perdiguero de los que llevábamos nos hiciese dar un esguince que pudiera conducirnos al

fondo en no muy grandes pedazos y nos sentamos en un ribazo a descansar y disfrutar del magnífico panorama que delante de nosotros se desplegaba.

Vista panorámica

Teníamos a nuestra derecha la risueña llanura del Bierzo que, cubierta por una ligera neblina y terminada por una cadena de azuladas montañas, parecía al primer aspecto el mar con un horizonte de nubes. Observando un poco más, se divisaban sus pueblos y sus ríos, sus praderas y viñedos, sus llanos y colinas, la explanada del antiguo *Bergidum* y los conventos de Carracedo y de Cabeza de Alba con sus contornos y perspectiva general extraordinariamente suavizados por aquel transparente vapor que los envolvía.



Casi a nuestros pies, el tranquilo lago de Carucedo parecía un verdadero espejo pues en sus aguas se pintaban las blandas colinas y encinas viejísimas que lo cercan, con sus naturales formas y colores, sin que el soplo más fugaz viniese a alterar su esmaltada y reluciente superficie. Y luego, enfrente y como para contrastar con estas escenas tan sosegadas y llenas de quietud, veíamos de perfil y como en esqueleto las despeñadas cárcavas de las minas, sus tonos crudos y ensangrentados, sus senos cuarteados y rotos y las naturales

fortificaciones de sus picos, que todavía parecen sobrevivir a la ruina universal para abrigo y morada de los espíritus errantes de sus antiguos amos, verdadera raza de Nemrod que desafiaban al tiempo con sus obras y al cielo con sus delitos. Los destrozos causados por la mano de los siglos realzan la escena y la miseria, soledad y abandono presentes corresponden a la pasada opulencia, animación y vida. Aquel Mario tan grande entre los últimos romanos, sentado en las ruinas de Cartago, se nos vino a la imaginación y el tropel de reflexiones amargas, que siempre inspiran las severas lecciones de la Providencia y del tiempo, nos atajó por muchos minutos el uso de la palabra.

Todavía teníamos por ver la ruina llamada de Orellán por estar abierta en una montaña que domina este pueblo. Echamos a andar por un canal seco que venía por el costado de la cordillera y que todavía está a trozos tan entero como el del Manzanares. Más de medio cuarto de legua caminamos por él, no sin admirarnos de su solidez, e internándonos en un país enteramente áspero y montaraz, llegamos por fin a la boca de la mina. Desde ella se alcanzaban a ver todavía otros dos o tres cauces de los que traían las aguas de Cabrera, llamados impropriamente carriles por los naturales, abiertos a diversas alturas y que se perdían en uno de los muchos recodos de aquellos cerros. Como la entrada de la mina estaba casi del todo obstruida, tuvimos que emplear para introducirnos el mismo medio que habíamos usado para salir de la anterior, es decir, el de arrastrarnos. Encendimos las luces y procedimos a un registro.

De las galerías que se conservan, ésta es, con razón, la más famosa por su extraordinaria extensión y anchura. La bóveda es perfectamente semicircular y el piso está formado de una arcilla ligeramente humedecida que proporciona un pavimento cómodo y mullido. Las infinitas gotas de agua filtrada que pendían de la bóveda o asomaban a las paredes, heridas por las luces, asemejaban una inmensa pedrería compuesta de diamantes, esmeraldas, zafiros y rubíes, y la oscilación de las velas y nuestros continuos movimientos les prestaban unos cambiantes y colores que robaban la vista.

El aire era grueso y húmedo, la oscuridad semejante a la que nos pinta lord Byron en su poema de las *Tinieblas*¹⁷, y el buen *Ferrascús*, que

¹⁷ “El mundo estaba vacío, lo abundante y lo poderoso era un terrón, / sin estaciones, sin hierba, sin árboles, sin hombres, sin vida / un terrón de muerte, un caos de dura arcilla (...) los vientos se marchitaron en el aire paralizado, / y perecieron las nubes: no las necesitaban / las tinieblas: ellas eran el universo”, *Darkness*, lord Byron, 1816.

con su escaso traje blanco y su cuerpo compuesto al parecer de raíces, según era de flaco, iba delante a cierta distancia con una vela encendida en la mano y envuelto en su moribundo resplandor, parecía el alma en pena de algún hambriento esclavo que andaba en busca de las sobras del festín de sus señores.

El buen hombre, que hasta entonces había tenido la prudencia de no mentar fantasmas ni apariciones, hablaba entonces de ellas con frecuencia y, en el estudiado desprecio con que las trataba y en las bravatas que vertía, mostraba bien a las claras y con gran diversión nuestra que no las llevaba todas consigo. Por nuestra parte, aunque de cierto hubieran salido, acostumbrados a la facha grotesca de nuestro guía, ninguna impresión nos hubieran hecho.

Durante un largo trecho la galería no tiene más que un ramal, pero al fin de éste se encuentra una plazoleta, desde la cual arrancan varios, que luego se subdividen por su parte. Aquí atamos nuestro cordel a un canto grande con suma desaprobación de *Ferrasciús* que llevaba muy a mal la poca fe que poníamos en sus protestas y experiencia; pero había entre nosotros quien se acordaba de una aventura sucedida a ciertas personas conocidas del país, que, después de andar todo un día perdidas por aquellos laberintos con su guía, sólo debieron su restitución al mundo de los vivos a un pastor que acertó a pasar por un despeñadero al cual daba una abertura de la mina y que, según sus instrucciones, trajo todo un lugar en su auxilio.

La escena nos parecía mejor para contada que no para pasada y por eso fiábamos más del expediente de Ariadna, que no de nuestro hombre. Echamos por el ramal de la derecha y, después de recorrer muchos subalternos, llegamos por fin al que tuerce en dirección a Orellán y que está enteramente inundado. No pudimos calcular su extensión, pero nos aseguró nuestro cicerone que se oía desde él el canto de los gallos del pueblo en cuyo caso deberá ser muy largo. Atajados así en nuestras investigaciones, hubimos de volvernos por los pasos que habíamos traído, y ya a la boca de la mina se nos ocurrió experimentar la elasticidad del aire con nuestras escopetas. Disparamos, en efecto, varias veces y cada explosión parecía la de una pieza de artillería, que, perdiéndose y quebrándose a lo lejos por aquellas

Enrique Gil era lector devoto de Byron, a quien cita con frecuencia y cuando viaja a Berlín lleva consigo el *Childe Harold*. Este poema apocalíptico describe el futuro de la humanidad cuando el sol se extingue. Comienza con el verso *I had a dream...* y ha inspirado a poetas, músicos y cineastas. [N. del ed.].

concavidades, figuraba un sordo temblor de tierra. Salimos enseguida a la luz, que ya teníamos ganas de ver y, después de haber comido con apetito, bajamos por una senda de cabras que era un zigzag, continuando a la aldea de Las Médulas, que cruzamos de largo en busca de otra mina llamada la Palomera, cercana a Salas de la Ribera.

La Palomera

Está abierta en peña viva y ha sido bautizada con el nombre que tiene a causa de la infinidad de palomas que en ella se albergan. Dícese en el país que era de plata, pero como el agua que la encharca llega hasta la entrada misma, nuestras observaciones no fueron de provecho alguno. Sólo vimos y tomamos un poco de ocre finísimo del que había bastante abundancia a orilla del agua. Cerca de la Palomera y en el terrible desfiladero de Balouta, hay una gruta llena de bellísimas estalactitas que figuran gran porción de musgos y otras plantas petrificadas, teñidas todas de frescos y vivos matices.

Aquí tuvimos el disgusto de separarnos de nuestro buen *Ferrascús* que nos hacía muchas protestas de agradecimiento por haber provisto a la desnudez de sus pies, aunque no faltaba entre nosotros algún descreído que afirmaba que la perspectiva de la taberna era la que así le desataba la lengua y alegraba el corazón.



Los restos de la población romana han desaparecido enteramente y ni aun por tradición se sabe exactamente su sitio; pero, además de las obras ya mencionadas, hay vestigios que no se borrarán tan pronto. Los inmensos montones de canto rodado que cubren la corta llanura de Las Médulas, atestiguan el ahínco y constancia de aquellos trabajos y no menos lo prueban los amontonamientos de tierra hechos cerca de la orilla meridional del lago de Carucedo. A poca atención que se ponga, fácilmente se conoce que aquella especie de collados no son de formación geológica, sino artificial, porque como las capas no tienen entre sí cohesión natural alguna, las aguas invernizas las han minado fácilmente, separándolas por zanjas profundas que en ninguna de las colinas cercanas se observan.

Con estas señales dejó marcado su tránsito por esta tierra el pueblo rey. El tiempo ha revestido sus ruinas de su severa y tremenda majestad y en el día tan curioso estudio ofrecen al mineralogista y al geólogo, como desconocidas y sublimes escenas al dibujante. La vista de las minas por detrás tendrá poco semejante en el mundo entero porque no es fácil reunir todos los accidentes naturales y artificiales que han concurrido a darle su raro aspecto. Por nuestra parte, no hemos leído ni oído cosa igual.

Y ya que la ocasión se brinda tan oportunamente, llamaremos sobre este país la atención de las infinitas gentes que van a buscar en las entrañas de la tierra el aumento de su fortuna y el ventajoso empleo de sus capitales. Sepan, porque muchos habrá que lo ignoren, que en este país son infinitos los manantiales de aguas minerales; que sólo de las arenas auríferas que el Sil arrastra, se alimentan muchísimas personas y que las minas de las Médulas, de la Chana y la Palomera, abundantísimas en sus respectivos metales, están dentro de un radio de una legua. El sol no sale en Cartagena para ponerse detrás de Sierra Almagrera¹⁸.

¹⁸ Las minas de plata de Sierra Almagrera también fueron explotadas por los romanos; pero la cita de Gil no es ociosa: sus lectores de *El Sol* sabían que en aquellos años la actividad minera había renacido en Almagrera y era reciente una ley del Gobierno prohibiendo la exportación de galena, por lo que el asunto estaba de actualidad, como prueba la nota regeneracionista con la que nuestro autor cierra su artículo. La empresa minera a la que se refiere Gil era *Sociedad Berciana*, “que explotó, a partir de 1842, una mina de plata que abandonó pronto por ser el mineral de mala calidad” [Picoche, pp. 182-183]. Al año siguiente, en 1843, el empresario ponferradino José Fernández Carús —“sujeto de instrucción y talento nada comunes”, dice Enrique Gil en el primer artículo del *Bosquejo*, véase p. 30— inicia la explotación de carbón en Vitoria. Cincuenta

Desde los romanos acá nadie ha escarbado siquiera la superficie de esta tierra; a poco tiempo se encontrarían obreros en abundancia y jornales baratos y, en nuestro entender, no tendrían motivos para arrepentirse. Piénsenlo bien y vengan a cerciorarse por sus ojos de que cuanto llevamos dicho no es más que una parte de lo que hay y tal vez no la mayor. El distrito se lo agradecería muchísimo pues sólo a la sombra de grandes empresas puede remediarse el grave síntoma de postración que le aqueja, la dispersión y subdivisión infinita de los capitales. De esta suerte podrían abrirse los caminos y comunicaciones, de que tanta necesidad tiene un país a quien su misma fertilidad ahoga y empobrece, y la provincia entera ocuparía el lugar a que la llama su situación, las propiedades de su suelo y el natural despejo de sus habitantes.

NOTA. Recientemente se ha formado en El Bierzo una sociedad minera a la cual, sin excepción, todos han prestado su apoyo. La idea no ha podido ser más popular. ¡Ojalá que los resultados correspondan a esta idea tan noble como beneficiosa para el país!

y cinco años después, en 1897, Castaño Posse reitera la idea de Gil y abandera una nueva explotación del oro nativo con gran optimismo: “Hace pocos días un muchacho encontró en Ancares una pepita de oro puro que pesó cuatro onzas”. [*Cuatro palabras sobre El Bierzo*, eBooksBierzo, 2013]. Pero el “ensueño de Gil”, como dice Picoche, no se cumplirá hasta la *Nueva Vizcaya* de Julio Lazúrtegui, en 1914.

III. El Valle del Silencio y la Tebaida berciana



Las memorias que los bárbaros sucesores de los romanos dejaron en El Bierzo son también numerosas, si bien en su mayor parte se ligan al orden religioso. El monasterio de Compludo, el primitivo de San Pedro de Montes y el de San Félix Visuniense fueron fundados por San Fructuoso, vástago de la estirpe real de los godos; y de otra porción de monumentos de esta clase y de santos que los poblaron e ilustraron con sus virtudes, se conservan recuerdos bastante claros. Pero las devastaciones consiguientes a la irrupción de los moros, la ausencia de los sacerdotes y la fuga y espanto de los fieles, fueron causa de que viniesen al suelo todas las obras levantadas por la piedad de los príncipes y señores godos. Nada de este período se conserva que pudiera suministrarnos alguna luz sobre sus artes y cultura y, a no ser por los instrumentos que en los archivos de la catedral de Astorga y de los monasterios restaurados se guardan, ni sospecharíamos quizá su existencia.

Cuando los españoles arrinconados en las montañas del norte volvieron en sí y, despertando el innato valor, fueron reconquistando con el acero la herencia de sus padres, todo el territorio actualmente comprendido en la provincia de León fue el primero tal vez que se arrancó de las manos de los infieles; pero en tan azarosa época era muy

común ganar y perder sucesivamente varias veces una plaza en un breve espacio de tiempo. En cada una de estas vicisitudes, la población o perecía bajo la cuchilla del vencedor o solía en gran parte emigrar cuando las capitulaciones se ajustaban sobre bases más humanas; pero de todos modos, alternativas tan dolorosas y frecuentes hacían mediar generalmente mucho tiempo entre la reconquista de un territorio y su repoblación.

Por todas estas razones, El Bierzo debió de estar mucho tiempo en manos de la soledad y del abandono bastantes de por sí para dar al traste con obras en que probablemente la rudeza de la edificación no había asegurado duración dilatada. Aun recobrada esta tierra y asentado en ella con alguna solidez el poder de los cristianos, ocupados los ánimos exclusivamente por las artes de la guerra, mal podían emplearse en las que son hijas de la paz y del orden; de manera que hasta el siglo IX y X la arquitectura no comenzó a dar señales de vida.

Nadie duda en el día que, sin la providencial organización del catolicismo, el caos de la Edad Media se hubiera prolongado indefinidamente y que en el altar se encendían las luces que iban guiando al mundo por la obstruida senda del progreso. Nadie duda que la unidad teocrática, única posible en aquel revuelto orden de cosas, fue el estandarte y la lumbrera del mundo; pero si alguno hubiera que vacilase todavía en adoptar semejante opinión (dado que nombre de tal merezca un axioma histórico), fácilmente disiparía toda clase de incertidumbre la vista de este país. Los monasterios fueron los centros de su resurrección moral y material; a su sombra se alzaron los pueblos, a su impulso se desmontaron los bosques, se abrieron caminos, se cruzaron ríos y se animaron los desiertos.

Ponferrada se formó en un principio alrededor de un puente fabricado por el obispo Osmundo sobre el Sil en el siglo X y luego llegó a ser población y fortaleza de importancia bajo los templarios. Villafranca nació de una ermita levantada por unos sacerdotes de Cluny que administraban los sacramentos a los infinitos peregrinos que iban a Santiago. Carracedo, Vega de Espinareda, San Pedro de Montes, Peñalba y otros pueblos han crecido a la raíz de sus monasterios como otros tantos retoños; y si montañas inaccesibles y valles desiertos abrieron su seno a la cultura, si las artes y el saber han derramado sus resplandores divinos aun en medio de sus oscuras soledades, es porque las órdenes religiosas desenvolvían ya entonces, aunque imperfectamente y atendiendo principalmente al orden moral, las milagrosas fuerzas hijas del espíritu de asociación.

Del siglo IX hasta el XI datan los monumentos más notables de este país. San Genadio, obispo de Astorga, reedificó a San Pedro de Montes en 895. Salomón, su sucesor, levantó la iglesia de Peñalba por los años de 933. La bailía de los templarios de Ponferrada llegó en el siglo XII a un esplendor extraordinario y en el mismo siglo el rey Alonso VII y su hermana la infanta doña Sancha fundaron de nuevo y ensancharon el monasterio de Carracedo con su bella iglesia. Las de igual género que se ven en Corullón, Villafranca y Otero de Ponferrada tienen todas sin duda la misma fecha. Hablaremos de estos monumentos, aunque brevemente, según su orden cronológico.

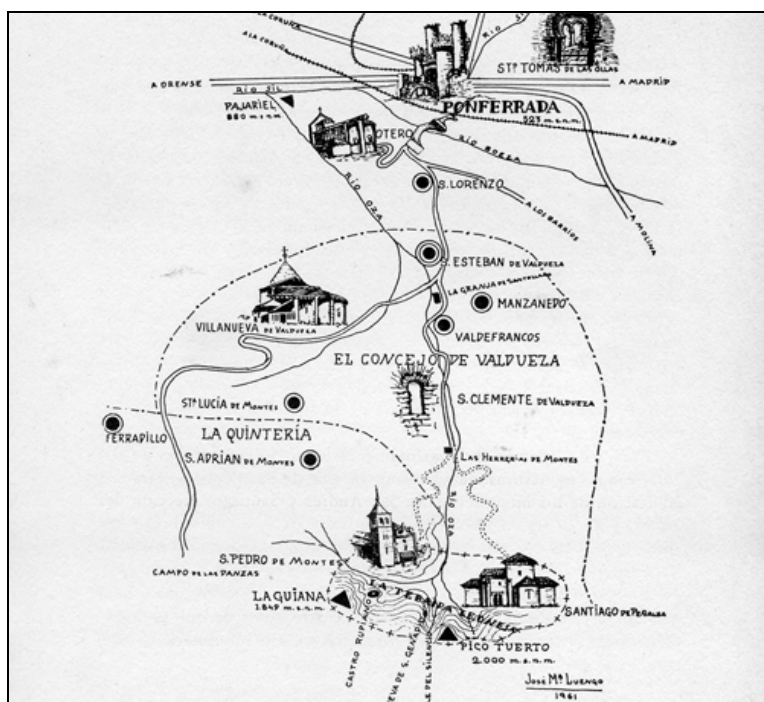
Valle del Silencio

El camino que conduce desde Ponferrada a San Pedro de Montes está adornado de todas las bellezas y accidentes graves, terribles y risueños propios de un país montañoso. El Valdueza o valle de Oza, por cuyo fondo corre este río, presenta desde San Esteban una faja de frondosidad y frescura infinita, pero sumamente estrecha, flanqueada en ambas orillas por dos cordilleras que le aprisionan hasta su fin.

Las huertas y prados, los frutales y árboles silvestres, los emparrados, que a veces extienden sobre el camino su rústico dosel, y los pueblecitos que a cada paso se encuentran a la margen de aquel río tan cristalino donde se ven las truchas deslizarse sobre las guijas y ocultarse en las raíces de los árboles, entretienen agradablemente al viajero. Pero si por casualidad alza la vista, la estrechura del paisaje le acongoja y conoce que, aunque embalsamado, respira al cabo el aire de una prisión. Afortunadamente semejante reflexión rara vez ocurre al que cruza de paso estas honduras, porque son tantas sus gracias y variedad que la vista se da por satisfecha con tan lindos cuadros.

En el último tercio del valle el camino se aparta de él y sube a la montaña. Allí comienza la soledad con sus peculiares escenas y sensaciones. Los ruidos del valle se apagan, desaparecen los pájaros de sus jardines, el silencio es el único señor de aquellos ásperos collados y solamente se percibe, confuso y quebrado por los ecos, el rumor sordo y monótono del Oza que corre por aquella angostísima garganta a una profundidad tremenda. Crecen los matorrales con pujanza y el camino que en las revueltas de los cerros y bajo sus sombras se oculta, da al país el aspecto ciego y enmarañado de aquella *selva selvaggia ed aspra e forte* que Dante encontró en la mitad del camino de su vida. El *Valle del*

Silencio que a la izquierda se extiende es el único paisaje por donde puede espaciarse la vista del viajero pero al punto desaparece y los mismos empinados montes y el mismo río con su voz lejana y doliente vuelven a derramar en su alma la anterior impresión de melancolía.



19

Por este desierto a la sazón horrible, dirigió sus pasos en el siglo VII un godo de sangre real en busca de aquella quietud interior que aun en el monasterio de Compludo, fundación suya reciente, huía de su ánimo. Cerca de las fuentes del Oza, en el seno más apartado de aquellas asperezas, en un precipicio colgado sobre el río y debajo de un fuerte o castillo romano destinado a proteger las líneas de canales que ya dimos a conocer en el artículo anterior, encontró por fin san Fructuoso un paraje acomodado a su intento y allí fundó el monasterio de San Pedro de Montes. Con la irrupción mahometana, abandonado de los fieles, se vino a tierra y, cuando tres siglos después quiso volverlo a su antigua fama y santidad san Genadio, obispo de Astorga, sólo encontró un montón de escombros, zarzas y malezas en el antiguo jardín de la esposa del Señor. Reedificó el convento y la iglesia, “más con el sudor

¹⁹ Mapa de la Tebaida berciana, original del historiador José María Luengo (1961).

propio y de sus compañeros que con la opresión del pobre”²⁰, y no contento con esto levantó más tarde otro mejor y más digno templo.

La elección del sitio no podía ser en verdad más acertada para los pensamientos severos de aquellos anacoretas, y la sensación que produjo en nosotros el monasterio con su aldea en una tarde nublada y lluviosa es de aquellas que tarda mucho en borrar la mano del tiempo. A vista de aquellas montañas enriscadas, en aquella soledad triste y oscura donde, al rasgarse las nubes del invierno, tal vez se mostraron los cielos a los contemplativos monjes en todo su esplendor y majestad, sobran en verdad los devaneos mundanos y las frágiles esperanzas terrenas.

Aprovechamos lo que nos quedaba de tarde en examinar las cercanías del monasterio y su huerta, que es una verdadera escalera cultivada, y por último bajamos a la iglesia edificada por San Genadio y bendecida en 919. Es de tres naves y bastante alta y espaciosa, pero tan ruda y tosca en su fábrica, que bien se descubre el atraso del arte. Las naves están compartidas por una especie de pilares gruesísimos de los cuales arrancan unos arcos tan tenues y delgados, que más que otra cosa parecen unos puentecillos de madera con dos enormes peñascos por estribos. Ninguna especie de labores adornan sus ventanas y puertas y toda ella es un embrión arquitectónico confuso en que ningún estilo se presenta claro y determinado.

Entre los retablos hay uno pintado con unas tablas pertenecientes sin duda a la escuela alemana, en que resaltan todas las bellezas y defectos propios de sus autores: gran corrección en el dibujo, vivo sentimiento en las cabezas y extraordinaria prolijidad y esmero en los pormenores junto con un colorido desmayado y lánguido, una composición poco hábil, unas formas prolongadas y flacas y un plegar duro y esquinado. El resto de los altares no sólo es inferior, sino de un gusto detestable y churrigueresco. El convento asimismo no ofrece nada notable, porque el de San Genadio hace tiempo que había venido a tan ruinoso estado que hubieron de levantar los monjes el nuevo.

Ascensión a la Aquiana

Bajo su techo hospitalario [el de San Pedro de Montes], pasamos la noche y muy de madrugada emprendimos nuestra caminata a la ermita

²⁰ Testamento de San Genadio.

de Nuestra Señora de la Aquiana, que si bien muy inmediata a nosotros, apenas habíamos visto despojada de su ropaje de nubes el día anterior a causa de su extraordinaria altura. La atmósfera se había ido despejando después de la tormenta de la noche y un viento del norte iba barriendo rápidamente sus vapores hacia el mediodía. El olor de las jaras y tomillos humedecidos por la lluvia embalsamaba el aire y sus infinitas gotas, pendientes de los brezos y relucientes a los primeros rayos del sol, fingían por donde quiera aderezos de diamantes y pedrería de formas caprichosas.



Cuanto tiene de vestido y frondoso el paisaje hasta llegar al convento, otro tanto tiene de desnudo y estéril hasta el pico de la Aquiana. Las plantas más crecidas que se encuentran son brezos y una especie de retamas espinosas, pero en cambio aquellas laderas son abundantísimas en yerbas medicinales. La subida es tan penosa que cerca de su mitad hubimos de detenernos a tomar aliento al pie de unas altísimas peñas de líneas muy hermosas y agradables tonos. Brotan a su raíz unas fuentes con cuyo jugo se alimenta una pradera en donde paraba un rato la procesión y descansaba la Virgen cuando peregrinaba del monasterio a su santuario. Allí nos sentamos, cuando una perdiguera nueva que llevábamos, asombradiza a fuer de tal, ladró espantada probablemente de tanto silencio y al punto salió de las rocas otro ladrido distinto, luego otro más apagado, otro más débil y, por último uno casi imperceptible. El animal, encolerizado y asustado a un tiempo, repitió los ladridos y eran tantos los que devolvían los peñascos que parecían contestación de una numerosa trailla.

Sorprendidos con este fenómeno, acallamos nuestro animal como pudimos y empezamos a gritar palabras de tres o cuatro sílabas, que el eco repetía fielmente. Disparamos, por último, un escopetazo y la explosión, perdiéndose en aquellas quiebras innumerables y sonoras, parecía una descarga hecha por una extensa línea de infantería detrás del monte. Al estrépito salieron de ellas las águilas y aves de rapiña que las habitan y poblaron el aire con sus ásperos y desacordes chillidos²¹.

Sin ver huella humana, ni oír más voz que la de estos pájaros carniceros, continuamos nuestro camino. A medida que subíamos, el aire se iba haciendo más frío y agudo, de manera que, a dos tercios de la altura, tuvimos que envolvernos en nuestras capas, sin embargo de ser aquel día el 3 de agosto. Seguía el viento impeliendo las nubes, y la ermita, tan pronto cubierta con ellas como descubierta, parecía una nave combatida por la tempestad. Llegamos por fin a la cumbre y las postreras se estrellaron a nuestros pies, envolviéndonos por unos instantes en su manto húmedo, Sólo una que parecía la reina de todas por su majestuoso contorno y su masa blanquecina y densa, venía flotando lentamente hacia nosotros, semejante al casco desarbolado de un navío de nácar. Pasó por fin a nuestro lado con extraño ruido y entonces todo quedó sosegado y sereno presentándose a nuestra vista un espectáculo maravilloso. Al principio estuvimos un buen rato como mareados y desorientados de todo punto; pero pasada esta primera impresión de aquel aire sutilísimo y ordenadas algún tanto nuestras ideas, pudimos disfrutar de las escenas que nos rodeaban.

Mirador del Bierzo

A nuestros pies teníamos el monasterio que acabábamos de dejar y el Oza con su despeñado curso que a un tiempo veíamos nacer y morir en la hermosa vega de Toral de Merayo por donde va a perderse en el Sil. A nuestra derecha descollaban los picos blancos y altísimos de Peñalba y más allá se extendía un horizonte extensísimo en donde se descubre hasta La Bañeza. A la izquierda da toda la parte de Valdeorras hasta el valle de Monterrey, por espacio de muchas leguas. A nuestra espalda La Cabrera agreste, altísima y erizada de montañas. Y a nuestro frente El Bierzo en toda su extensión, desde Villafranca hasta Manzanal, desde

²¹ Junto a Montes nos enseñaron una roca aislada e inaccesible a donde un águila arrebató un niño a vista de su madre y lo devoró con todo desahogo. Todavía hay testigos oculares de este suceso espantoso y la peña se llama desde entonces la Peña del Águila.

nuestro sitio hasta las montañas de Ancares, con su variada y vistosísima escala, con las cordilleras que lo surcan, los ríos que lo bañan, los castillos que lo decoran, los monasterios e iglesias que lo santifican, las poblaciones que lo adornan, las arboledas que lo refrescan y los campos, praderas y viñedos que derraman en él sus raudales de abundancia.

La ribera de Bembibre se presentaba risueña con su fértil llano de linares y trigo, las graciosas ondulaciones de sus laderas y el convento de la Peña que la enseñorea como una atalaya desde su escarpada altura. Ponferrada, aunque casi la mirábamos a vista de pájaro, ofrecía en un bellissimo escorzo su orgulloso alcázar templario y el alegre mosaico de sus tejados encarnados y azules. Cacabelos y Carracedo aparecían rodeados de verdes parques a la margen del Cúa y el collado de *Bergidum*, semejante a un estrecho terrado, apenas se distinguía.

Las orillas de los ríos parecían otras tantas alamedas y frondosos paseos, según las masas de verdura que las sombreaban, y las montañas lejanas, las últimas gradas de aquel soberbio anfiteatro natural. Por desgracia, el lago de Carucedo y los montes y barrancos de Las Médulas se escondían detrás de las oscuras rocas de Ferradillo, pero aun a pesar de estas sensibles faltas, estamos seguros de que será una de las vistas mejores de la Península.

Desde aquella altura se distingue claramente la extraña figura geológica del Bierzo, pues se ven los tres grandes estanques que en otro tiempo la dividieron y las estrechas gargantas que fueron dando paso a las aguas. Desde allí se divisa también la excelente línea militar con que los romanos ponían a cubierto este rico distrito de las invasiones de los astures y algunos restos de sus trabajos mineros. Desde allí se descubren, por último, los sitios ilustrados por los godos y por los templarios y en medio de este círculo de recuerdos, en el centro de todas estas grandes ruinas, el hombre reconoce por su padre al barro y por su única fortaleza y esperanza al Dios que le animó con su soplo divino. ¡Dichoso aquel que lleva limpias y sin amargos borrones las páginas del libro de la memoria a semejantes sitios! ¡Dichoso aquel para quien el porvenir es el crepúsculo de la mañana! ¡Venturoso mil veces porque la voz de las muertas alegrías no le murmurará al oído aquellos dolorosísimos versos de un amigo cuya imagen querida jamás se apartará de nuestro corazón!

¡Ay de aquel que vive sólo en lo pasado!
¡Ay del que su alma nutre en su pesar!
¡Las horas que huyeron llamará angustiado!
¡Las horas que huyeron jamás tornarán!...²²

Nos habíamos propuesto dirigirnos a Peñalba siguiendo la ceja de las montañas, pero hubimos de desistir de semejante propósito no sólo por el frío penetrante que sentíamos a tamaña elevación, sino porque hubiéramos tenido que emplear cinco horas de camino, que sobre las dos gastadas ya en subir, hubieran acabado con nuestras fuerzas. Recogimos, pues, nuestro antejo y bajamos de aquella eminencia, cuya altura no pudimos calcular por no llevar barómetro ni instrumento alguno²³. Deshicimos lo andado hasta Montes y, cruzando el Oza, nos internamos en el Valle del Silencio estrecho y escarpado no menos que el que dejábamos, aunque más solitario y silvestre todavía.

A su cabecera hay un pequeño altozano con su linda planicie, que, saliendo de tan lóbregas angosturas, parece muy iluminado y alegre. Tres montañas paralelas, blancas y desnudas, se levantan junto a él y abren paso a otros dos reducidos pero graciosos valles. En vano el corzo buscaría la sombra de los arbustos en sus descarnadas laderas: ni plantas ni yerbas crecen entre sus grietas blanquecinas y sólo en uno de ellos vimos tal cual pie de encina menguado, raquítrico y medio seco. Una maldición misteriosa pesa al parecer sobre estos picos, calcinados y trastornados quizá por algún antiquísimo volcán y condenados a perpetua esterilidad en medio de una naturaleza pomposa y llena de lozanía.

En el seno de estas rocas hay varias cuevas donde san Genadio y sus monjes se retiraban por la Cuaresma y Adviento a hacer rígrida y severa penitencia. Los senderos que a ellas conducían se han borrado y apenas las cabras mismas pueden frecuentarlos; pero la del santo conserva su camino que la devoción persevera en trillar. Es bastante espaciosa, aunque no ofrece cosa notable de cristalizaciones y estalactitas. En el medio hay una cruz de madera que todavía vimos coronada con una guirnalda de azucenas puesta por mano de los romeros en el día de san Juan. Era, como dejamos dicho, el 3 de agosto y, sin embargo, las flores conservaban algo de su cándida hermosura, debido sin duda a la frescura y retiro del sitio.

²² Espronceda, *El Estudiante de Salamanca*, [parte IV, vv. 865-868].

²³ El pico de la Aquiana tiene 1846 mts., superado en la comarca por Catoute, 2117 mts.; Valdeiglesías, 2136; y Cabeza de Yegua, 2143, entre otros. [N. del ed.].

Peñalba

El paisaje es tan grave y ascético que el espíritu religioso de aquellos tiempos no podía menos de elegirle para teatro de sus contemplaciones, si alguna vez acertaba a verlo. San Genadio, que vivió a últimos del siglo IX y principios del X, lo amó con particular afición y fundó la iglesia de San Andrés, el monasterio de Santiago de Peñalba, otro monasterio llamado solamente de Peñalba y un oratorio, además, a santo Tomás en el sitio dicho Silencio, como el mismo santo refiere. Probablemente semejantes fábricas no tenían toda la solidez que era de desear, pues en el día nada queda de ellas, si se exceptúan las cuevas que la naturaleza labró por su mano, el nombre del *Silencio* dado al río, más por las calladas y solemnes escenas que presenciaba en su origen que no por su retorcido y despeñado curso y, por último, la iglesia levantada por el obispo de Astorga, Salomón, segundo sucesor de san Genadio y su discípulo.



Ocupa ésta, con el actual pueblo, la linda rinconada que hace el valle en su principio. Por fuera nada la recomienda, pues su pórtico está compuesto de una tosca galería cubierta que la ciñe y que desde muchos siglos acá sirve de cementerio. Pero ¿cuál no debió ser nuestro asombro cuando al abrir las puertas nos encontramos con una entrada de dos arcos de herraduras, con una columna enteramente árabe de mármol en

²⁴ Gil toma datos históricos de la *España Sagrada* del P. Flórez, que reproducimos y que, en este caso, Quintana Prieto refuta como erróneos (véase p. 167 en la edición del *Bosquejo* de Paz Díez y Peñalba, de Quintana Prieto, Nebrija, 1978). San Pedro de Montes fue fundado por san Fructuoso en el siglo VII y repoblado por san Genadio en 895. Peñalba fue fundado por san Genadio, siendo ya obispo de Astorga (909-920), y no construido —como dice Gil—, sino ampliado por los abades Fortis y Salomón en 937 [Iglesias Arias, *La Tebaida berciana*, Lancia, 2008]. [N. del ed.].

el centro y otras dos de igual clase y materia empotradas en la pared? El corte y los dibujos, todo revelaba la mano del artífice infiel. Pasamos adelante y esta idea se arraigó más en nuestro entendimiento. La planta de la iglesia no era cruz griega ni latina: su forma enteramente oval presentaba por ambos extremos una identidad absoluta. Elevábase en el centro una cúpula redonda altísima; todas las aberturas y proyecciones tenían por tipo el arco de herradura; no había capillas ni natural proporción para los altares, que, de consiguiente, parecían miembros mal pegados, si se exceptúan el mayor y el del fondo en que descansan las cenizas de san Genadio que tienen sus apartamentos respectivos de forma semicircular y, por último, la luz del templo debía introducirse por alguna lucerna de la cúpula, en el día tapiada, pues las ventanas que ahora se la suministran son unos feos agujeros cuadrados abiertos de cualquier modo a trueque de no dejarlo enteramente a oscuras. Todas estas circunstancias podían cuadrar muy bien a una mezquita mahometana, pero de ningún modo a una iglesia de Jesucristo.

Esta fábrica estaba ya concluida en el año de 937, reinando en León Ramiro II; pero del nombre del artífice no ha quedado memoria alguna. De todas maneras, semejante monumento bello, airoso y construido de materias preciosas, enclavado en las montañas tal vez más salvajes y rudas, pero de seguro las menos frecuentadas de España, es un peregrino hallazgo, una verdadera sorpresa para el viajero. No es este el lugar propio de las muchas reflexiones a que da margen, pero nos contentaremos por ahora con decir que si la historia de los monumentos de un país es la historia de su civilización, su historia, en fin, escrita en las más bellas páginas posibles, muy amargo y desconsolado es ver que se van borrando las más elocuentes sin que haya una mano benéfica que se ocupe en sacarlas a la luz pública.

Sabemos que existe una honrosa excepción de esta regla y no queremos dejar pasar esta ocasión sin que nuestra pluma le haga aquí la misma justicia que nuestra memoria le hizo en las soledades de Peñalba. Hablamos de la *España monumental y artística*, a cuyos redactores y colaboradores prometimos un aviso que de seguro convendría a su honra y tal vez no estaría reñido con sus intereses. Este aviso va ya envuelto en el presente artículo y en los sucesivos se pondrá más de manifiesto.

Los recuerdos artísticos que quedan de los siglos medios en toda la provincia de León y muy particularmente en el distrito del Bierzo merecen la atención de cuantos se interesen en las glorias españolas. Si

su publicación, según parece, aspira a ser eminentemente nacional, cometería una gran falta de lógica en prescindir de los monumentos de un país que abrigó en su infancia a la nacionalidad española muerta en el Guadalete y resucitada en las montañas de Asturias y León. Alguno de los colaboradores de esta interesante obra, que personalmente nos conoce, debe saber que nuestro amor al arte no se mide por la pobreza de nuestros conocimientos y que, si escasos como son pueden contribuir al brillo del país en algún modo, siempre los tendrán a su servicio. Volvamos ya a nuestro viaje.

El vicario de Peñalba nos enseñó entre varias reliquias de San Genadio una especie de bolos con que el Santo se entretenía en sus horas de recreo, la reja de hierro en que dormía en su cueva y una argolla del mismo metal que sin cesar traía rodeada al cuerpo; pero lo que más nos llamó la atención fue un cáliz de aquel tiempo de extraña y tosca figura, con la patena exactamente ajustada a la boca y que alrededor tiene el nombre del donador.



Como la tarde iba entrando y, sobre las tres leguas de perverso camino que traíamos andadas a pie, todavía teníamos que andar otras tantas del mismo modo para llegar a Ponferrada, nos despedimos del buen vicario dándole gracias por su cordial acogida y bajamos al Valdueza por una senda mala aun para los jabalíes y corzos. La vista de este valle que habíamos cruzado el día antes en una lluviosa y oscura

mañana y que ahora desplegaba todas sus galas y pomposa vegetación a la dorada luz de una tarde clara y serena, nos hizo dar por bien empleadas todas nuestras fatigas. Las casas que entre los árboles se veían, parecían otros tantos nidos, el río tenía un murmullo más bullicioso y alegre que nunca y los pájaros se despedían de la luz con armoniosos cantares. Por fin, un poco molidos y un mucho satisfechos de nuestra expedición, llegamos a Ponferrada, donde pudimos descansar a nuestro sabor.

IV. Monasterios bercianos

Hasta ahora sólo hemos hablado de las iglesias de San Pedro de Montes y Peñalba, que más estrechamente que ningún otro monumento de este país se ligan a la restauración de la monarquía, si bien la segunda, como dejamos dicho, apenas puede contarse entre los destellos del arte cristiano. Los monumentos que van a ocupar ahora nuestra atención, pertenecen a una época en que la arquitectura gozó de robustísima vida y pobló el mundo de obras marcadas con el sello de una maravillosa y fuerte unidad.

Sabido es que en el siglo X la Lombardía se elevó a un grado de ilustración y poder que con justicia le ha granjeado la admiración de los hombres y el aplauso de la historia. La arquitectura que sucedió inmediatamente a la bizantina y se esparció por la Europa con prodigiosa rapidez, llevaba su nombre y, sin duda, forma el más ilustre cuartel de su escudo de armas.

La rara asociación de los *francmaçons* o albañiles libres, su espíritu sacerdotal, sus numerosas afiliaciones en todos los países, su ciencia y habilidad en la edificación, no podían menos de lograr preponderancia, riqueza y extraordinario influjo en aquella época ignorante y dislocada, que no presentó por cierto corporación más compacta y rigurosamente subordinada y que, por lo mismo, estuviese con mejor título en posesión de los recursos y medios que ofrece y desenvuelve el espíritu de asociación. Apoyados por un lado en la Iglesia y particularmente en las órdenes religiosas, en cuyo seno contaban numerosos afiliados, y por otro en los reyes, que a porfía les otorgaban privilegios y franquicias, por todas partes extendieron su poderío y en todas dejaron huellas de su ciencia y portentosa organización.

Mal podía librarse de tan universal influencia un país como El Bierzo, asiento de reyes o de personas de la real estirpe, teatro de glorias para el cristianismo por los muchos santos que ilustraban sus valles y montes, tránsito forzoso para Santiago de Galicia, tan frecuentado entonces de toda la Europa, y más en especial de sus potentados, y depósito por fin de los vivos recuerdos que no dejan de acompañar a un país donde el culto de los mayores se ha restablecido en campos bañados de sangre enemiga.

Corullón

En el amenísimo pueblo de Corullón se conservan en muy buen estado dos iglesias con la advocación de san Esteban y san Miguel, que tal vez serán las primeras del género lombardo de las que aún quedan en pie. No hemos tenido el necesario espacio para averiguar exactamente su fecha, pero del género ninguna duda nos cabe, así porque reúne todos los caracteres distintivos, como porque la ejecución da a entender claramente que el arte distaba todavía de aquella perfección de detalles que en alguna de las iglesias que a poco debieron de seguir las se advierte. La de San Esteban aventaja a la compañera en regularidad y esmero de los pormenores y tiene un sello todavía más pronunciado del carácter y espíritu de las artes en aquella época. Dos estatuas vimos en su pórtico que revelan suma antigüedad y, si no fuera por el místico espiritualismo de su expresión, fácil sería tenerlas por dos figuras egipcias, tan flacas y prolongadas son sus formas, tan atormentada su actitud, tan rígido y estirado el dibujo. Quizá más notables son todavía los modillones que sostienen el tejado, extraordinaria serie de figuras, extravagantes y caprichosas las más y no muy decente alguna de ellas; muestras claras de aquel eterno simbolismo que en casi todas las iglesias lombardas se nota y que sin duda venía a ser el signo y cifra más concreta del espíritu del arte.

Villafranca

Ya hemos dicho que la villa actual de Villafranca se formó poco a poco a la sombra de una iglesia levantada por unos monjes de Cluny que administraban los sacramentos a los franceses pobladores del tiempo del rey Alonso VI y a los peregrinos de Santiago. El monasterio de Nuestra Señora de *Cluniaco*, que vulgarmente vino a llamarse *Cruniego*, ha desaparecido enteramente, aunque se conserva memoria suya del año 1247 en Astorga; pero ha quedado de aquellos tiempos la iglesia de Santiago, monumento, si reducido, no por eso menos esmerado del arte lombardo. Cerca de ella, según tradición recibida, había un pequeño hospital, donde se asistía y cuidaba a los peregrinos enfermos y de donde, una vez restablecidos y curados, salían a recibir el pan eucarístico en el cercano templo, entrando por una puerta llamada sin duda por esto el *Arco del Perdón*.



Mucho tiene de notable este arco, porque si alguno puede marcar el tránsito del género lombardo al gótico apuntado u ojival, como fuera de España se denomina, éste parece ser el destinado. La iglesia es perfectamente lombarda en su conjunto tanto como en sus pormenores, si se exceptúa la torre, pegote moderno de muy mal gusto y piedra de diverso color; pero el arco de la portada, que por su arranque parece encaminarse al semicírculo, remata al cabo de una punta poco airosa, bien distante por cierto de la esbelteza y gallardía de las ventanas que vienen calando casi hasta el suelo los muros laterales de la catedral de León. No es imposible que esta puerta sea obra posterior, comenzada y acabada en los primeros albores del gótico y añadida al edificio para solemnizar más el uso a que se la destinaba, pues realmente los dibujos y labores son de un gusto tan prolijo y aun acabado si se atiende a la época, que apenas dejan que desear. Lástima será en verdad que la degradación y deterioro que comienzan a sufrir pasen adelante, sin que el lápiz y el cincel les aseguren vida más duradera. Las demás iglesias de Villafranca, incluso la Colegiata, son de fecha reciente y no ofrecen, en nuestro entender, nada notable.

Carracedo



En la margen izquierda del río Cúa, poco más abajo de Cacabelos y en un sitio fértil, risueño y deleitoso tal vez en demasía para la austeridad y recogimiento de la vida monástica, está asentado el monasterio de Carracedo, el más sobresaliente del Bierzo y que antes de la caída de las órdenes religiosas gozaba en la de san Bernardo de una consideración y riqueza de primer rango. Cércanle por todas partes praderas y huertas fertilísimas, frondosos arbolados y campos de pan de maíz y de lino surcados por arroyos puros y cristalinos que mantienen en ellos una perpetua verdura. Es allí el cielo tan sereno y claro, tan benigno y templado el aire, tan fecunda la tierra y tan variada la armonía de los infinitos pájaros que cantan en sus sotos, que el buen rey don Bermudo II el Gotoso que lo fundó en 990, no pudo buscar marco menos a propósito para un cuadro grave y religioso.

Lo que en un principio fuese este monasterio no es fácil averiguarlo aunque, si se atiende a los tiempos azarosísimos que alcanzó aquel monarca, fácil es conocer que no pasaría de una muy alta esfera. Por entonces, el terrible Almanzor igualó con el suelo la ciudad de León después de una heroica resistencia, extendió su devastación a Astorga y sembró el terror por todas partes. Época miserable y desdichada fue aquella entre las más desdichadas que pudo contar la Cruz en su lucha

con la Media Luna. Esto nos hace creer que el nuevo monasterio crecería poco, combatido de tantos males y desasosiegos y, por otra parte, la circunstancia de no haberse enterrado en él don Bermudo, a pesar de haberle fundado para su sepultura, nos confirma en nuestra opinión. Murió el gotoso monarca en El Bierzo y descansó una porción de años en Villabuena, residencia en otro tiempo de los merinos de este país, aldea miserable en el día, hasta que más adelante fue trasladado al panteón real de San Isidoro de León.

Dos siglos más tarde, acabadas las turbulencias del reinado de doña Urraca y empuñado el cetro de León por su hijo Alonso VII, llamado el Emperador, creció este monasterio en riquezas y consideración. La infanta doña Sancha, que con su talento, dulzura y piedad contribuyó tanto al brillo de este glorioso reinado, gobernaba El Bierzo por este tiempo como lo acreditan numerosas escrituras. Era la época en que San Bernardo por sus luces, virtudes y elevado carácter, venía a ser el objeto de la veneración de Europa, y como la Borgoña, su patria, éralo asimismo de Ramón de Borgoña, primer marido de doña Urraca y padre del rey, mostrábale éste afición y respeto particulares y deseaba honrarle propagando por sus estados la orden del Císter, de que era el Santo principal fundador. Ayudábale su piadosa hermana doña Sancha y nuestro Mariana cita una carta del ilustre abad de Claravalle a esta señora. Volvió, pues, los ojos al monasterio de Carracedo y, con intento de ensancharle, de acuerdo con el emperador su hermano trasladó a él el convento de Santa Marina de Valverde, junto a Corullón, y allí, mudado el hábito negro en blanco, quedaron todos monjes cistercienses.

Al entrar en el monasterio actual, confuso amontonamiento de claustros y paredes blancas sin orden ni unidad alguna, se encuentra a la mano izquierda una torre redonda en su principio y cuadrada en su remate, que por el color de la piedra parece muy antigua y que flanquea un resto de muro del mismo color y calidad con un rosetón bellamente labrado a los dos tercios de su altura. No se sabe qué quiere decir, porque la iglesia, cuya continuación parece ser, tiene forma grecorromana y muy reciente; pero dentro se aclara el misterio tan pronta como desagradablemente. Un monje que vivía en el convento como particular después de su extinción y que tuvo la bondad de acompañarnos por aquellos claustros, sólidos sin duda, pero en que las artes apenas han derramado uno de sus reflejos divinos, condescendiendo con nuestras instancias, nos llevó a ver la iglesia de doña Sancha. ¿Quiere saber el lector lo que queda de ella? Pues es ni

más ni menos que la torre, muro y rosetón que se encuentran al entrar y un poco de las paredes laterales con dos de sus semicirculares ventanas. Más allá se extiende la iglesia nueva, fábrica grecorromana, con sus arcos y pilastras estriados, su cenefa alegria de plantas y lazos por debajo de la cornisa y, por carácter general, una insignificación exquisita si se compara con el aspecto severo que ofrecen los mutilados restos de la iglesia antigua. Es de advertir que la moderna no está más que cubierta y en esqueleto. Así es que no ha recibido consagración. Entonces no pudimos menos de preguntar al anciano religioso si algún terremoto había echado por tierra el templo de aquella ilustre princesa:

—No señor —respondió—, la iglesia estaba como hecha de ayer, pero los monjes la tiraron a fines del siglo pasado.

—¿Quién dice usted, los monjes?

—Los monjes, sí, señores —contestó él—, porque como el presbiterio era muy reducido no se podía celebrar bien de pontifical y así hubo que tirarla y hacer en su lugar esta otra, que es más bonita y sobre todo moderna.

A tan victoriosa respuesta, ¿qué se había de hacer? Callar, morderse los labios y guardarse las reflexiones para mejor ocasión. Así sólo para tener un presbiterio más ancho se derriba un monumento lombardo que la severidad de las líneas, en lo poco que nos queda, y la delicada crestería del rosetón y ventanas, dan a conocer como bellissimo. Triste es el vandalismo de las guerras y revoluciones, pero el que se oculta detrás de las corbatas y hopalandas, es cien veces más odioso y repugnante. La pérdida de este templo es tanto más sensible en nuestro entender, cuanto que, sin salir de la índole y carácter de la arquitectura a la sazón dominante, ofrecía en los detalles un no sé qué de lujo arabesco que debía ser una media tinta de particular efecto.

Preguntamos a nuestro buen cicerone por los restos del antiguo convento y supimos que habían corrido la misma fortuna que la iglesia. Por fin, temblando de miedo le hablamos de la habitación de la infanta gobernadora, pero tuvimos el gusto de saber que todavía se conservaba parte de ella y bajamos a un patio desde el cual se veía una fachadita muy graciosa. Una escalera sin barandilla y llena de zarzas, pero de muy suave acceso, guiaba a una especie de galería reducida, pero de labores muy finas, que servía de vestíbulo a la habitación de la infanta.



Los arcos y columnas que la sostienen, participan tanto de lo gótico como de lo árabe y la puerta está flanqueada de una ventana estrecha y alta, dividida por una columna redonda, y de un rosetón pequeño primorosamente trabajado. La habitación es un salón cuadrado bastante espacioso, muy alto y sostenido por columnas muy delgadas, de donde arrancan arcos apuntados de tan grande sutileza que sobre cada columna vienen a descansar cuatro. A la derecha de la entrada hay una chimenea enorme; enfrente otro lindo rosetón, en el día ciego, y a la izquierda una puertecilla que da a una escalera secreta. El techo es de madera y, aunque deshecho en gran parte, todavía da a entender el esmero y coste del artesanado, sobre todo en una especie de cúpula que se eleva en el centro y en que todavía parecen notarse algunos preciosos embutidos.

El conjunto es tan proporcionado y regular, los arcos y columnas tan esbeltos y airosos, los techos tan bien labrados, las ventanas y puertas de un acabado tan completo y todo ello tan delicado y gallardo que involuntariamente trae a la imaginación los buenos restos arquitectónicos de los cultos árabes andaluces. Y si con el pensamiento ataviamos este aposento de todas las galas y esplendor que durante el

ilustre reinado del emperador hicieron declarar al rey Luis de Francia²⁵, que ni en Europa ni en Asia había visto corte tan lucida como la de León, naturalmente ocurre la idea de que la habitación de una princesa tan esclarecida debiera merecer respeto y cuidado de los monjes sus favorecidos. No contentos con empotrar en el convento moderno esta hermosa reliquia, privándola así de una gran parte de sus luces, fueron a destinarla ¿a qué dirá el lector piadoso? ¡Ni más ni menos que a panera!

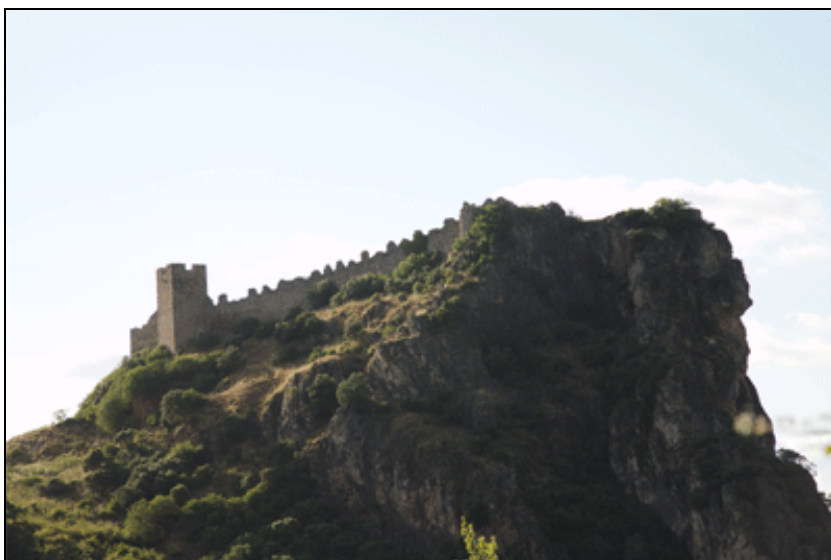
He aquí dónde habían venido a parar las tradiciones piadosas y el recuerdo de una señora que fue el adorno de sus tiempos. He aquí en lo que habían venido a parar el gusto de lo bello y el amor al arte. Porque hay que añadir que, sin darse por satisfechos con esta profanación, a la vez histórica y artística, hicieron una escalera que bajaba desde el claustro, de mano de albañil por supuesto, y además entre las elegantes columnas pusieron alguna división de tabique que mutila horrorosamente el salón.

Fundó también doña Sancha en la feraz ribera de Bembibre, al pie del Montearenas, el monasterio de monjas bernardas llamado de San Miguel de las Dueñas. La situación también es amenísima, pero la vecindad del monte contribuye a darle un aspecto más austero y monacal. La actual fábrica es reciente, pues como en 1550 las inundaciones del Cúa obligasen a las monjas de San Guillermo de Villabuena a abandonar su monasterio, refundióse éste en el de San Miguel. Entonces, con la necesidad de ensancharle, vino sin duda al suelo la fábrica antigua que, si atendemos a la muestra de Carracedo, debería tener no poco que la recomendase como parto que era de un espíritu naturalmente elevado.

Algún otro resto queda todavía en El Bierzo del estilo lombardo, pero los que llevamos mencionados encierran lo único notable que ofrece. Con él murió la arquitectura en este país, pues el género llamado gótico no tiene en él un solo monumento que lo represente, y lo perteneciente al estilo grecorromano que se inauguró en la época llamada del Renacimiento no merece elogios ni mención aparte. Trasladada definitivamente a León o Castilla la residencia de las personas reales y extinguidos por otra parte los caballeros templarios,

²⁵ El rey Luis, considerado el arreo, atuendo y atavío, así de los grandes como del pueblo, que acudió en tan gran número cuanto en la ciudad real se vio antes... dijo no haber en Europa ni en Asia visto corte más lucida, ni arreada: en las cuales provincias se hallara en el tiempo que fue a la guerra de la Tierra Santa. Mariana, *Historia de España*, lib. XI, cap. III.

faltóle al arte la vitalidad y energía que encontraba en estos manantiales de ilustración y riqueza y pereció de consunción. Los monumentos posteriores, sin embargo, si no se recomiendan por su mérito arquitectónico no por eso están perdidos para las artes, pues la mayor parte reúnen accidentes de que un pintor del país pudiera sacar sin duda gran partido.



V. De Bembibre a Cornatel por los castillos del Bierzo

No menos notables que las iglesias y monasterios, son los restos militares de la Edad Media que se conservan en El Bierzo. En Ponferrada, en Corullón, en Bembibre, en el Valcárcel y sobre el pueblo de Río Ferreiros, existen en el día otros tantos castillos que, si bien desiguales en posición e importancia, no dejan de llamar, sin embargo la atención del curioso viajero. En todos ellos la parte interior destinada a vivienda está completamente desmoronada y aun en alguno, como el de Bembibre, tienen las murallas brechas y portillos muy grandes, pero en los demás el esqueleto y las obras puramente militares se mantienen en pie.

Si por una de aquellas desgracias que inevitablemente acompañan a la guerra, no se hubiesen quemado por entero los archivos de Carracedo y del marqués de Villafranca, todavía podrían reunirse datos muy estimables para ilustrar la historia de la época en que los señores de estas fuerzas desempeñaban importantes papeles en el drama político de la nación, pero en el día es cosa ciertamente difícil rastrear noticias relativas a estos tiempos. Los archivos particulares contienen mucho menos que aquellos grandes depósitos y los de los ayuntamientos no están mucho mejor surtidos y ordenados; de manera que, por ahora, más partido pueden sacar de estas reliquias los estudios artísticos que no los históricos.

Los templarios

Es tradición válida en el país que los caballeros templarios levantaron todos los castillos que vemos en el día y, a juzgar por la exterioridad, no va enteramente descarriada esta opinión, pues todos guardan cierta analogía arquitectónica con el de Ponferrada, que indudablemente perteneció a aquella noble orden tan valerosa como desdichada. Ya quedan señaladas en uno de los anteriores artículos algunas de las huellas que dejaron en este país vivo testimonio de su piedad, grandeza y poderío; justo será que hablemos ahora de los restos de sus pompas mundanas y de sus alcázares orgullosos.

Las artes y la historia descansan con gusto al pie de las ruinas, porque en ellas brota la fuente de una inspiración solemne y triste y en su breve compendio se amontonan lecciones severas y útiles enseñanzas.

Para que todo lleve el sello de la variedad en este país pintoresco y rico, hasta las ruinas tienen por su situación y accidentes un carácter marcado de diversidad. El castillo de Bembibre, por ejemplo, que domina la pequeña villa de este nombre en una colina de suave acceso y pequeña altura y situado a la cabecera de una cuenca amenísima que lleva su nombre, más que otra cosa, parece un puesto elegido para descanso de las marciales fatigas. Por la espalda y a su izquierda, le cercan las cordilleras del puerto de Manzanal y las montañas donde tiene su nacimiento el Boeza.

Enfrente y a su derecha, se extienden los linares y praderas del pueblo limitados por el río y por las vistosas eminencias desde donde se divisa Calamocos y otros pueblos de hermosos términos y suave degradación, y los campos fértiles y laderas plantadas de viñedo de Almázcara y San Miguel de las Dueñas, que ofrece la masa de su monasterio en el fondo del valle, como un candado de esta deliciosa cadena. El aire militar de esta fortaleza guarda perfecta consonancia con el país que la rodea y nada tiene de imponente ni de terrible, pero, sin embargo, según hemos oído a una persona bien informada, presencié en el siglo XV escenas trágicas y lastimosas en que figuraron como víctimas dos jóvenes ilustres de la comarca²⁶. Actualmente sólo conserva algo de sus murallas y los encantos de una situación llena de perspectivas halagüeñas.

Cornatel

El castillo de Cornatel o Cornatelo parece imaginado para contrastar vivamente con el que acabamos de mencionar. Siguiendo la orilla izquierda del Sil y atravesando los pueblos de Toral de Merayo Villalibre, Priaranza y Santalla, el camino tuerce a la izquierda al llegar a éste y el viajero se despide de las frondosas riberas del río para entrar en una garganta angosta a cuya mitad se encuentra una miserable aldea llamada Río Ferreiros. Murmura un riachuelo en el fondo de estos barrancos y, por encima de las casas y como corona de una altura peñascosa, inaccesible y tajada, asoma sobre el fondo del cielo un lienzo de muralla con almenas que, por de pronto, suspende y embaraza el ánimo.

²⁶ No deja de ser curiosa esta alusión a *El Señor de Bembibre*, llamando víctimas a los “dos jóvenes ilustres”, don Álvaro y doña Beatriz. Según Picoche, cuando escribe estos artículos, Gil ya había concluido su novela: el *Bosquejo* sería a *El Señor de Bembibre* como el *Itinéraire de Paris à Jérusalem* a *Les Martyrs*, siguiendo una vez más la estela de Chateaubriand [Picoche, pp. 46-47]. [N. del ed.].

Desde semejantes honduras no puede gozar la vista del espectáculo de aquel fuerte encubierto por los peñascos, pero a medida que se trepa por la agria cuesta en donde serpea el camino va cobrando formas regulares y, por último, presenta en los dos lienzos de mediodía y occidente dos líneas rectas, franqueada la más larga por un torreón cuadrado que ocupa su centro. El que desde abajo veía en él un nido de aves de rapiña y no la morada de guerreros, califica su juicio de temerario y hasta penetrar en su recinto no se convence de que el primer pensamiento era el acertado.

Hase borrado todo camino y sólo escalando rocas y abriéndose paso por medio de matorrales puede tomarse la vuelta del castillo hasta dar con la entrada que está a la parte del norte. Aquí todo muda de aspecto como se cambia a la señal convenida una decoración teatral. Precipicios espantosos erizados de peñas negruzcas y de horrorosa profundidad defienden este costado y el de oriente, rematado por una aguda punta; y tal es la escarpa del terreno, que la fortificación pierde toda forma regular y se reduce a seguir las curvas y sinuosidades de aquellos derrumbaderos. Aún en varios parajes no hay más defensa que la natural y el único trabajo del ingeniero se redujo a establecer una línea de continuidad rellenando de muralla tal cual portillo que ofrecían las rocas y aislaba algunas partes del fuerte. Lo interior corresponde exactamente a este carácter salvaje y bravío y es de lo más rústico y tosco que puede figurarse nadie.

Los torreones que deberían servir de vivienda a la guarnición, no manifiestan en su construcción primor alguno y aún carecen relativamente de solidez; la plaza de armas ni está nivelada ni nunca lo estuvo según las enormes peñas que asoman la cabeza, y, finalmente, las escaleras que conducen a la muralla no son sino unas grandes piedras empotradas en ella y que, colocadas en plano inclinado y sin ninguna trabazón entre sí, presentan una subida tan incómoda como difícil.

El castillo estuvo en otro tiempo reducido a la parte oriental y esta fábrica revela antigüedad notable por su color y, sobre todo, por sus torreones redondos. Posteriormente se le añadió todo el cuerpo occidental y ésta sin duda debe ser obra de los caballeros templarios, porque materiales, forma cuadrada y género de su construcción son en todo iguales a los de la fortaleza de Ponferrada.

La posición eminentemente militar para la época en que sólo con flechas se podía ofender de lejos, es insostenible enteramente en el día y aún debió de serlo desde el momento en que comenzaron a usarse los

cañones, porque de ambas partes le enseñorean alturas cercanas. Por lo demás, lo grueso de las murallas por una parte y lo inaccesible del terreno por otra, convertían este alcázar en un punto importante para asegurar las comunicaciones con Galicia y poner una gran parte del Bierzo a cubierto de cualquier embestida.

La última visita que hicimos a estos parajes fue en el verano de este año²⁷. Comenzamos a recorrer la muralla y a disfrutar aquel espectáculo que tan extrañas sensaciones produce bajo el sol ardoroso de julio. A nuestros pies teníamos el miserable lugar de Valdeviejas, empozado en un hoyo reducido, y el riachuelo que dejamos ya mencionado, cuyos ecos repetidos por las innumerables quebras de los riscos formaban un clamor sordo, monótono y lamentable que llenaba el silencio de aquellas soledades.

Quisimos asomarnos a la punta oriental del castillo, pero era imposible sostener la vista de aquel abismo que causaba un vértigo tremendo y sólo arrastrando pudimos sacar la cabeza y medir la extensión de aquel despeñadero fatal que, erizado de puntas y matas de encina, bajaba hasta la orilla del arroyo. A la izquierda y por la garganta que dejábamos recorrida, se divisaba un trozo pintoresco de las riberas del Sil, la mayor parte de las del Cúa, las dehesas de Fuentes Nuevas y Camponaraya, los viñedos de Sorribas, el convento de Carracedo y, por último término, las montañas del Burbia medio borradas por la canícula.

A nuestra espalda los pueblos de Lago y Carucedo vislumbraban con sus tejados azules a las márgenes de aquel lago sosegado transparente y dormido, por cuyas aguas no se deslizaba ningún barquichuelo, ni discurría la más ligera brisa que empañase aquel espejo en que los cielos serenos y diáfanos se miraban. ¡Contraste peregrino y que más de una vez debió elevar las almas de los soldados del Temple que, semejantes a las águilas, se anidaban en aquellas alturas, como ahora elevaba la nuestra! ¡Escenas elocuentes adornadas de una tristeza santa y augusta en que la aridez de lo presente se reverdece con las aguas de la esperanza, a la manera que los lagos, ríos y praderas del Bierzo vistos en lontananza deliciosa, templaban las agrestes y sombrías escabrosidades de Cornatel!

Antes de dejarlo, llamó poderosamente nuestra atención un accidente revestido de un misterio vago y terrorífico. En donde más

²⁷ Coincidimos con Díez-Taboada: se refiere a julio a 1842. Véase p. 41, nota 15.

pendiente está el precipicio, se desprende de la muralla una especie de aposento cuadrado sin pavimento alguno y cuyo techo descendía en un plano rapidísimamente inclinado. Una ventana que da al abismo lo alumbraba y, por mucho que fue el cuidado que pusimos, no pudimos descubrir restos de goznes para las maderas ni, menos, agujeros donde encajasen los hierros de alguna reja. El destino más natural de este extraño apartamento parece ser el de prisión, pero ¿qué significa en tal caso aquella ventana fatal sin defensa ni resguardo alguno? ¿Era para proporcionar a la desesperación del preso los medios de intentar una fuga, en cuyo término estaba de seguro la muerte, o desde allí se ejecutaban sentencias semejantes a las de la roca Tarpeya y la peña de Martos? No es fácil saberlo; pero la tradición del país confirma estas tristes ideas y no hay aldeano que no atribuya tan terrible servicio a la misteriosa ventana.

Al salir buscamos con especial cuidado sobre la puerta el escudo de armas; pero la piedra que debía contenerlo ha sido arrancada sin duda por alguno que pensó encontrar detrás un montón de doblas de oro. Como quiera, su tamaño nos confirmó en la idea de que los templarios debieron ser los fundadores de esta fuerza, porque lo más que podía caber en tan reducido espacio era su cruz de ocho puntas, tan profusamente sembrada en las paredes de la bailía de Ponferrada.

Corullón



El castillo, que dominaba el estrecho valle de Valcárcel, tiene toda la aspereza y ninguno de los accidentes pintorescos que hermocean el de Cornatel, pero el de Corullón posee tantos atractivos, ya mirado desde lejos, ya cuando desde él se extiende la vista por los vecinos campos,

que verdaderamente es de lamentar que nuestros paisistas no hayan sacado partido de su ventajosa situación. Corullón y su término pasan con razón por el terreno más pingüe y feraz del Bierzo pero el anfiteatro por donde están derramadas sus casas en agraciado desorden, que empieza en las orillas del Burbia y acaba en el castillo de que hablamos, es de lo más variado frondoso y risueño que la imaginación puede concebir. Figúrese, pues, el lector, cuál será la situación de este alcázar, que no sólo domina la fértil y amena pendiente, sino también los prados y sotos de Vilela, los viñedos de Valtuille y Villafranca, el collado del antiguo *Bergidum* y, a lo lejos, la villa y fortaleza de Ponferrada y los últimos lindes del país. No hay aquí como en Cornatel, precipicios horribles, riscos escarpados, ni arbustos silvestres: colinas de declive manso y suave, huertas de esmerado cultivo, praderías de verdor eterno, sotos de castaños y frutales, las higueras de Canaán, los olivos de Atenas y las vides de Chios, forman el marco de este hermoso castillo que sólo a su espalda tiene una cordillera de silvestre aspecto y que, en lugar de afeár, hermosea con su contraposición tan halagüeño paisaje.

Las murallas se conservan en muy buen estado y su semejanza arquitectónica con las de Ponferrada descubren su origen templario. En una de sus paredes interiores vimos unas armas que no eran las de esta milicia ilustre, pero la yedra, que por varias partes lo envuelve como una mortaja, cubrirá sin duda la cruz del Temple, que no dejaría probablemente de asegurar por este medio su preponderancia militar en El Bierzo con el establecimiento de un puesto importante que, en cierto modo, cerraba la entrada de Galicia y dominaba un país rico y abundante.

Ponferrada

Ya sólo nos queda por describir la fortaleza de Ponferrada, emporio de su grandeza en este país, monumento que aún ahora nos habla con su silencio elocuente de las glorias que pasaron y que no ha podido deslucir la mano del tiempo. Está asentado el castillo en una colina situada en la confluencia de los ríos Sil y Boeza y domina todo El Bierzo bajo dando a la villa que se extiende por el oriente, un aspecto de majestad antigua que en gran manera la realza. El primero de aquellos ríos lame la falda de la eminencia: enfrente de su puente levadizo se levanta el monte Pajariel y más allá las sierras de la Aquiana; por el lado de oriente termina el horizonte el Montearenas; un poco

hacia el norte el castro de Columbrianos y, por la parte del poniente, los llanos y, a lo lejos, el arco de las montañas del Burbia y la Somoza.



El castillo en un principio se reducía a los dos torreones que dan a la plaza del pueblo, de forma redonda y descomunal altura, pero cuando pasaron a manos del Temple, creció sobremanera y adquirió las colosales dimensiones que aún conserva. Entonces edificaron aquellas elegantes agujas coronadas de vistosos chapiteles que sostenían las plataformas, desde donde se defendía la entrada y se echaba el puente levadizo; entonces se labraron las afiligranadas ventanas de lo interior, se esculpieron los escudos de armas, cruces y misteriosos signos que adornan las paredes y se pintaron de encarnado y oro los aposentos de tan ilustres huéspedes.

El único blasón que adorna la puerta principal es la cruz de ocho puntas, símbolo de la orden; pero la segunda entrada que cerraba el rastrillo muestra el escudo de armas, abierto por desgracia en una piedra deleznable y borrado todo él de consiguiente. De suponer es, sin embargo, que consistiese en los dos caballeros montados en un mismo caballo, emblema significativo de la primitiva humildad y pobreza de esta milicia, que más tarde debía comprar los reinos a dinero contante y morir víctima de su opulencia antes que de sus crímenes. Como quiera, todavía se distingue en el cuartel interior central la indispensable cruz y en la orla superior las primeras palabras de aquel versículo de los *Salmos*, que dice: “*Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*”²⁸, lema piadoso que revela el espíritu religioso que presidió la

²⁸ Esta inscripción y la siguiente pertenecen al salmo 126 y aparece también en *El Señor de Bembibre* [véase Picoche, pp. 137-138 y Paz Díez, p. 168].

formación de esta falange heroica, terror del islamismo y brazo derecho de la cristiandad.

Templarios y francmasones

En la gran plaza de armas, en medio de las dos ventanas primorosas que debían pertenecer a las mejores piezas del castillo, hay otra lápida aislada con los siguientes versículos: “*Nisi Dominus edificaverit domunt, in vanum laboraverunt qui edificant eam. Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos*”. Nada de singular ofrece esto que tan estrechamente ligado está con el carácter de la asociación; pero en el patio de las principales habitaciones hay una puerta principal coronada por un signo extraño. Redúcese a dos cuadrados perfectos que se intersecan en ángulos completamente iguales y que de un lado flanquea un sol y del otro una estrella.



Si algo representa la igualdad, esta figura debe ser mejor que ninguna otra su emblema; pero ¿cuál podía ser la igualdad de los caballeros templarios, si no significaba la consagración absoluta a favorecer el crecimiento y gloria de su orden y el sacrificio de todo impulso individual en provecho suyo? ¿Daban a entender, por ventura, el sol y la estrella que, de día y de noche, en sus pensamientos o en sus sueños, estaban obligados a velar por su templo místico y a no dejar apagar su lámpara sagrada? No lo sabemos los profanos que hemos perdido la clave de su liturgia oscura y el sentido de sus tremendas ceremonias²⁹.

²⁹ Este párrafo requiere un estudio detallado en otro momento. Donde Gil lee signos iniciáticos, Picoche afirma rotundo que “esa interpretación no es seria. Son signos solares que constituyen amuletos destinados a proteger a los guerreros”, teoría que procede de José María Luengo quien, en apéndice a su obra *El castillo de Ponferrada* (1929), afirma que “en los cascos de los [guerreros] galos aparecía esta representación como signo profiláctico de los peligros bélicos” [Picoche, p. 138; Luengo, p. 373]. Pero la *enigmática* afirmación de Gil, «no sabemos los profanos... la clave de su liturgia oscura» quizás esté escrita también para iniciados. [N. del ed.].

Amargas en extremo son las reflexiones que asaltan al ánimo en este lugar de desolación, entre estas ruinas, albergue otro tiempo de la religión y del valor, morada ahora de la soledad y del silencio. ¿Cuáles debieron de ser las de los templarios cuando para no volver atrás besaron estos umbrales? Jerusalén y el Asia toda perdida para siempre, sus hermanos abandonados en Francia por un papa sin fe, a merced de un verdugo coronado sediento de sus riquezas, y quemados en las plazas públicas, la Europa concitada en contra suya y ellos mismos emplazados como reos de nefandos crímenes ante un tribunal eclesiástico. ¿En esto habían venido a parar dos siglos de combates y tanta sangre vertida en la Palestina y en España? Sin duda, con el corazón oprimido volvieron los ojos a su escudo glorioso y con un ahogado suspiro exclamaron en voz baja: “¡Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda!”

Y el santo de Israel abrió su mano,
y los dejó y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero³⁰.

¡Triste destino por cierto el de las cosas humanas sujetas a la ley inexorable de la decadencia cuando su objeto se ha cumplido! El Temple era el símbolo vivo ardiente y eterno de la cruzada; para sus guerreros, ni la gloria mundana del soldado, ni el sosiego del monje, sino el sacrificio más absoluto. La Europa entera se había afanado por premiarlos y en 180 años de existencia habían llegado a ser la congregación más rica, temida y poderosa del mundo; pero cuando las voces de Pedro *el Ermitaño* y de san Bernardo enmudecieron y se acabaron las cruzadas y tornaron los Santos Lugares a poder de infieles, los templarios, burlados en su fe, engañados en su esperanza, despojados de la que miraban como su segunda patria, irritados, opulentos y soberbios, ya nada representaban y la supresión de su orden en la Europa fue una medida sumamente política y cuerda. España era la que más se hubiera resentido de ella en su cruzada de siete siglos, si en Castilla no tuviese por compañeras esta ilustre orden las de la Caballería Nacional, Calatrava, Santiago y Alcántara, y si en Aragón y Portugal no se hubiesen creado para sucederla las de Montesa y Jesucristo.

Por lo demás, sabido es que en España los templarios alcanzaron en

³⁰ *Canción I. Por la pérdida del rey don Sebastián* de Fernando de Herrera, vv. 24-26. Sobre las influencias literarias en el *Bosquejo*, véase en este volumen el ensayo de Paz Díaz-Taboada, p. 135 y ss.

todas partes absolución completa y que no fue posible probarles ninguno de los crímenes imputados, que tal vez mancharían a algunos individuos, pero que por respeto a la naturaleza debemos creer distantes de la orden.

Extinguida ésta, el castillo de Ponferrada, que Mariana y Salazar³¹ mencionan, pasó a poder de don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemus, por merced que en 1340 le hizo el rey don Alonso y lo conservó esta casa hasta 1492 en que de nuevo tornó a la jurisdicción real por excesos y tropelías del conde, que sin duda debieron de ser bien grandes, cuando una real cédula de 1510 manda “que los concertadores y escribanos mayores de las confirmaciones, confirmen los privilegios y mercedes de esta villa, sin embargo de los bullicios y escándalos acaecidos en ella por el conde de Lemus”.

De este alcázar tan rico en recuerdos ya sólo se conservan las murallas y obras sólidas, pero aún en una de las paredes se ven los restos de un mosqueado de encarnado y oro que ni el sol ni la lluvia han podido borrar del todo. Aun así, su extensión colosal, su situación aventajada, el Sil que rueda por su pie con sus arenas de oro, el dilatado país que desde sus torreones se enseñorea y que despliega las galas del más extremado y vario panorama y aquella impresión vaga de respeto que causan siempre las grandes ruinas, le comunican un encanto irresistible y misterioso.

Hemos concluido un desaliñado bosquejo de un país de casi todos desconocido a pesar de sus bellezas, al cual están ligados los recuerdos de nuestra infancia, las puras alegrías del hogar doméstico, las ilusiones generosas de la primera juventud, a vueltas de memorias de pesar y de pérdidas dolorosas harto mayores en número. A medida que los pensiles del alma van perdiendo sus hojas y sus flores, sus valles se revisten a nuestros ojos de formas de una hermosura casi mística, y los murmullos de sus aguas y arboledas despiertan los ecos adormecidos del corazón con música inefable y melancólica. Acepte pues el espíritu de estas soledades, acepten los amigos de nuestra infancia este homenaje de afecto desinteresado y puro como la edad en que nació y como las escenas que lo han alimentado.

En otro artículo hablaremos de los monumentos notables del resto de la provincia.

³¹ Salazar, *Reparos hist.*, núm. 252. Mariana, *Historia de España*, lib. XV, cap. X.

Segunda parte. Viaje por la provincia de León



VI. Regreso a la ciudad de Astorga

La cordillera de montañas que separa el Bierzo de Astorga es árida por demás, ya se tome la vía de Foncebadón, ya la de Manzanal; pero este puerto por donde atraviesa la carretera de La Coruña, gracias a motivos tan indecorosos como perjudiciales, es el más triste y monótono camino. Siquiera el ramal de Foncebadón presenta accidentes más pintorescos y variados, y el valle risueño aunque angosto y empozado de las Tejedas, que se dejan a la izquierda, y el pueblo de Compludo, no menos hondo, que se encuentra a la derecha, compensan, el uno con su frescura y frondosidad y con sus recuerdos el otro³², el miserable aspecto de los lugares del tránsito. La vertiente oriental de las montañas forma contraste por su desnudez con los campos y colinas del Bierzo, pero desde la Cruz de Fierro, punto culminante de aquellas alturas, se disfruta de una vista agradable y de un horizonte muy extenso.

El monte Teleno se encuentra a la derecha como antemural de la Cabrera: a los dos lados se dibujan valles y laderas de líneas extrañas y vegetación áspera y silvestre y enfrente se dilatan las espaciosas llanuras de Castilla, donde, como en el mar, el cielo parece juntarse con la tierra. El país que entonces se cruza es el de los maragatos, cuyos usos, costumbres y traje llenarían un artículo más largo que el presente y del cual es cabeza la ciudad de Astorga, magnífica y suntuosa en otro tiempo, lección amarga en nuestros días de la inconstancia humana.

El terreno que le sirve de asiento es una especie de altozano situado al último declive de la sierra, que por el lado de Mediodía termina un riachuelo llamado Jerga y por el Oriente otro llamado el río Tuerto, un poco más caudaloso. La situación es despejada y sana, pero los contornos desapacibles y áridos.

Historia de Astorga

Plinio llama magnífica a la ciudad de Astorga, cabeza entonces de convento jurídico y capital de la provincia denominada *Astúrica*. No

³² El lugar de Compludo es notable, no sólo por el monasterio que fundó en él San Fructuoso a mediados del siglo VII, sino también por el concilio que el rey don Ramiro II tuvo en sus cercanías en el año de 946.

podía ser más justa, en efecto, semejante calificación si se atiende a su importancia militar y a los gérmenes de riqueza que debía abrigar entonces. El *Itinerario* romano la hace centro de tres caminos militares mediterráneos y de otro por la costa, que venía de Braga (*Brácar*). De ella, a su vez, arrancaban otros itinerarios, dos a Zaragoza y uno a Burdeos. Después de la división de España hecha por Constantino, Astorga tuvo su gobernador distinto del tarraconense, barón consular; y un sin fin de inscripciones descubiertas hace tiempo y las nuevas que a cada paso se descubren³³ dan a conocer que bien merecía el epíteto con que Plinio acompaña su mención.

Durante la irrupción de los bárbaros sufrió Astorga todas las funestas consecuencias de aquellas guerras de exterminio, pero en el año de 456 recibió un golpe del cual sin duda jamás volvió a reponerse completamente. El rey godo Teodorico, que vino con orden y beneplácito del emperador Avito a hacer la guerra al suevo Raciario, quedó vencedor en la sangrienta batalla que a orillas del río Órbigo tuvo lugar el día 5 de octubre de 456.

Talada Galicia y parte de Lusitania y de vuelta ya para Francia en el año siguiente, se apoderó con fraude de la ciudad de Astorga y, después de pasar a cuchillo la mayor parte de los habitantes y de saquear los templos, se llevó en esclavitud a los que perdonó la espada y entre ellos dos obispos y, cual si no bastase tan tremenda catástrofe, entregó la ciudad a las llamas.

La invasión sarracénica la encontró ya en pie, si no restituida a su esplendor antiguo, pues según El Tudense, las murallas de Toledo, León y Astorga fueron las únicas que se libertaron de la demolición ordenada por Witiza. De presumir es que sellase este privilegio con su sangre en su resistencia, pero como quiera, su cautiverio debió de durar muy poco, cuando ya en el siglo VIII la vemos rescatada de manos de los moros y en poder de don Alonso *el Católico*. Almanzor extendió también hasta ella su terrible expedición; pero sabido es que los árabes no conservaron ninguno de los puntos de que se apoderaron entonces en el reino de León.

³³ Hace tres o cuatro años se han desenterrado una porción de lápidas perfectamente conservadas que se han puesto en la pared del lindo paseo recientemente hecho en la muralla.

Catedral de Astorga

La antigüedad de la iglesia de Astorga se confunde con la de la religión cristiana, pues según todos los autores, el catálogo de sus obispos asciende a tiempos muy remotos; pero ni de la diligencia del P. Flórez, ni de ninguna otra obra de las que hemos podido haber a las manos, se deduce la fecha de su catedral³⁴, único monumento que en el día la realza y distingue. En una especie de lápida que se encuentra en la parte exterior de uno de los brazos del crucero, a la derecha de su puerta lateral, se lee la cifra del siglo XVI; pero, si se puede admitir que a esta época pertenezcan las pesadas y poco airoas torres, no sucede lo mismo ni con los arcos y ventanas apuntadas del interior, ni con las esculturas del coro ni sobre todo con la pintura histórico-sagrada de sus vidrieras. Todo esto pertenece a la arquitectura denominada gótica, si bien nos la presenta en un estado tal de rudeza y atraso que difícilmente puede pasar por hija del mismo arte que produjo los milagros de León y Sevilla. Los pilares son gruesos, los arcos carecen de gallardía, la proporción de las naves laterales no realza la elevación y esbelteza de la principal, ni en el conjunto se advierte aquel carácter de sublimidad religiosa y melancólica que cautiva el alma y embarga los sentidos en las obras maestras del mismo género.

No por eso faltan, sin embargo, primores y grandezas artísticas en este templo, pues si su mérito arquitectónico no sufre difíciles parangones, en escultura se aventaja tal vez a todos los de esta parte de España. No hablaremos de las prolijas labores de la sillería del coro, ni de los extraños contrastes que ofrecen las extravagancias y caprichos del asidero de sus asientos con las figuras graves y aun adustas de los apóstoles y santos que llenan sus compartimentos. Por preciosos que sean estos trabajos para la historia del arte, por mucha que sea la luz que sobre su carácter derramen, en otra parte encontramos la escultura elevada al más alto grado de perfección que acaso gozó nunca en España.

Don Antonio Palomino, en su obra sobre los pintores y escultores españoles, menciona este retablo y el de las Descalzas de la Corte como prueba de la gran perfección que en escultura y arquitectura alcanzaba

³⁴ Este es un punto embrolladísimo como puede ver cualquiera que se tome el trabajo de recorrer el tomo 16º de la *España Sagrada*. Lo más cierto parece ser que una porción de obispos la han remendado a su manera hasta darle el raro y heterogéneo carácter que en el día la distingue. Las infelices esculturas de las puertas principales parecen manifestar que la depravación ha llegado hasta muy cerca de nosotros.

Gaspar Becerra, su esclarecido autor. Sabido es que este gran artista, inflamado en una noble emulación al ver las obras de Alonso de Berruguete, partió a Italia deseoso de templar su genio en la misma fragua que él, la escuela del inmortal Miguel Ángel. Discípulo no sólo de este maestro, sino también del divino Rafael, cuando volvió a España, tal gracia en el dibujo, tan delicado gusto en los contornos y tan sencilla grandeza mostraban sus figuras, que al decir de un artista de entonces “quitó a Berruguete gran parte de su gloria y le imitaron y siguieron su camino los mejores escultores y pintores de España”³⁵.

Tal vez el arquitecto encontraría algo estrecha y apretada la disposición de los tres cuerpos en que está repartido este retablo adornado de columnas dóricas, corintias y compuestas, porque en realidad falta la claridad y espacio necesario; pero el escultor y el pintor poco podrían echar de menos. Invención, dibujo, color, composición, paños, anatomía, todo se encuentra a la vez en este hermoso monumento.

Si se exceptúan algunas figuras que ocupan los intercolumnios, las demás por lo general son de relieve, pero todas manifiestan un vigor y expresión admirables. Difícil es imaginar un dolor más vivo y augusto a un tiempo que el de la Virgen en el descendimiento, ni grupos más hábilmente combinados o cabezas mejor modeladas que las de los apóstoles en la Ascensión. En el basamento hay cuatro figuras que representan las virtudes teologales y otra que puede muy bien ser el símbolo de la religión cuyo aspecto exalta el ánimo más frío: tal espiritualidad resalta en su expresión y tan apacible y suaves son su actitud y sus contornos. La Caridad, en especial, acariciada por unos hermosos niños, a uno de los cuales ofrece el pecho, tiene un baño inexplicable de ternura y afectuosidad. No menos notable es la custodia por sus armoniosas proporciones y por sus medallones esmerados. Así en las ropas como en los grupos y en el dibujo, ofrece este retablo visible semejanza con los frescos que en los claustros y biblioteca de El Escorial nos dejó otro discípulo del Bonarrotta, Peregrín de Peregrini. Esto, que a falta de otras pruebas más auténticas daría a conocer la clara fuente en que bebió nuestro Becerra sus nobles inspiraciones, debiera excitar mayor atención y diligencia en nuestros artistas para sacar del olvido una obra que, a lo que sepamos, no ha merecido más mención que la superficial e incompleta hecha por Ponz en el tomo XI de su *Viaje*.

³⁵ Francisco Pacheco, *Arte de la pintura*, libro II, cap. V.



No sabemos el tiempo que gastaría Becerra en esta obra; pero es indudable que en 1569 estaba ya concluida, porque entonces se trató y ajustó el dorado y estofado con Jerónimo de Hoyos y Gaspar de Palencia, con asistencia del mismo Becerra. El coste total de la obra fue enorme para aquellos tiempos, pues ascendió a treinta mil ducados. A Becerra le hicieron un presente de tres mil y de un oficio de escribano, además beneficiable, por ocho mil.

En el resto de la iglesia no se encuentra cosa que merezca notarse después de una obra como ésta. Hay, sin embargo algunos retablos que llaman la atención por ser obra de un canónigo y que sin duda gustarían algo más a no ser por el paralelo que forzosamente sufren.

El seminario y la guerra

Hay también en Astorga un seminario conciliar que, si no merece grandes elogios por su suntuosidad arquitectónica, es de alabar por lo menos por su buena situación, su espaciosidad y despejo. No cuenta un siglo de existencia y es obra del obispo Vigil. A nuestros ojos tiene el encanto de los recuerdos de tiempos mejores que pasaron ya, porque en sus claustros paseábamos, a guisa de peripatéticos, argumentando a voz en cuello sobre las proposiciones del Guevara, y en su refectorio pasábamos los ayunos consiguientes así a la mala calidad de las comidas como a la mejor de las travesuras propias de aquellos años dichosos en que los castigos y encierros estaban compensados con tantas y tan alegres escenas.

Frescos están todavía los laureles que Astorga ganó en la guerra de la Independencia durante sus gloriosos sitios. Fresca también en la

memoria de muchos de sus habitantes la bizarría de los jefes y de una porción de hombres oscuros que por puro entusiasmo acudieron a la defensa y en cuya constancia se estrellaron las soberbias huestes del gran capitán del siglo. Aportillada la muralla por el lado de la catedral, único donde faltaba el terraplén, se sucedieron los asaltos con extremada rapidez y furia; pero la brecha defendida principalmente a bayonetazos permaneció inaccesible a los franceses, que sufrieron enormes pérdidas. Por último, una muy honrosa capitulación puso la ciudad en sus manos, pero poco tardaron en arrancarla de ellas los mismos que tan a duras penas la habían dejado.

Las murallas están llenas todavía de balas, y tan quebrantadas y ruinosas quedaron por todas partes, que ya no son más que el esqueleto de una fortificación. ¡Mutilaciones honrosas que ensalzan a los pueblos hartos más que privilegios y escudos blasonados, que brillan en la noche de los tiempos como otras tantas ráfagas de gloria y nombradía!

Por el Páramo

El camino que desde Astorga conduce a León sigue la dirección de la antigua calzada romana que iba a dar a Burdeos y en los siglos medios se conoció principalmente con el nombre de *camino francés*, por ser el que traían los peregrinos que del resto de Europa venían a visitar el sepulcro del Apóstol Santiago. A las dos o tres leguas se encuentra el río Órbigo famoso en la historia por más de una batalla y en cuyo puente tuvo lugar el célebre paso honroso de don Suero de Quiñones. Bien merece por cierto su ribera que por su posesión se guerrease denodadamente y no es mucho que el caballeresco Quiñones la eligiese para teatro de sus galantes hazañas, porque difícil será encontrar en el resto de la Península país más ameno y frondoso. Esto se entiende por supuesto de la orilla derecha, pues la izquierda, harto más alta y conocida con el nombre de Páramo, aplicado en todo rigor de justicia a su esterilidad y aridez, dista infinito del país de enfrente denominado la Ribera del Órbigo.

El contraste de ambas márgenes contribuye a embellecer la favorecida, pues realmente es deleitable vista la que ofrece aquella interminable faja de praderías y arboledas, que siguiendo las curvas de la corriente, forma una vistosísima ondulación y alegra el ánimo con los infinitos matices de su verdura y con los no menos variados términos y masas de claroscuro que ofrecen los sotos y vegas que a lo lejos se dilatan. El curso sosegado y majestuoso del río y su caudal ya

respetable, acaban de hermosear aquel paisaje, de suyo risueño y pintoresco, a que, como otras tantas venas, comunican fertilidad y vida las innumerables acequias que surten sus aguas. Este país es rico en frutas, maderas, verduras, linos y pastos y por lo mismo resalta en él un no sé qué de desahogo y abundancia desconocido a otros distritos de la provincia.

Más arriba del puente de Órbigo se encuentra el monasterio de Carrizo situado a la margen derecha en un terreno que participa de los mismos adornos y regalos que el resto de la ribera. Este monasterio es notable por su iglesia del estilo lombardo, edificada en 1176 y compañera de San Isidoro de León y de otras que en El Bierzo dejamos mencionadas. La poca luz y menos espacio que para examinarla tuvimos nos impidió más detenida averiguación, pero le damos lugar en estos apuntes para que otros puedan suplir nuestra falta.

Otra cosa observamos digna de atención en la miserable taberna o posada bajo cuyo cobertizo pasamos la noche y fue una baldosa de fino mosaico, que servía de cubierta a un poyo. Preguntamos el nombre del lugar en que la habían encontrado pero no lo hemos podido conservar en la memoria, cosa sensible en verdad, pues por semejante hilo tal vez podría guiarse algún curioso para descubrir algunas ruinas romanas importantes.

Pasado el puente, despliega el Páramo sus extensas, peladas y monótonas llanuras, tanto más desagradables al viajero cuanto más halagüeñas eran las imágenes y sensaciones que a su espalda quedan. Sin embargo, por poco anticuario que sea, no dejarán de cautivar su atención los vestigios del pueblo—rey que por el camino encuentra, pues se conservan leguas enteras de la admirable calzada romana, tan sólidas y duraderas, que más parecen obra de ayer que de edades tan remotas.

Lo llano del terreno, su elevación sobre el nivel de los ríos y la poca acción consiguiente de las aguas, han mantenido estas reliquias en tan buen estado que carros y caballerías caminan por ella con gran descanso y comodidad en invierno pues se mantienen perfectamente secas en medio de un terreno gredoso que, con las lluvias, forma incómodos y profundos atolladeros. Estos hermosos trozos facilitarán los trabajos de la carretera que debe enlazar a León con Astorga, pues compone cuando menos una tercera parte.

Santuario del Camino

El término de estos áridos campos es el santuario de Nuestra Señora del Camino, de infinita devoción en el país, pero que si a los ojos de la fe posee incomparable mérito ninguno tiene que le abone en el tribunal del arte. La romería que allí se celebra en lo más ardiente del verano es concurridísima y vistosa en sumo grado por el sin fin de trajes y aposturas, pues los maragatos, riberiegos, parameses y montañeses gastan distintos cabos y tienen danzas asimismo diferentes. Sin embargo, mucho debe menguar el regocijo un paraje donde no hay un árbol a cuya sombra guarecerse de los abrasadores rayos del sol y en que el agua escasea de todo punto.

Al vencer el repecho en que está situada la ermita, se presenta como en un panorama la ciudad de León, en medio de sus verdequeantes parques y praderas y ceñida de sus dos ríos que orgullosos la abrazan y en medio de los cuales descuellan las torres altísimas de la catedral y las masas de San Isidoro y San Marcos. De norte a oriente corre una hermosa y azulada línea de montañas que termina el horizonte y por los demás puntos se extienden fértiles llanuras y frescos y espesos arbolados. La vista, finalmente, es tan varia y despejada, que el ánimo y los ojos descansan apaciblemente en ella, fatigados de los estériles campos del Páramo.

VII. La ciudad de León

Un dicho vulgar hay, que debió ser popular en extremo y que sirve de título a una comedia de nuestro teatro antiguo a saber:

A España dieron blasón
las Asturias y León.

No es lisonja por cierto a ninguno de los dos pueblos esta especie de proverbio, pues harto se sabe que su nobleza data de muy antiguo.

León es una ciudad no menos ilustre por sus recuerdos que favorecida por su situación y, aunque sus glorias han menguado y su poder está desvanecido, no por eso es menos distinguido el lugar que ocupa en la historia, ni menos bellos los adornos con que la naturaleza ha engalanado sus alrededores. Su posición comercial y geográfica tiene mucho de aventajada también y los edificios que la ennoblecen son buenas muestras de su pasada grandeza.

Romanos, godos y árabes

La legión llamada *VII Gémina Pía Félix* fundó a León como lo prueban su nombre latino, que es el mismo de la legión, y las muchas y claras inscripciones que después se han descubierto. Eligieron para ella los romanos la especie de península que forman los ríos Torío y Bernesga, nueve millas distante de la famosa *Lancia*, última conquista de los romanos por aquellas partes. El terreno estaba elegido con su tino acostumbrado y la ciudad se edificó con aquel espíritu de grandeza severa y augusta que sellaba todas sus obras. Las riberas de ambos ríos son un continuado vergel y el golpe de vista que presenta el pueblo, ora se le mire desde la Virgen del Camino, ora desde las alturas que dominan el puente del Castro, no puede ser más pintoresco.

Hay en las líneas del terreno una suavidad extraordinaria y el verde perpetuo de sus prados, la bella distribución de sus masas de arbolado y la abundancia de arroyos, que como otras tantas cintas de plata parecen servir de franjas a aquella inmensa alfombra, esparcen en la imaginación una especie de contento plácido y sosegado. Por lo demás, una ciudad destinada a plaza de armas contra los belicosos e indomables astures y que venía a ser la llave de su país, claro está que debía servir de modelo de fortaleza.

Sus murallas eran altísimas y tenían un espesor de veinte pies, las

torres gruesas también en proporción y su alcázar fuerte en extremo. Dividían el pueblo dos calles terminadas por cuatro puertas de mármoles, que correspondían a los cuatro puntos cardinales y tenían grabados en lápidas los nombres de los principales fundadores. Esta fortaleza de murallas libró a León de los desafueros de los bárbaros hasta el año de 585 en que, postrado el poder de los suevos por Leovigildo, se halló este rey godo en disposición de sujetarla con su espada victoriosa. En la invasión árabe cayó en poder de los moros a pesar de haber conservado sus muros, pero vendió cara su libertad. De todas maneras el esfuerzo de los restauradores quebrantó bien pronto sus hierros, pues don Alonso I la arrancó del poder de los infieles y poco después vino a ser corte del nuevo reino que llevó su nombre.

No poco enturbió su alegría y empañó su lustre la invasión del gran Almanzor en el año de 995, en que a orillas del Esla cayó debajo de su cimitarra el ejército de don Bermudo II. La ciudad quedó entonces sin más defensas que el valor de sus habitantes y la solidez de sus murallas; pero aún así resistió un año entero al poderío del imperio cordobés y al genio del hombre que le había comunicado su espíritu. Entonces se igualaron con el suelo en su mayor parte las famosas murallas y quedó tal León que, según la expresión de Ambrosio de Morales, “no parecía ciudad viva, sino cuerpo muerto de ciudad antigua”.

Por mucho que tenga de exagerado semejante aserto, según con datos irrecusables prueba el P. Risco en su *Historia de León*, no es menos cierto que el golpe fue acerbo y que necesitó la nueva era de prosperidades, que comenzó en el reinado de don Alonso V, para que se levantase al estado de grandeza que después alcanzó. Entonces, cual si despertase a nueva y robusta vida del letargo de sus tribulaciones, resplandecieron en ella nombres que la Historia recordará siempre con orgullo. Sampiro, obispo de Astorga; don Lucas de Tuy, canónigo de San Isidoro, la ilustraron con las letras. En ella se crió el rey santo, conquistador de Sevilla, y ella también sirvió de cuna a Guzmán el Bueno, a cuyo lado se eclipsan los nombres más famosos de los tiempos antiguos y modernos.

León monumental

Desde el tiempo de su incorporación a la corona de Castilla perdió León su influjo y preponderancia en los asuntos de España, aunque conservó todos sus privilegios y en el día lo único que la recomienda son las reliquias de su grandeza pasada. Entre ellas descuellan San

Isidoro la catedral y San Marcos, de que hablaremos por separado.

Cosa rara es en verdad que cada uno de estos edificios conserve un carácter especial y corresponda a un orden distinto de arquitectura. San Isidoro pertenece al género lombardo, la catedral al gótico y San Marcos al llamado plateresco, de manera que sin salir de un pueblo se puede seguir al arte en sus fases diversas por espacio de cuatro o cinco siglos.

San Isidoro es templo ya celebrado en el romance del Cid:

Salió a misa de parida
en San Isidro de León
la noble Jimena Gómez,
mujer del Cid Campeador.

Y aunque bien puede decirse que era de los que lo estrenaban, sin embargo no hay anacronismo pues su fecha es de 1060. Don Fernando I había entrado a reinar en León por su matrimonio con doña Sancha, hermana de don Bermudo III, y por instancia de esta señora se trasladó desde Sevilla el cuerpo de San Isidoro y fue depositado en la iglesia de San Juan, pero como esta iglesia era de barro y fábrica tan tosca como pobre, mandaron los reyes labrar una nueva, en que pudiesen acomodar más dignamente las reliquias del santo doctor, y ésta es la que conocemos con el nombre de San Isidoro.

Reinaba en aquel tiempo en toda Europa el estilo lombardo y esta iglesia es un ejemplar muy puro y acabado, pues, aunque la parte correspondiente a la capilla mayor desdice extraordinariamente del resto, debe saberse que es obra muy posterior hecha durante el siglo XVI en reemplazo de la primitiva, derribada con este objeto. El arquitecto se llamaba Pedro de Dios, varón piadoso y amado de todos, cuyo sepulcro se ve en la misma iglesia.

Encima de su portada está el santo caballero en su caballo, blancos entrambos como una paloma, merced a las varias capas de yeso de distinta fecha que lo embadurnan, pero las artes pierden poco porque jinete y bruto son de bien escaso mérito. Debajo de ellos y ya más cerca del arco, hay unos relieves extraños, cuyo sentido no acertamos a descifrar: son unos hombres montados en unos animales, cuya especie no deja conocer bien la suma incorrección y tosquedad del dibujo y que flechan sus arcos hacia el aire.

Los capiteles de las columnas que sostienen el arco de la puerta muestran también otras figuras igualmente simbólicas, pero dibujadas y labradas con mucho mayor esmero y prolijidad. A un lado hay un grupo

que debe de representar los pecados capitales, entre los cuales figura la lujuria con una fealdad que hace perder el mérito de huirla y del otro se ven plantas y frutos hechos con grande delicadeza.



El interior de la iglesia, como el de la mayor parte de las de este género, es sencillo adusto y severo. Los capiteles de sus pilares tienen también figuras de hombres y animales y el arco que separa el crucero de la iglesia es dentado. El templo está compartido en tres naves y aunque los colores de que lo han pintado, que son encarnado y blanco, disminuyen extraordinariamente su recogimiento y religiosidad, todavía produce una impresión seria y grave. En los altares hay poco de notable, pero algunos cuadros de mérito adornan las paredes de la sacristía, entre los cuales los hay que pasan por de Guido Reni, pero la mala luz a que los vimos nos impidió averiguar más detenidamente su estilo.

A los pies de la iglesia está el famoso y antiguo panteón de los reyes de León, que durante la guerra de la Independencia sufrió un destrozó grande de parte de los franceses. Restituida la paz a España, los canónigos regulares de esta iglesia recogieron los cuerpos y ordenaron algún tanto las urnas, que andaban por el suelo privadas de la veneración debida a tan ilustres cenizas.

El panteón es una capilla destinada a Santa Catalina, donde están enterradas la mayor parte de las personas reales de León hasta que se unió a la corona de Castilla. Allí yacen doña Urraca y su hijo don Alonso *el Emperador*, don Fernando II, y su cuñado Bermudo III, que

murió a manos de las gentes de aquél en la batalla de Tamarón. Entre los epitafios hay algunos que llaman la atención. He aquí el de la infanta doña Elvira, hija del rey Fernando:

Vas fidei, decus Hesperiae templum pietatis,
virtus justitiae, sidus honor patriae
te tua mors rapuit, spes misseros latuit³⁶.

No sabemos qué suerte habrá cabido en las vicisitudes de que el país ha sido teatro desde principios del siglo a los preciosos índices góticos que existían en la biblioteca de este monasterio, si bien es de presumir que el celo de su venerable comunidad los haya puesto al abrigo de todo trastorno. Entre ellos existía una historia antiquísima del Cid, con este título: *Incipiunt gesta Roderici Campi docti*. El P. Risco da una ligera idea, en el tomo I de su *Historia de León*, al hablar del rey don Alonso VI, y en el tomo II revela el propósito que había formado de publicarla en el año de 1792. Al cabo no llegó a ponerlo por obra, pues de otro modo no hubieran dejado de decirlo los laboriosos traductores del Boultervek en la erudita noticia que acerca de este códice insertan en el tomo I. De todas maneras debemos recomendar mucho este libro a la Academia de la Historia, porque, según su fecha, anterior a la conquista de Valencia por don Jaime, de esperar es que ayude infinito a la sana crítica en la tarea de desembrollar aquellos hechos tan oscuros como poéticos.

Una regalía posee este convento que le da extraordinaria alegría y desahogo, y es el paseo que proporciona el lienzo de la muralla que corre detrás del edificio y, cerrado por ambas partes, sólo a los canónigos está abierto. El paisaje que allí se descubre es amenísimo y agraciado en extremo. El Bernesga se desliza al pie del pueblo de Trobajo y algún otro que descuella sobre los interminables linares, prados y sotos de la ribera. A la derecha el convento de San Marcos, asentado a la orilla opuesta del río, enseña su puente y se levanta, con la labrada columnata de su primorosa fachada, como un pórtico magnífico por donde se entra a aquella ciudad tan nombrada en nuestra historia. Por detrás de su mole asoman las primeras cordilleras de Asturias sus peladas crestas y en el resto del país, por donde la vista se extiende, se encuentra una naturaleza fresca y lozana y un cielo despejado y espacioso.

³⁶ “Vaso de fe, gloria de España, templo de piedad, / virtud de justicia, astro de honor de la patria / tu muerte te arrebató, la esperanza faltó a los míseros” [Paz Díez, p. 169].

La Catedral

Pero las bellezas y primores que realzan este edificio son apenas sombra y reflejo apagado de las grandezas de la catedral, verdadera joya de la ciudad y de toda la provincia. La memoria de este templo asciende a los primeros tiempos de la restauración de la monarquía goda, pues sabido es que a mediados del siglo X dedicó don Ordoño II a Santa María de Regla un edificio antiguo que los romanos habían destinado a termas y que de suyo, compartido en tres divisiones o naves, se acomodaba muy bien a los usos del culto cristiano.

Esta iglesia perseveró aun después de la invasión de Almanzor, pues en ella se coronó al rey don Alonso V a los pocos años y aun los menoscabos y deterioros que sufrió a causa de lo azaroso de los tiempos, encontraron un celoso reparador en el obispo don Pelayo, que ocupaba la sede episcopal en 1073. Así es que, hablando este prelado en su testamento de la catedral, la llama maravillosa y, como no parecía probable que un edificio tan bien conservado se demoviese, de aquí dedujeron varios que el actual era el mismo que don Ordoño dedicó a esta Señora [Santa María de Regla].

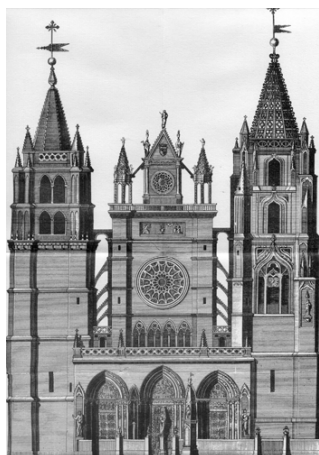
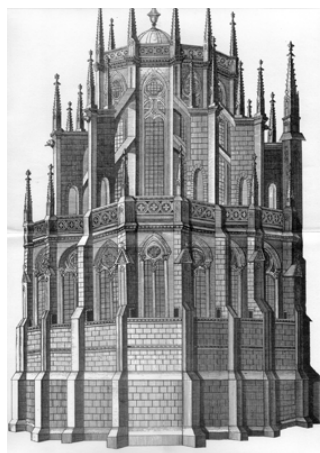
El poco cimiento de semejante opinión se da a conocer con el expreso testimonio del Tudense, que atribuye a don Manrique, obispo de León a últimos del siglo XII, la fundación de esta catedral, y además con otra porción de documentos históricos que, con su laudable puntualidad y diligencia, cita el P. Risco, de los cuales se deduce que todavía duraba su fábrica a principios del siglo XIV. De todas maneras, semejantes discusiones sólo prueban una muy triste cosa, a saber: que los conocimientos artísticos distaban infinito aun de los hombres más instruidos y laboriosos; pero es cosa, en verdad maravillosa, que ni aun el historiador de León, que escribía a últimos del siglo pasado, se le ocurriese un simple cotejo arquitectónico de la catedral, no ya como lo poco que pudiera quedar de los rudos edificios del siglo X, sino con los mismos primores del arte lombardo. Este era, sin duda, el argumento más poderoso que podía usarse en semejante discusión, pues bastaba para fijar los hechos de un modo incontrastable.

Cuando se echaron los cimientos del nuevo edificio levantado en el mismo lugar que ocupaba el antiguo, amanecía para España aquel largo día de prosperidades y gloria que anunciaba el matrimonio de doña Berenguela con el rey don Alonso. El prelado de León, vástago de la esclarecida casa de los Lara, era de aquellos hombres que miran como vinculados a un apellido ilustre la necesidad de acometer grandes

empresas: el arte gótico que entonces florecía en todo su esplendor, encontró en León vivo y despierto el entusiasmo religioso. ¡Qué mucho, pues, que de tan venturoso concurso de circunstancias naciese una obra que ha maravillado las pasadas generaciones, que sorprende a la presente y pasmará a las venideras!

La fachada oriental de este templo que compone su ábside debe de ser la primera que se levantó, no sólo porque tal solía ser la costumbre, sino porque su visible unidad y armonía da bien a conocer que un solo pensamiento presidió su edificación. Difícil es imaginarse líneas más puras, mayor esbeltez, distribución más acertada, ni mejor efecto. La labor de las barandillas y de los capiteles y estribos es de un gusto extremado, así por el dibujo como por la ejecución y consonancia perfecta que guarda con las demás partes. Finalmente, por este lado es por donde más hermosa se encuentra la catedral.

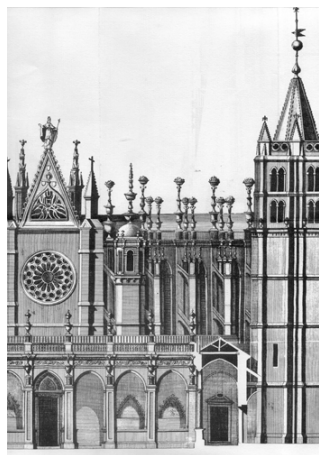
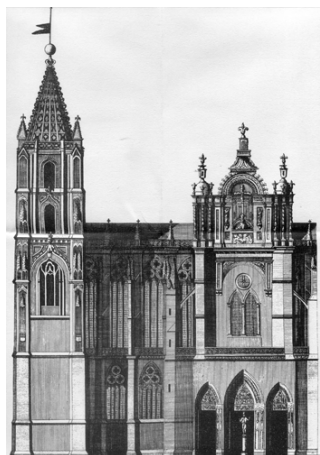
La fachada principal es imponente con sus dos altísimas y elegantes torres, pero ya se encuentran diferentes estilos y capas arquitectónicas, si así puede decirse, pues si bien los magníficos arcos apuntados de la portada y la torre de la izquierda pertenecen a un gótico sin mezcla, la parte superior del cuerpo que media entre las dos torres y la de la derecha pertenecen a otra época más turbia y alterada. Esta, sin embargo, es calada en su último cuerpo y sus labores manifiestan tanta delicadeza como atrevimiento.



37

³⁷ Las cuatro fachadas de la catedral de León tal y como pudo verlas Enrique Gil hacia 1842. En esta página, fachada oriental y principal, grabados de Josef Asensio, a finales s. XVIII. En la página siguiente, fachadas mediodía y norte, grabados de Manuel Navarro, 1790 [Manuel Risco, *Historia de León*, 1792].

Referir ahora la infinidad de relieves y entabladuras de los arcos que sirven de portada, sería cosa que alargaría este artículo más de lo que nos hemos propuesto y más tal vez de lo que consentiría la paciencia de nuestros lectores. No podemos dejar de decir, con todo, que en medio de la dureza del dibujo, la flaqueza y sequedad de las formas, la angulosidad del plegar y el desbarajuste de la composición, resulta una espiritualidad tan desnuda y enérgica y produce una impresión tan religiosa y austera, que involuntariamente se presentan a la imaginación las terribles creaciones de Dante. Los pasajes representados pertenecen, como es de suponer, a la historia sagrada: hay ángeles de luz y de tinieblas, predestinados y condenados, los tormentos del infierno y los deleites inefables del Paraíso. Varias visiones del Apocalipsis están copiadas con poca gracia y belleza ciertamente, pero con un sentimiento íntimo y profundo del asunto y con rasgos de verdadera grandeza. Esta es una página de muy subido precio en la historia del arte.



La fachada del mediodía, aunque en su parte más elevada se inclina al género plateresco es, sin embargo muy agraciada así en sus pormenores como en su conjunto; pero la del norte, junto con el claustro a que corresponde, es de un gusto depravado. Tanto la especie de triángulo que cierra el brazo del crucero que da a aquella parte, como los obeliscos y capiteles en forma de tastos que desfiguran los botareles, son hermanos de los bastardos arcos apuntados del claustro y, como ellos, pertenecientes a época muy cercana. Probable es que al construirse ése se añadieron al noble edificio semejantes adornos, que

así le sientan como otras tantas verrugas en el semblante de una mujer hermosa.

Las naves y el coro

Por donde quiera que se entre en el templo hay que bajar algunos escalones. Entonces se ofrece a los ojos y al espíritu una escena de tan misteriosa índole que difícilmente se podrá explicar nunca cumplidamente. Aquellos delgados manojos de columnas que suben a perderse en las altísimas bóvedas y forman aquellas naves tan graves y silenciosas, aquellas rasgadas, airosas y frágiles vidrieras pintadas de colores más vivos que los que ostenta el más rico jardín en las templadas mañanas de mayo, las santas historias que representan, la quebrada y vaga luz que envían y el recogimiento solemne y profundo que reina alrededor, borran los contornos de los intereses e imágenes mundanas, despiertan la parte más noble de nuestro ser, la desprenden del barro que la aprisiona y cercan el alma de una tristeza piadosa y santa y de un sentimiento de resignación apacible y melancólico.

El hombre se siente débil y desamparado en aquella mansión del espíritu divino y sus pensamientos se elevan espontáneamente y sin esfuerzo alguno a un mundo mejor, donde lejos del egoísmo y de la vanidad, el desinterés encontrará su galardón y el amor su premio. Místico concierto de voces espirituales que debajo de aquellas bóvedas augustas se elevan como los trinos de los pájaros cuando saludan la vanidad de la primavera o cantan las últimas hojas que vuelan con las brisas del otoño.

No se crea que los hombres de temple poético y de imaginación viva son los únicos que sienten despertarse semejantes emociones en el fondo de su corazón, porque es una especie de fascinación de que sólo se libentan las organizaciones incompletas y mancadas, y nadie hay que no sienta siquiera en embrión confuso estos raros y encontrados afectos. Aun disipado este primer celaje y cuando la reflexión y el examen recobran el triste imperio que sobre nosotros ejercen, las impresiones producidas ganan en fondo lo que pierden en superficie, porque la estructura del templo, su perfecta consonancia con su objeto, la armonía de los pormenores con el conjunto son tales, que así sufren el análisis, como despiertan el entusiasmo. Las naves laterales están ideadas con tan buena traza que su pequeña y, con todo, proporcionada elevación realza la atrevida y gallarda de la mayor y, corriendo alrededor del templo, ciñen y aíslan el coro y el retablo mayor. Por esta especie de

ronda guarnecida de capillas, que no ofrecen nada de curioso a los ojos del artista, discurren con gran lucimiento las procesiones interiores y en las grandes solemnidades, cuando se abren las puertas del trascoro, la nave mayor ofrece desde la entrada de la iglesia una magnífica galería, que comienza en la portada exterior y atravesando el coro remata en el presbiterio.

Estas puertas del trascoro tienen unos relieves de época moderna, en que (con perdón sea dicho de Ponz) aplaudimos la composición y las ropas, pero no el dibujo musculoso y atlético de aquellas mujeres, que por sus miembros más parecen gañanes. Con el coro sucedió lo contrario pues no le cayó en gracia al ilustre académico y a nosotros nos parece admirable. Probable es que si este señor no hubiese visto León con tanta prisa y precipitación, que el título que mejor convenía a su carta era *León al vuelo*, hubiese hablado con más asiento y despacio de este pueblo y sobre todo de su catedral. Verdad es que el que buscase en los relieves que adornan la sillería del coro un conocimiento profundo de anatomía y el plegar de las estatuas griegas, no podía encontrarlo, pero, a falta de hermosura, encontraría gran verdad relativa y, ya que no gracia y suavidad, podría notar severidad y fuerza.

Exigir la corrección y belleza de la antigüedad clásica a las artes de estos tiempos equivaldría a tachar de ignorantes a los geógrafos que, dos o tres siglos antes que Colón, no contaban con las Indias. Por lo demás, este coro, además de estar labrado con una prolijidad y paciencia incansables, revela el doble carácter y espíritu de libertad que en aquel tiempo dominaban el arte, porque cuanto tienen de graves y adustos los santos que adornan la parte superior de las sillas, otro tanto tienen de risibles, extravagantes y satíricos los grupos y figuras que sirven de asidero a los asientos. En uno una monja con un jarro en la mano apura una escudilla con tal ansia y vicio que provoca a risa. Un poco más allá un fraile de carota abultada y necia se golpea la cabeza con otra escudilla vacía con chistosa expresión de desprecio. En otro asiento un cerdo muy grave y aseñorado está tocando la gaita y no muy lejos un pobre gato espeluznado y todo aturdido forcejea por arrancarse un puchero, en cuya boca harto estrecha metió sin reparar el goloso hocico. Toda la sillería está por este estilo adornada y sería nunca acabar apuntar uno por uno sus caprichos.

El crucero está desfigurado no sólo por la desigualdad de los rosetones que terminan sus brazos, sino por la cúpula pobrísima y ridícula que le corona, totalmente ajena o, por mejor decir, contraria al

plan del edificio. Desde las torres se ven los arranques o estribos sobre que debía descansar esta parte y que prometían un remate esbelto y ligerísimo y desde allí se ve también que el arquitecto de buen gusto que ideó la moderna cúpula sólo alcanzó a hacer la cubierta de una empanada.

El zócalo del altar mayor no está mal ideado y es además de aquel mármol rico y vistoso que en tanta abundancia dan las sierras cercanas; pero en el resto manifiesta un gusto churrigueresco tan exquisito y aun exagerado, que cuanto dice Ponz lo merece y aun algún ribete más, si se exceptúa aquello de la Cena, que no es sino la Asunción.

La sacristía es indigna ciertamente de esta suntuosa iglesia, pues más que otra cosa parece un aposento subalterno dedicado a un uso menos santo pero en sus paredes hay dos cuadros que llaman la atención. Uno de ellos, atribuido al Correggio, es un retrato lleno de fuerza y energía, y tan acabado en el dibujo que seguramente no parece indigno de tan gran maestro. El otro, que representa la comida en el castillo de Emaús, donde los discípulos reconocieron al Salvador en el partir del pan, es notable no sólo por la buena composición, sino por el colorido y, más especialmente aún, por el raro efecto y atrevimiento de su claro oscuro. No acertamos a quién pudiera pertenecer, aunque nos inclinamos a tenerle por de origen flamenco. Fuera de ellos nada hay que notar, pues las dos copias que cita Ponz, del Juicio Final una y otra de la Virgen del Pez, son despiadadas caricaturas de estos dos famosísimos modelos.

Del claustro ya dejamos dicho cuán desgraciada es su parte moderna, pero el lienzo interior, que corresponde a la época de lo mejor de la catedral, está lleno de sepulcros y pequeños retablos hechos con gran sentimiento y muy hermosos y puros en sus líneas. También en él se ven infinitos caprichos semejantes a los del coro.

Tiene la catedral diversos pasadizos y corredores interiores, que en algunas partes dan a lo interior del templo, cuyo aspecto varía extraordinariamente mirado desde lo alto. Las torres son desiguales en su estrechura, aunque ambas de extraordinaria elevación, y la traza exterior de la gran mole registrada desde allí tiene cierta semejanza con el esqueleto de un animal inmenso cuyo espinazo y costillas forman el cuerpo de la iglesia y los botareles o estribos. Entonces se concibe cómo pueden combinarse aquella delgadez de paredes tan extraordinaria, que con mayor exactitud pudieran llamarse tabiques de piedra, con la pasmosa solidez que las mantiene en pie hace más de cuatro siglos y cuya duración no es fácil prever a poco cuidado que en

su conservación se ponga. El mecanismo de la presión lateral, que forma el alma de la arquitectura gótica y explica su grandeza y audacia, resalta de tal modo en esta iglesia, que aun los ojos menos perspicaces lo comprenden. Sólo de esta manera se comprende cómo sobre pie y medio de grueso en el arranque puede levantarse un muro hasta la altura de 125 y rematar en uno solo de espesor³⁸.

La elevación de las torres es tal que sólo los muy acostumbrados dejan de experimentar algún vértigo al acercarse a la barandilla; pero, como desde allí se dominan a un tiempo la ciudad y sus alrededores, se disfruta un espectáculo muy vistoso. El pueblo aparece en un escorzo raro que lo achica y merma, pero la campiña gana infinito registrada desde aquella altura. Los ríos extienden por ambos lados de la ciudad sus amenísimas riberas, pobladas de huertas, prados y sotos, y relucen como una lámina de plata en su sosegado y apacible curso, que se pierde entre poniente y mediodía. Un ramal de las riberas asturianas limita el paisaje por el lado de oriente y muy a lo lejos la cordillera de Foncebadón, que corre por la parte del norte hacia el ocaso, y el monte Teleno se confunden entre las brumas del horizonte. El paisaje es de extraordinaria severidad, alegría y despejo y sus términos y accidentes cuadran muy bien a su extensión y figura general.

³⁸ El pie, la vara y la legua eran las medidas de longitud legales en España en la época de Gil: en los artículos de *Viajes y costumbres* expresa siempre las distancias en leguas. El pie equivale a 27 cms.; tres pies, hacían una vara (0,83 m.); y 20.000 pies, una legua (5,5 kms.), *Gaceta Oficial de Madrid*, 28-12-1852.

VIII. Por la vega del Torío, camino de Sahagún

Entre las noticias de León que trae Ponz en su *Viaje*, la más completa, puntual y exacta, es la del convento de San Marcos, si bien toda ella se debe a un erudito caballero³⁹ y al viajador artístico no le cupo más trabajo que el de insertarla en su colección. Como quiera que sea, los amantes de las artes encontrarán en ella datos muy estimables y los que deseen mayor loor podrán acudir a un artículo que se publicó en el *Semanario Pintoresco* de 1839, p. 177⁴⁰.

El convento de San Marcos

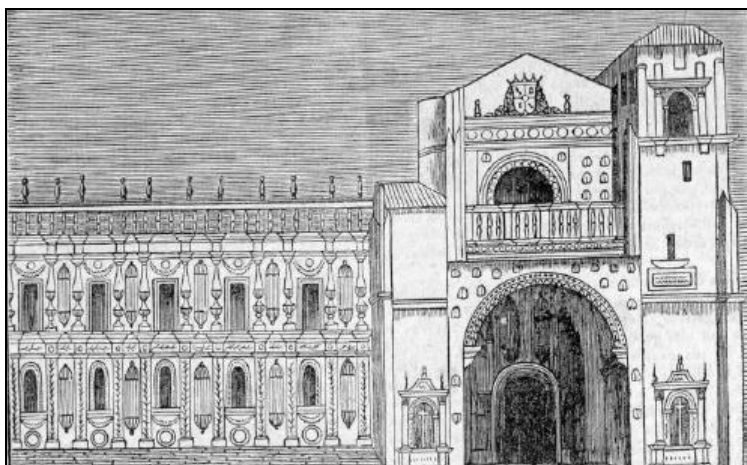
Cuando se fundó la orden de Santiago por los años de 1168, era San Marcos un hospital destinado al amparo de los peregrinos que iban a adorar el cuerpo del apóstol en Galicia. Deseoso el obispo don Juan Albertino de condecorar la ciudad de León con la nueva milicia, lo ofreció a don Suero Rodríguez, uno de los primeros caballeros, para que se estableciese en él aquella ilustre caballería. Administrólo don Suero hasta que fue elegido prior el insigne don Pedro Fernández de Fuenteencalada, primer maestro de la orden, y desde entonces creció en riqueza, esplendor y preponderancia, en términos de ser cabeza de la orden, por lo menos en el reino de León.

Este edificio, sin embargo, estaba tan ruinoso y maltratado a principios del siglo XVI, que el rey don Fernando el Católico mandó reedificarlo en cédula de 1514. Dominaba entonces el género plateresco y el arquitecto que desde luego dirigió la obra fue, según parece probable, el famoso Juan de Badajoz, autor del precioso claustro del monasterio benedictino de San Zoilo de Carrión, tan alabado de todo el mundo. Era el tal arquitecto de la iglesia de León en 1537, época en que se acabó este claustro y asimismo la mayor parte de la fachada principal de San Marcos, según consta de las memorias de esta casa, que la dan por concluida en tiempo de don Hernando Villares, prior en el citado año. Existe además una prueba incontestable en el letrero que está sobre la puerta de la sacristía, en la parte interior, y dice: "*Perfectum hoc opus est Domino Bernardino priore ac Joanne Badajoz artífice 1549*".

³⁹ Se refiere a Jovellanos, autor de la información que recoge Ponz en su *Viage de España* [Díez-Taboada, p. 50].

⁴⁰ Gil cita su propio artículo *San Marcos de León*, publicado en BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, v. VI, *Viajes y costumbres*, p. 147 y ss.

Casa destinada a principal asiento de una orden tan noble y poderosa, y ejecutada bajo la dirección de semejante artista, claro está que había de ser un modelo de primor y de elegancia. Es difícil imaginar, en verdad, adornos más exquisitos que los de la fachada principal en la parte que corre desde la puerta hasta la iglesia: tanto los medallones del zócalo que representan los maestros y principales caballeros de la orden, como los grutescos de las pilastras que comparten el cuerpo superior, manifiestan un gusto tan escogido, tan correcto dibujo y una gracia e invención tales, que bien dan a conocer cuán enriquecida salía la maquinación de los artistas de la espléndida era gótica. Verdaderamente pasma tal prodigalidad de labores, delineadas y agrupadas con tanta habilidad, que no cansan la vista, sino que, detenidamente examinadas, producen una sensación muy agradable.



La iglesia es en su mayor parte gótica y como tal de religioso y serio aspecto; pero sin embargo, por varias de sus partes asoma la nueva faz del arte. La sillería del coro, obra de un tal Guillermo Doncel, bajo la prelación del ya mencionado don Hernando de Villares (1542), es tan digna de consideración y alabanza, como lo es de desprecio su continuación desdichada que tuvo fin en el año de 1723. A entrambos lados de la portada de la iglesia hay dos relieves de un tal Orozco, que representan la crucifixión y el descendimiento, que nosotros hemos visto todavía poco deteriorados y de los cuales apenas quedan ya algunos pedazos. Suerte mejor merecerían, sin duda, porque eran de las esculturas cuya expresión, composición y dibujo han producido en nuestro ánimo una impresión profunda. El descendimiento en particular era un modelo de agrupación y sentimiento. De presumir es

que este escultor trabajase en la parte primitiva de la fachada, pues seguramente no desdicen de tan diestra mano los medallones y grutescos que la adornan.

Por lo demás, este edificio tuvo sus vicisitudes, pues, imposibilitados los canónigos y caballeros de darle cima bajo el magnífico plan con que se había emprendido, y viviendo con demasiada estrechez e incomodidad, hubieron de trasladarse a la villa de Calera en Extremadura y desde allí a Mérida, donde Felipe II les concedió la fortaleza que tenía dentro de sus muros. Desde 1566 hasta 1602 duró este abandono de San Marcos, pero entonces volvieron a la obra sus hijos con nuevos bríos y en 1615 se empezó la escalera principal; en 1679 se acabó el hermoso claustro con sus capillas que había ya comenzado Villares y, por conclusión, en el primer tercio del siglo pasado se labró la parte de la fachada que llega hasta el río. Sin embargo, como estos trabajos, y sobre todo el último, alcanzaban una época de decadencia marcada, sólo en el diseño general aparecen hermanos de los que producía otro tiempo más dichoso.

Vandalismo

La sensación que produce este monumento en el día es triste por demás y aun amarga, porque nadie puede mirar con indiferencia y sosiego la ruina de las artes que poco a poco va consumándose. Tristeza y no pequeña causa el deterioro de un edificio de donde salieron tantos nombres que como estrellas gloriosas resplandecen en las páginas de nuestra historia, donde los Badajoz y Orozcos han dejado estampada su huella, donde Arias Montano⁴¹ mamó las primeras dulzuras de la ciencia y donde Quevedo⁴² fue a expiar, más que sus faltas, la soberanía del genio. Amargura y no poca destila en cualquiera pecho la tendencia de una época que osada y vanagloriosamente se apellida *la de las luces* y que, cuando no las apaga con el soplo helado de la demolición, las deja por

⁴¹ Arias Montano fue canónigo de esta casa y en su biblioteca existía un ejemplar de la Biblia Regia, regalado por él y dedicado a la comunidad. La dedicatoria es breve, pero de una letra muy elegante. Esta Biblia existe actualmente en una especie de museo provincial, donde se han reunido algunos cuadros y objetos de arte de los conventos extinguidos.

⁴² Quevedo sufrió los apremios de una prisión rigurosísima en San Marcos, aunque el cariño y respeto de sus hermanos endulzaron bastante sus amarguras. En su carta a su amigo Adán de la Parra, inserta en el tomo 1º del *Semanario Erudito de Valladolid*, se ve una relación notable de su vida y padecimientos. En León se conservan muchas tradiciones del ilustre poeta.

lo menos extinguirse en las tinieblas del tiempo y de la destrucción que siempre camina en pos de él. León es un triste teatro de este espíritu vandálico. Los relieves de Orozco que dejamos mencionados han desaparecido en muy poco tiempo casi del todo. Para levantar una flaca pared que se hubiera venido abajo a una descarga de fusilería, se ha demolido durante la guerra el convento de Santo Domingo y los sepulcros de dos Guzmanes⁴³, que eran el asombro del arte, y de uno de los cuales se conserva una estatua colosal a todas luces admirable. Por nuestros propios ojos hemos visto embutidas en la llamada muralla piedras labradas con figuras de buen dibujo y ejecución y otras de ellas abandonadas en el rincón de una plazuela. Esto es vandalismo puro y manifiesto retroceso a la barbarie, porque seguramente tenía menos de extraño que los turcos mutilasen las estatuas de la Grecia para cargar con sus restos los cañones de los Dardanelos, que el que una nación por tanto tiempo la primera del mundo reniegue así de su origen y estirpe. En la catedral el vandalismo científico y presuntuoso ha desfigurado su claustro y su crucero; en San Marcos, el descuido permite feas mutilaciones y en Santo Domingo el vandalismo demoledor armado de su piqueta viola la religión de los sepulcros, reduce a polvo los destellos diversos del arte. En vano la naturaleza ha derramado sus gracias por los campos donde la mano de los hombres ha dejado escritos sus pensamientos con tan nobles caracteres, si los encargados del orden social no atajan este torrente devastador. A pocos años que domine tan fatal espíritu, el Bernesga arrastrará en su curso los escombros de San Marcos y la yedra cubrirá los desnudos paredones de donde salían los conquistadores de Granada y de Sevilla.

Lancia

Sálese de León por una hermosa calle de árboles a cuyo término se encuentra el puente del Castro que cruza el Torío, compuesto todo él de muy bellos mármoles oscuros. Más allá se levantan las cuestas de Arcabueja, desde cuya cima se pierden de vista la ciudad y sus alrededores. Por nuestra parte, nunca las hemos atravesado sin volvernos a saludar de despedida aquella ciudad tan noble y aquellos sotos y prados tan amenos. El camino que va a Sahagún es delicioso

⁴³ Uno de estos señores fue don Juan Quiñones y Guzmán, obispo de Calahorra, que firmó las actas del Concilio de Trento, y murió en 1575. Su estatua es la que se conserva. El otro era don Martín de Guzmán, de cuyo sepulcro nada queda. Ambos monumentos eran notables por su tamaño y excelente ejecución.

hasta Mansilla, pues se encuentran las riberas del Villarente y el Esla, muy semejantes a los contornos de León. Enfrente de esta villa, sobre la orilla derecha del río, está un cerro llamado vulgarmente *Sollanzo* y que, según las señas, no es otro que la famosa *Lancia*, postrera conquista de los romanos por esta parte y a donde se replegaron los astures después de la sangrienta batalla en que fueron vencidos por Carisio. La posición es militar y además se han encontrado medallas y monedas romanas en su circuito. Mansilla conserva casi enteras sus murallas, cuyo pie besa el Esla, bastante caudaloso ya, pero limpio aún y cristalino como un espejo y por fuera tiene una apariencia majestuosa y severa. Desde allí adelante hasta llegar a Sahagún se acaba por entero la frondosidad y la frescura, y se extienden los áridos llanos de Campos, en cuya extensión se conservan trozos muy lucidos de la antigua vía romana que en los siglos medios tomó el nombre de camino francés.

Sahagún de Campos

La villa y monasterio de Sahagún están ocultos a la falda de las montañas de Cervera, en la orilla izquierda del Cea, en un sitio muy ameno que contrasta agradablemente con las desnudas llanuras que tiene a su frente, pasadas las tierras y dehesas de Mahudes, que componían el priorato de Valdelaguna. La ribera del Cea es pintoresca y fértil en frutas y arbolados y, aunque lleva poca o ninguna ventaja a las cercanías de León, su situación a la orilla de los páramos de Castilla la reviste de nuevas galas y adornos. Poco de notable ofrece la villa, pero el monasterio es de los más antiguos, famosos y venerados de España.

En el paraje que le sirve de asiento sufrieron martirio por la fe los santos Facundo y Primitivo bajo los emperadores Marco Aurelio, Antonino y Lucio Vero y, cuando en tiempo de Constantino se permitió a los fieles el ejercicio de su culto, los de este país levantaron una capilla en honor de los mártires. Alrededor de ella se formó prontamente un pueblo; pero no contento con esto el rey don Alonso el Grande, aprovechó la buena ocasión que le ofrecía la fuga de muchos monjes que habitaban la Andalucía y la desampararon, evitando la cruel persecución de Mahoma, y fundó el monasterio que conocemos con el nombre de los Santos Mártires. Poco duró sin embargo esta obra de su piedad, pues habiéndose erigido por los años de 874, desapareció en el de 883 en la invasión de Albohalid, gobernador del rey de Córdoba. Levantólo de nuevo don Alonso con mayor magnificencia, pero un siglo más tarde volvió a desaparecer en la tremenda irrupción de Almanzor.

Era sin embargo tan viva la devoción de los fieles con las reliquias de los mártires, que poco tardó en reedificarse de nuevo, y en el siglo XI llegó a un grado extraordinario de esplendor por su riqueza y por los ilustres varones que salieron de su seno. En las guerras posteriores sufrió también muchos daños y reveses; pero en la de la Independencia se quemó su mayor parte, y por último lo que se había logrado reponer o quedaba en pie ha sido consumido por entero en un incendio sucedido en 1836.

Con este último desastre nada han perdido ciertamente las artes, porque, si se exceptúan los restos de la antigua iglesia, no hay cosa que merezca fijar la atención del viajero en todo aquel vasto y confuso edificio a que ya no presidía ningún género de unidad y que tampoco mostraba ningún destello de genio en medio de su discordancia. La iglesia era del orden lombardo y pertenecía a la misma época que San Isidoro de León, pero sus labores y accidentes tal vez muestran mayor pureza y prolijidad. Los animales, plantas y frutos que adornan los chapiteles de sus columnas en los arcos de las naves y de las ventanas son de un efecto muy gracioso, y los demás adornos y la distribución general se encaminaban a un conjunto muy bien dispuesto y armonioso.

Sin embargo, estos bellos restos no pueden mirarse sin ira, porque en ellos se nota el mismo repugnante espectáculo que en León dejamos censurado. Aquí el vandalismo se presenta bajo sus dos aspectos: el de los remiendos y el de la destrucción. En los años de 27 y 28 un monje de la casa, arquitecto o, por lo menos, titulado y examinado de tal, se propuso levantar una iglesia moderna, pero aprovechando los restos de la antigua. ¡Figúrese el lector qué buen maridaje haría la fábrica nueva de ladrillo con rayos de grecorromana con la antigua de piedra, oscurecida por el transcurso del tiempo con sus arcos y ábside lombardo! Afortunadamente, la obra, ajustada por empresa y ejecutada con el mismo espíritu albañileco que la había ideado, falló antes de llegar a la mitad y quedó sin consumir este sacrilegio artístico. Pero como si no bastasen semejantes violaciones, he aquí que el vandalismo demoledor se encarga de lo poco que de ella ha quedado y que sus piedras se van vendiendo una por una, ya para levantar las tapias de algún corral, ya para formar las aceras de alguna calle de casas de tierra. “Porque, como generalmente se dice, ¿para qué sirven semejantes paramentos?”. Y lo peor es que no es fácil contestar a semejante argumento y explicarles la influencia de la civilización en las artes y la necesidad sobre todo de conservar las reliquias arquitectónicas que por su índole son imposible de resucitar una vez que desaparecen.

Sahagún es el término de la provincia de León que nos hemos propuesto dar a conocer en estos rudos y desaliñados bosquejos para llamar, sobre sus ignorados paisajes y monumentos, la atención de los artistas y los sabios. Con ellos hemos pagado en la manera posible una deuda grata a nuestro corazón, y esperamos que, si su ejecución no merece alabanza, por lo menos todo el mundo hará justicia al impulso que los ha dictado.

FIN

Lecturas

Código	Descripción	Fecha
101	El primer libro de la Biblia, el Génesis, describe el origen del mundo y la humanidad. Comienza con la creación del mundo en seis días y la historia de los patriarcas, desde Adán y Eva hasta Abraham, Isaac y Jacob.	1912, 1913

Un viajero llamado Enrique



JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Se ha dicho tantas veces que *El Señor de Bembibre* es la mejor novela histórica del romanticismo español, se ha elucubrado de tal modo acerca del protagonismo del paisaje en esa obra, que casi hemos llegado a creernos que Enrique Gil y Carrasco se acaba ahí mismo, en la descripción de “un lago sereno y cristalino, unido y terso a manera de bruñido espejo”⁴⁴ como el de Carucedo, que detrás de la difuminada melancolía enfermiza de doña Beatriz no había otra cosa. Estaríamos ante una visión arcaica y roussoniana, muy parcial, alejada de una valoración cabal de su obra.

Quiero detenerme en un aspecto de la biografía y de la personalidad de Enrique Gil y Carrasco que explica su seducción por el paisaje. Una perspectiva en cierto modo totalizadora, muy acorde con el espíritu de la época.

⁴⁴ En el artículo original, Carro Celada incluye 72 notas a pie de página con referencias a otros tantos textos y expresiones de Gil. Para no fatigar la lectura, excusamos las notas; los textos de Gil van entre comillas. Todos son fácilmente localizables en la BIBLIOTECA ENRIQUE GIL.

Enrique Gil, viajero lírico

Parece el suyo un destino itinerante, concibe su obra –en el contexto de su vida breve– como una impresión viajera, por ello se siente cautivado por los símbolos fugitivos del romanticismo: la gota de rocío que se columpia sobre el río le sugiere “de amarga despedida, el triste adiós”; la campana que toca a la oración le recuerda un pensamiento “infinito, que vaga por el espacio”; la niebla le difumina los recuerdos de infancia y le presta sus “húmedas alas” para que pueda bogar su fantasía por un misterioso mar.

La caída de las hojas en otoño y su brote en abril contrasta con el viaje, sin posible regreso, del poeta:

Y en las alas de los vientos del otoño
doradas hojas, id,
y del sol del abril en el retoño
segunda vez lucid,
que yo no volveré.

La belleza del cisne, que después engalanó la imaginería retórica del modernismo, en la poesía de Gil y Carrasco se acoge a la interpretación de lo efímero, como un corto viaje:

Entonces, adió paseos
por las llanuras del mar,
adiós gala y contoneos;
pasaron los devaneos,
llegó la hora de cantar.

Los ríos manriqueños se concretan en el “encanto peregrino” del Sil, donde se esponja andariega la niñez, aquellos recuerdos

¿en dónde, río, pararon?
¿Quizá los abandonaron
en el mar de la amargura?

El ansia de libertad que se proclama en el poema *El cautivo* le da pie al poeta para exaltar lugares exóticos tras el entramado de las rejas:

Quiero volar por el desierto,
y correr por las orillas de la mar,
y tras la nave que abandona el puerto
la fantasía juvenil lanzar.

Y viajar “sobre las aguas del soberbio Nilo”. La “nube peregrina” es como un ala de querube que viene “vagarosa y divina desde las riberas del Ganges”. La mariposa representa en la lírica del poeta el veleidoso y frágil norte de los ensueños de su infancia:

Cegáronme tus encantos
y entonces en pos de ti
vagué por valles y montes...
Y tú siempre vagarosa
el aire hendías sutil,
con tu gala envanecida,
sin escuchar ni sentir
las inocentes plegarias
de mi niñez infeliz.

No cabe duda que Enrique Gil es un experto en caminos y brevedades, como todos sus contemporáneos de dolencia lírica, como Larra o Espronceda, con quienes comparte una vida breve pero a la vez enriquecida de experiencia itinerante.

De Villafranca a Berlín

De raza —de tradición familiar y de época—, le viene a Gil y Carrasco su voluntad viajera. Hijo de padres castellanos, inmigrantes en El Bierzo, nace en Villafranca en 1815. Sus primeros correteos a la puerta de casa tuvieron como escenario la ruta viajera del Camino Francés. A los ocho años ya lo tenemos en Ponferrada. Después Vega de Espinareda. Su estancia en el seminario de Astorga hasta los dieciséis años es para él no sólo un primer contacto en profundidad con las Humanidades, sino también, y sobre todo tratándose de un gran contemplador, un balcón abierto anchurosamente a las planicies de Castilla. Pasa breves estancias en Ponferrada, se matricula en la Universidad de Valladolid, hace escapadas a Simancas y Madrid y realiza excursiones a Babia, Asturias, Pas, Gijón y La Coruña. Reside en Madrid de una manera habitual durante los años 1836 a 1844, salvo una temporada de reposo, que en realidad no guardó porque se recorrió a pie El Bierzo y visitó el resto de la provincia de León. Por último, se traslada en misión diplomática a Berlín. Viaja parsimoniosamente durante seis meses: Madrid, Valencia, Barcelona, Marsella, Lyon, París, Rouen, Lille, Bruselas, Gante, Brujas, Ostende, Amberes, Rotterdam, La Haya, Ámsterdam, valle del Rin, Francfort, Hannover, Magdeburgo, Potsdam y Berlín.

Una vez en Berlín únicamente sabemos que por razones de enfermedad se traslada durante el verano de 1845 a los baños de Reinerz, en Silesia, pero ya no le dio tiempo a viajar a Niza para disfrutar de la apacibilidad de su clima y remediar a un tiempo sus males. Murió lejos de su tierra, en realidad estaba de viaje. Tres años antes, en *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, había presentado

este momento: “Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará a una playa extranjera dentro de poco; tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma”. Gil y Carrasco, que tomó buena nota de su viaje europeo, guarda un misterioso silencio al llegar a Berlín.

Queda claro que el escritor berciano se apresuró en sus pocos años de vida a zapatear mundo. Pero también viajó, a través de documentos y libros, a épocas históricas lejanas: la crisis del Temple, la guerra de Granada, los viajes de Colón. Con frecuencia aunó estos dos tipos de viaje, el geográfico y el histórico. Se sirvió de uno para explayarse en el otro. Narraba la historia lejanísima de don Álvaro y doña Beatriz, aprendida en los libros, pero situándola en el paisaje actualísimo del Bierzo captado en directo. Contaba sus andanzas por los castros, castillos y monasterios de esta tierra y las aprovechaba para ensartar con detalle diseños históricos y opiniones eruditas sobre el tema.

Fue, pues, un incansable excursionista, un caminante lírico y, como consecuencia, un escritor viajero. Si las apoyaturas tópicas de la poesía romántica, como ya dije, tienen en sus versos elementos itinerantes, de fugitividad —la niebla, el río, la mariposa, el amor— es todavía más cierto que Gil y Carrasco entiende la vida dentro de la más clásica interpretación cristiana, como una peregrinación. Pero veamos qué piensa y escribe nuestro escritor de los viajes, de sus viajes.

Artículos y apuntes viajeros

Si exceptuamos la obra poética y los relatos *El Lago de Carucedo*, *El Señor de Bembibre* y *Anochecer en San Antonio de la Florida*, el grueso de los escritos de Gil y Carrasco son artículos de viaje, juicios sobre literatura viajera y notas que llevaban camino de convertirse en columna de periódico.

Cinco apartados se podrían distinguir en toda esa obra tan desconocida. El primero está constituido por una interesante aproximación al paisaje, historia y costumbres leoneses, publicada en *El Sol* en 1843 con el título de *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*. Al segundo grupo pertenecen unos cuantos artículos de costumbres aparecidos en la segunda serie de *Semanario Pintoresco Español*, en 1839 y en *Los españoles pintados por sí mismos* colección editada por Boix en Madrid entre 1843 y 1844. El cuarto bloque se refiere a descripciones de monumentos (catedral de León, San Isidoro, San Marcos, palacio de los Guzmanes, Simancas, El Escorial). El quinto apartado lo integran dos artículos sobre su viaje europeo, aparecidos en *El Laberinto*, el 16 de

agosto y el 16 de septiembre de 1844, que se titulaban, respectivamente, *Viaje a Francia y Rouen*. Y todavía un apéndice de estos, *Diario de viaje*, según los críticos no destinado a la publicación, sobre su recorrido por Francia, Países Bajos y Alemania.

Escribió también Gil y Carrasco dos amplias reseñas de libros de viaje: *La colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos pertenecientes a la historia de la marina castellana, y de los descubrimientos españoles en Indias* de Martín Fernández de Navarrete y *Bosquejos de España* del capitán S. E. Cook, de la marina inglesa. A propósito de este segundo artículo nuestro escritor expone sus criterios acerca de la literatura viajera y subraya lo instructivas que resultan las comparaciones entre “nuestras impresiones y las de otras personas cuyo criterio no ha sufrido las mismas modificaciones”. “Semejantes análisis y observaciones —añade— suelen ser camino derecho de la verdad y fianza segura del progreso”.

Gil y Carrasco distingue, entre tanta literatura viajera de la época, las valoraciones serias y contrastadas de las valoraciones apresuradas y superficiales. “El que visita un país con un sistema de antemano formado, en posta o por las huellas de otros viajeros no menos presurosos y superficiales” sólo contribuirá a reavivar antipatías entre las naciones. El viajero, por el contrario, deberá juzgar las cosas en su valor intrínseco, “desnudas de las convenciones sociales”, llevará “por gula en sus indagaciones la imparcialidad del filósofo y la benevolencia que por lo común suele servir de fondo a la verdadera ilustración”. Critica la “sarta de disparates y sandeces” que sobre España escribió, por ejemplo, Theophile Gautier en la prensa francesa, y se queja de que “no ha llegado a nuestras manos obra alguna francesa, sobre todo en los últimos tiempos, en que no se rinda un homenaje de ruin lisonja a las preocupaciones que aquel pueblo ilustrado y culto, por una extraña contradicción, abraza contra nosotros”. En cambio elogia encendidamente “las observaciones de los demás viajeros europeos que más de una vez nos hacen justicia”, aunque “rara vez llegan a indemnizarnos de las imputaciones y desvaríos de los franceses”. Señala tres títulos a su juicio valiosos: *Bosquejos de España*, de Cook; *La Biblia en España* de George Borrow y *Las escenas de la vida en México* de la señora Calderón de la Barca⁴⁵.

⁴⁵ Madame Calderón de la Barca, de origen escocés, tomó el nombre de su marido, primer ministro de España en México. *Las escenas de la vida en México* se publicó en

Estos serían los presupuestos de Gil y Carrasco a la hora de escribir las impresiones de un viaje. Empecemos por orden, por ese orden lógico, biográfico con que torna contacto con la geografía más próxima.

Técnica oteadora

Conocía El Bierzo imprecisamente. Había correteado por entre las ruinas del castillo de los templarios de Ponferrada, había visto escarpados barrancos en Cornatel y vegas placenteras en Vilela. Pero todo ello no eran sino impresiones aisladas. Gil y Carrasco, que se queja de que los viajeros extranjeros sólo vienen con el objeto de visitar de pasada las costas y regiones del Mediodía y se olvidan de las provincias del interior, se compromete a un escrito viajero sobre las tierras leonesas.

La razón fundamental –escasos medios de transporte– por la que León se ve marginada en las rutas viajeras, no le va a influir en absoluto a Enrique Gil. En el verano de 1842 arrostra incomodidades y estrecheces y realiza un largo viaje, bien programado, del que no sólo consigna estampas paisajísticas, sino también costumbres, remembranzas históricas y descripciones de monumentos. Aunque la visita comienza cronológicamente en León capital, dedica al Bierzo los cinco primeros capítulos de los ocho de que consta su Bosquejo.

En el Bierzo “hay sustancioso y delicado alimento para la imaginación”. Desdeña llamarle “pequeña Suiza”⁴⁶ y otras lindezas por el estilo, pues tiene la región personalidad suficiente y belleza bastante como para emanciparla de comparaciones. A pie, con dos amigos, sube al Castro de la Ventosa y desde allí describe el panorama que se derrama en torno, las colinas, poblados y cultivos. Es este comienzo como una síntesis previa, un golpe de mirada giratorio, de buen cubero topográfico: “A nuestros pies teníamos la villa de Cacabelos, el Cúa, que corría por entre sotos y arboledas fresquísimas, y la grande y blanca mole del monasterio de Carracedo. Un poco más adelante Ponferrada cubierta en gran parte con su magnífico castillo (...) A la derecha se despleaban la cordillera altísima de la Aquiana, el Sil, centelleante como una serpiente de escamas de oro a los últimos resplandores del

1842: que Gil lo hubiera leído y lo mencione en un artículo de 1844, acredita un lector en vanguardia, muy atento a los libros y tendencias que llegaban del extranjero.

⁴⁶ Justo lo contrario de lo que hace Castaño Posse en 1912, cuando considera al Bierzo “una verdadera Suiza en miniatura”. [*Obras*, edición IEB, 2006, p. 493].

sol, se deslizaba besando su falda (...) Rimor enclavado en un angosto valle, Priaranza vistosamente asentado en la cuesta, el castillo de Cornatel semejante a un nido de águilas colgado sobre un horroroso precipicio (...) A nuestra espalda, aunque más reducido, no era menos agradable el paisaje”.

Si he citado este fragmento es sencillamente porque similar esquema de visión contemplativa y oteadora a la vez –desde un altozano– lo repite Gil y Carrasco múltiples veces; y no es una simple costumbre viajera personal sino una técnica descriptiva globalizadora que le permite conocer el entorno geográfico o urbano de un golpe y situarse.

Aplica esta fórmula desde distintas cumbres bercianas –Aquiana, Cornatel, Las Médulas, Corullón– pero también en sus artículos y apuntes europeos. “Ofrece Lyon desde las alturas de Fourvieres uno de los panoramas más hermosos que pueden imaginarse”. Dos horas permaneció Gil y Carrasco apacientando la vista desde el monte de Santa Catalina en las proximidades de Rouen: “Trepé a lo más alto y pude satisfacer la curiosidad que me agujoneaba: a mis pies corría el Sena, pero con un movimiento tan suave, que parecía un prolongado estanque (...) A mi izquierda tenía la ciudad envuelta en vapores ligeros y transparentes sobre los cuales descollaban las torres de sus numerosas iglesias”. “La torre de la catedral –se refiere a la de Amberes– ofrece un horizonte verdaderamente marino por su extensión e igualdad, con la diferencia que este océano es de verdura y arbolado”.

El gusto del escritor por ganar alturas y torres para viajar con la mirada y descubrir el mapa lírico de los contornos es uno de sus esquemas interpretativos del paisaje. Lo mismo sube al campanario donde anida el carillón del ayuntamiento de Ámsterdam que se acoda sobre el puente de Corneille en Rouen para describir la soledad de las márgenes del Sena, que escala las ruinas de los castillos del Rin, o sube los 600 escalones de la torre de la catedral de Utrecht desde donde se contempla el más extenso panorama de Holanda.

Pero la técnica descriptiva y la costumbre viajera de Gil y Carrasco no se agotan en esas vistas de pájaro. Después revolotea por las calles, contempla los edificios artísticos, visita los museos, observa con curiosidad las costumbres y siempre lleva consigo una guía viajera o un vademecum de datos históricos. Cuando recorre El Bierzo le acompaña la *España Sagrada* de Flórez y la *Historia Natural* de Plinio. Para la visita a León capital se orienta con la *Historia de León* del padre Risco y la carta de Ponz, a quien, por otra parte, critica porque ha visto León “con

tanta prisa y precipitación que el título que mejor convenía a su carta era *León al vuelo*". Su cruceo por el valle del Rin lo ilustran la guía de Murray y la *Peregrinación de Childe Harold* de lord Byron.

Gil, observador romántico

Es un viajero romántico y, claro, todos los tópicos del momento asoman a sus escritos de viaje. El gusto por las ruinas –sombra de antiguo esplendor pero ya despojos que alimentan la ensoñación y generan nuevas percepciones estéticas– lo encontramos a menudo en sus artículos y apuntes pero también en sus novelas y poemas. Las ruinas de los castillos bercianos y la hiedra retórica que los invade, los alucinantes escombros de las Médulas y sus túneles desmoronados.

A veces ciudades tan industriosas y comerciales como Rotterdam quedan transformadas en un estereotipo romántico: “Las arboledas alineadas de los muelles, vistas de lejos, recordaban aquellas columnatas que quedaban aún en pie en las antiguas ciudades desiertas en medio de sus ruinas”.

Se convierte El Bierzo en una región romántica, llena de atractivos, reclamo viajero para propios y extraños, que es la tesis más clara de su *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*. Siguiendo esta ruta de contemplaciones románticas no falta en la literatura viajera de Gil y Carrasco la visión nocturna del mar. Se acerca a Ostende con el único deseo de conocer la bravura del mar del Norte, sin embargo –escribe– “ya de noche he estado en la playa, la calma de la atmósfera corría pareja con su humedad y pesadez y las olas apenas movían el más leve rumor”. En Coblenza goza “las vagas tintas y nebulosidades del crepúsculo” y visita el cementerio de Francfort, “una de las más bellas cosas” que ofrece esta ciudad.

Enrique Gil no planeó nunca sus viajes como puras excursiones. Su afición a la historia y al arte le arrastra irresistiblemente a los museos, a visitar monumentos arquitectónicos y a establecer comparaciones estéticas entre diversas obras artísticas. La cita se haría interminable si enumerara aquí los juicios histórico-estéticos que emitió, los cuadros que evaluó, más como asiduo contemplador con sensibilidad que como verdadero experto. En ocasiones la apreciación de una obra le arranca elogios apasionados. La ciudad de Malinas “tiene una obra de Van Dyck que por sí sola merece un viaje no de camino de hierro, sino a pie”.

Le gustaba, porque era gusto de época y porque tenía un buen gusto,

el estilo románico que él llama “lombardo”; abominaba las mezclas de estilo que encontró en la catedral de Astorga y en la iglesia del monasterio de Carracedo. Tanto le interesaron los edificios nobles y coherentes, que realizó viajes ex profeso para verlos y les dedicó artículos enteros.

Tipos itinerantes

A Gil y Carrasco, acostumbrado a suaves colinas y a montes escarpados, le arañan la sensibilidad las llanuras de Castilla. Prefiere para salir del Bierzo el camino de Foncebadón porque “presenta accidentes más pintorescos y variados” que el de Manzanal. Desde la Cruz de Ferro disfruta de un “horizonte muy extenso”, ve cómo “se dilatan las espaciosas llanuras de Castilla, donde, como en el mar, el cielo parece juntarse con la tierra”, llanuras que él cruzó varias veces con arrieros maragatos. La experiencia de estos viajes le motivó dos artículos: *Los maragatos*, en el que cuenta con detalle el desarrollo de una boda maragata y *El maragato*, no recogido en las *Obras Completas* de la Biblioteca de Autores Españoles⁴⁷. “El maragato –escribe– representa el movimiento y comunicación del rincón más occidental de la monarquía con la capital”. Va y viene de Madrid a La Coruña como “la péndola del reloj” y “por nada del mundo sale de su paso, así se desate el cielo en lluvias, nieves y vendavales del invierno, como desuelle el rabioso calor de julio y agosto la cara y manos de los transeúntes”.

Al aire de uno de estos viajes nos describe en dos pinceladas su apreciación del paisaje castellano: el maragato “atraviesa a paso de tortuga las extensas, tristísimas y peladas llanuras de Castilla, desposeídas igualmente de la grandeza del desierto y de las gracias de un país habitado y ameno, y por añadidura arrecidos en invierno y abrasados en verano”. Esa pachorra del maragato debió provocar en alguna ocasión, camino de Valladolid, un motín de estudiantes: “Conducen a Valladolid o Santiago los estudiantes del Bierzo y comarcas vecinas, raza maleante como lo ha sido siempre, y que al menor descuido del maragato sacan a los mulos de su reposado movimiento, y van a prevenir posada a su dueño en la universidad con un día de anticipación”. Resulta significativa, en este contexto viajero, la predilección de Enrique Gil por los tipos itinerantes, no sólo por los maragatos, sino también por los pastores trashumantes y los segadores gallegos.

⁴⁷ Pueden verse en *Viajes y costumbres*, BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, VOL. VI, 2014.

Al pastor trashumante, natural de Babia, lo considera la reliquia más venerable que queda en España de la vida nómada. Nos cuenta sus costumbres y su itinerario de ida y vuelta desde las montañas de León a Extremadura. Estos pueden ser dos buenos hitos del viaje: “Las paradas que por el camino se hacen sirven a un tiempo para descansar y comer y es de ver la prontitud con que aderezan sus rústicos platos que de viaje suelen consistir en sopas par la mañana y migas canas por la noche”. “Por fin, después de cuarenta y cinco días gastados en esquilar y caminar, cruza la cabaña los frescos contornos de León y a muy poco, henos al pastor enfrente del campanario de su lugar”.

La estampa del segador gallego es una de las más habilidosas, tal vez porque Gil y Carrasco observó a estos trabajadores temporeros muy de cerca y habló con ellos en el mercado de Ponferrada, donde al regreso, con la bolsa llena, mercaban pañuelos de algodón y sombreros portugueses. Comienza contando los antecedentes del viaje “con el mes de mayo empieza el movimiento y los preparativos del viaje, si preparativos pueden llamarse lo que cabe en un saco y viene a costas de su dueño para volver del mismo modo”. Momento importante en el artículo –también para el articulista– es cuando el segador corona la cumbre del monte Irago y divisa los territorios de su ingrata labor. Desde allí “se distinguen las peladas y espaciosas llanuras de Castilla por delante y los frescos valles y frondosas laderas del Bierzo que queda a la espalda”. Observa después al segador combado bajo el implacable sol de Castilla “abatiendo mieses” y le sigue cuando esconde por bolsillos, forros de sombrero, humillas de botones y zapatos los maravedíes ganados, para defenderlos de los ladrones, porque el segador gallego –apunta con ironía– es “muy aficionado también por su parte a la numismática”. Después asiste al regreso de la cuadrilla que salva los puertos y llega “a las orillas del Sil y del Burbia, vecinas ya de su patria”. A partir de aquí “templa el paso el segador y hace con descanso el resto de su viaje, si ha comprado sombrero, con el nuevo por encima del viejo, y con el resto de su mercado a la espalda dentro de su saco blanco”.

Los viajes de Gil y Carrasco a las montañas de León, Asturias y valle de Pas, publicados en el *Semanario Pintoresco Español*, además del interés que despiertan por la variedad de costumbres y romances que recoge, están relatados con el apoyo de una estructura epistolar que hace beneficiario al lector de la segunda persona. En la primera entrega, fechada en Palacios del Sil el 8 de agosto de 1837, declara que el viaje “es más poético que científico”. Por el segundo artículo, firmado en

Cangas de Onís el 8 de noviembre de 1838, sabemos que está “contento y satisfecho” del viaje, “así por lo bello del país, como por las muchas curiosidades que ha encontrado”. La tercera colaboración, sobre los pasiegos, la escribe en La Vega el 11 de julio probablemente de 1839, pues no consta con claridad y en ella confiesa que está “entretenido y satisfecho” de su correría. Nunca olvida en estos artículos de costumbres aventurar los rasgos de carácter de las gentes y describir con rigor léxico los trajes típicos que visten. Ni renuncia a observaciones jocosas, como ésta: “El vino vale caro, muy caro en este país y a los buenos de los pasiegos se les sube a la cabeza con facilidad y les da un impulso guerrero que pasma”.

Carruajes y trenes europeos

Enorme interés tienen las impresiones de Gil y Carrasco sobre su viaje europeo sobre todo por el encuentro romántico con países, paisajes, costumbres extrañas, pero también porque allí conoció las ventajas del invento del ferrocarril.

En dos artículos, *Viaje a Francia y Rouen*, describe muy someramente la etapa Marsella-París y una excursión a la ciudad natal de Corneille, respectivamente. Aunque para completar su itinerario hay que tener en cuenta el *Diario de viaje*⁴⁸, colección de apuntes poco elaborados, pero sin duda destinados a convertirse más tarde en un serial de artículos.

El tren, inexistente en España por aquel entonces, será para Enrique Gil un juguete atractivo al que incluso le descubre virtualidades poéticas y de ensoñación para la contemplación del paisaje.

El primer tramo de camino por tierras francesas lo recorre embaulado en una diligencia: “Día y noche son iguales para esta gente infatigable; no parece sino que a sus ojos todos venimos de casta de postillones y que debemos dormir al ruido diabólico de sus carruajes del mismo modo que los marinos al compás del balance de su barco (...) Yo, pecador, que no tengo por costumbre semejante locomoción, ni por otra parte traía en el pensamiento ningún proyecto comercial que me hiciese dar gran precio a las horas, sé decir de mí que ni el cuerpo ni el alma se daban por contentos de semejante ejercicio”.

Una vez en París, viaja a Rouen con “el deseo de recorrer la línea más larga de camino de hierro” que existía en Francia. Describe la

⁴⁸ BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, VOL. VIII.

sucesión de imágenes paisajísticas que le ofrece la ruta: las orillas del Sena, las quintas y palacios de recreo, los puentes “desde los cuales se domina muy bien aquella hermosa tabla de agua”, los islotes, los cinco túneles “en los cuales se pasa repentinamente de la claridad del sol a las tinieblas de la noche y viceversa”, los ganados de Normandía. En una palabra:

Los caminos de hierro apenas dejan disfrutar las diversas perspectivas que presentan; pero la misma vaguedad de las impresiones y, sobre todo, el movimiento de que parecen animar a la Naturaleza adormecida, excitan poderosamente la imaginación, como si el hombre gozara en su orgullo de variar las leyes.

Recorre en carruaje parte de las llanuras belgas y entabla conversación con la gente, que le parece lisa y amable y menos arrogante que la francesa; se sienta en el pescante con el conductor de la diligencia en el último tramo del viaje de Utrecht a Aruheim para “disfrutar a gusto del paisaje”; navega por todo el valle del Rin y siempre que puede, en trayectos cortos, se traslada en tren; se deja acompañar durante tres días por unos ingleses que conoció camino de Bonn y con ellos visita varios castillos de la ribera renana.

El Bierzo, la medida de los paisajes

Cuando, Europa adelante, Enrique Gil y Carrasco se tropieza con un extraño paisaje de gran belleza parece como si se le agudizaran los recuerdos y la capacidad de relación comparativa. Su Bierzo natal se halla presente como huella añorante en la mayoría de los lugares que conoce.

Al atravesar el valle del Ródano las hoces y cañadas le recuerdan los desfiladeros por donde corren “las aguas cristalinas del Sil”, le traen un eco de su patria ausente y querida. Las proximidades del lago Laach le evocan “varios parajes del Bierzo”, especialmente los de Peñalba y Montes y la visión del lago le transportaba a Carucedo. Cerca de Gottinga encuentra valles que “se parecen a los del Bierzo, no en las orillas del Sil o del Cúa, sino en la parte más seca hacia Fresnedo”.

A veces las comparaciones las abre a otras zonas leonesas o del resto de la península. Los campos de Lille “son más llanos aún que los de Castilla, pero los árboles dan a su superficie una especie de ondulación que templá su monotonía”. Desde la torre del ayuntamiento de Bruselas se ven llanuras de árboles y praderas, pero “semejante panorama nada

tiene de común con el que ofrecen las torres de la catedral de León, y mucho menos con el que se desarrolla a los ojos asombrados del viajero desde el Miquelete de Valencia”.

Incluso observaciones anotadas con cierto bucolismo en su viaje berciano se repiten en términos de progreso en el viaje europeo: el eco del ladrido de un perro en su ascensión a la Aquiana y el eco de los escopetazos de un barco de vapor que navega por el Rin.

Hay muchos datos de viajero curioso en la obra de Enrique Gil, intereses y novedades muy del siglo XIX: los balnearios de Aquisgrán y de Wiesbaden; el teatro de la ópera y el casino de Wiesbaden, donde “había una vieja, persona principal sin duda por su traza, que no jugaba sino oro y a quien la fortuna parecía dar en buena suerte lo que los años le habían quitado de gracia”; los conciertos de música en las iglesias, donde no era posible oír armonía sin pagar algunos duros por hora; las músicas callejeras de Francfort.

Por encima de estas originalidades de época que hicieron después las delicias de Proust, sobresale siempre el Gil y Carrasco sensitivo y sentidor, el viajero poeta que navega por el Rin y nos entrega como observador maestro al avistar Colonia una estampa en la que el paisaje urbano consigue moverse:

A medida que el vapor pasa esta iglesia se va escorzando de una manera peregrina, y sus torres, que dos o tres veces se juntan y otras tantas se separan, mezclando y dividiendo sus molduras.

Se mire por donde se mire, Enrique Gil y Carrasco viajero. Porque incluso en su breve relato legendario *El Lago de Carucedo*, el protagonista viaja sorprendentemente a América con Cristóbal Colón. No se olvide tampoco que *El Señor de Bembibre* comienza con un viaje —el regreso de Nuño, Mendo y Millán de la feria de San Marcos de Cacabelos— y termina con un viaje de romería a la Virgen de la Aquiana. Y aunque Gil y Carrasco no ha regresado jamás de su viaje europeo, sí viajó a tiempo a Berlín su novela, recién salida de la imprenta, para compensarle de la lejanía de su tierra natal.

Tierras de León, núm. 50, 1983.

La mirada de Enrique Gil



PAZ DÍEZ-TABOADA

1. Visión de conjunto

Al leer el *Bosquejo* uno tiene la impresión de estar ante una obra largamente pensada y madurada. En cierta manera, queda desmentida la idea de “provisionalidad” que el título sugiere. Ciertamente es que en ningún momento parece que Gil tuviera pretensiones de total exactitud, precisión o exhaustividad, ni geográfica, ni histórica, ni mucho menos artística, pero, desde luego, el *Bosquejo* es bastante más que el resultado de haber dado rienda suelta a la evocación, al pensamiento, al sentimiento y, desembotando la pluma, haber volado sobre el Bierzo en alas de la imaginación o del recuerdo. La obra responde a un plan previamente concebido con evidente rigurosidad.

Los ocho artículos –o capítulos, si se prefiere–, pueden dividirse en dos partes: 1º, El Bierzo (del I al V, inclusive); 2º, el resto de la provincia de León (VI al VIII). El artículo V remata con estas palabras: “Hemos concluido un desaliñado bosquejo de un país de casi todos desconocido a pesar de sus bellezas. [...] / En otro artículo hablaremos de los monumentos notables del resto de la provincia”. El mismo Gil, por tanto, traza una clara “línea divisoria” que delimita los dos ámbitos geográficos: El Bierzo, su comarca natal, su patria chica; después, todo lo demás.

En la primera parte, Gil recorre todo El Bierzo siguiendo el curso de la historia. En el artículo I, después de unas largas reflexiones, interesantísimas, sobre la deformada visión que de España tienen los viajeros foráneos, sobre la endémica incuria nacional y sobre el afán autodestructivo que, en lo artístico y monumental –como en cualquier otro aspecto–, nos caracteriza a los españoles, comienza Gil su recorrido histórico por el pueblo romano y, geográficamente, en el castro de la Ventosa, la antigua *Bélgidum* o *Bergidum*, topónimo de probable raíz céltica o germánica romanizada, del que procede el actual Bierzo. Ubicación, descripción, panorámica y largos comentarios y disquisiciones sobre la importancia histórica y arqueológica de *Bergidum*, incluyendo además la narración de una acción de guerra, entre los ejércitos inglés y francés, que tuvo lugar en el castro de la Ventosa durante la Guerra de la Independencia (el 3 de enero de 1809), constituyen el contenido de dicho artículo, el más extenso de toda la serie.

El II trata de Las Médulas, principalmente desde el punto de vista histórico y arqueológico, y Gil narra también la visita que realizó, acompañado de unos amigos y de un curioso berciano apodado *Ferrascús*, en el “otoño de 1840”. Las fundaciones monásticas de la “Tebaida leonesa”, en el Valle del Silencio: San Pedro de Montes, Santiago de Peñalba y la cueva de San Genadio, más el relato de una excursión a la ermita de Nuestra Señora de la Aquiana, son la materia del III. En el IV pasa revista a los principales monasterios e iglesias, en general, de estilo románico –o lombardo, como se decía en el Romanticismo–. Aunque describe las iglesias de Corullón, San Esteban y San Miguel, la iglesia de Santiago de Villafranca y el monasterio de San Miguel de las Dueñas, se detiene más ampliamente en Carracedo, tanto en su descripción y ambientación histórica, como en sus críticas acerbas contra las “fechorías” arquitectónicas que, parece ser, cometieron los monjes bernardos en la fábrica de tan hermoso monasterio. Y en el V, y último dedicado a la tierra berciana, centra su atención en las construcciones militares: los castillos; brevemente descritos los de Bembibre y Corullón y con prolijidad, bellas “vistas panorámicas” y rememoraciones y evocaciones históricas y personales, los de Cornatel y Ponferrada.

En la segunda parte del *Bosquejo*, en el artículo VI, Gil y Carrasco sale del Bierzo por la “vía de Foncebadón”, camino de Astorga. La situación de esta ciudad, su historia, su catedral, la descripción y valoración del famoso retablo de Gaspar Becerra, el Seminario

Conciliar –con la evocación de su estancia en él siendo estudiante– y la rememoración de la gloriosa defensa de Astorga en la Guerra de la Independencia, son el núcleo central de lo tratado en este artículo VI; pero aún se extiende, al salir de Astorga por el camino *francés*, coincidente con la antigua calzada romana, desandando, por tanto, el Camino de Santiago, en la descripción de las comarcas por las que transita: Ribera de Órbigo, El Páramo, y va señalando los monumentos más destacados: el puente del Paso Honroso, en Hospital de Órbigo, el monasterio de Carrizo y el santuario de Nuestra Señora del Camino. Al término, León.

La panorámica general de la ciudad de León y la información, descripción y valoración artística de la basílica de San Isidoro y de la Catedral, constituyen el contenido del artículo VII, el segundo más extenso del conjunto. Y, por último, en el VIII, trata del convento de San Marcos y critica duramente la incuria y desidia generalizadas que han empobrecido el patrimonio artístico leonés. Saliendo de León, por el puente del Castro, hacia Castilla, pasa por la antigua Lancia y da fin a su recorrido en Sahagún, haciendo una vez más consideraciones sobre el espíritu vandálico y autodestructivo de los españoles.

2. Género literario e intención reivindicativa

Durante el siglo XVIII y entroncando con ciertos precedentes del siglo anterior (por ejemplo, *Viaje por España*, de la Comtesse d'Aulnoy), va incrementándose, en los principales países europeos, el género literario y periodístico de las “cartas, memorias, diarios y libros de viajes”. Esta literatura “viajera” es fundamentalmente descriptiva, con ribetes de cierto ensayismo y escapadas sentimentales y subjetivas. Lo que empieza, aproximadamente, a mediados del siglo XVIII, con los “informes” y “epístolas informativas”, al servicio de los afanes reformistas de los Ilustrados, alcanza un importante desarrollo periodístico y destacada categoría literaria durante el Romanticismo, desde sus albores y aún después: el gusto por lo exótico, extraño y pintoresco, por lo específico y diferencial, tanto en el tiempo como en el espacio o en ambos sentidos, es una característica vertebral del movimiento romántico.

Ejemplo señaladísimo en el siglo XVIII, ya en época prerromántica, son las *Cartas a Ponz* que Jovellanos escribe, en principio, a petición del mismo Ponz, para que éste tuviera información sobre León y Asturias,

de la que pudiera valerse en la composición de su obra *Viaje de España*. Ponz sólo utilizó algunas de las cartas del ilustre polígrafo asturiano, precisamente las que tratan de León, y murió dejando su obra incompleta, pero Jovellanos escribió hasta nueve de dichas cartas, y algunas tan interesantes como la que trata de las romerías asturianas o la de los vaqueiros de alzada. Y ya en el Romanticismo, las que Larra escribió durante su viaje por Extremadura o las famosísimas *Desde mi celda*, de Gustavo Adolfo Bécquer.

Aún siendo continuaciones de las “cartas de viajes” de los ilustrados, las de los románticos presentan destacadas diferencias. En relación con esto es interesante la distinción que establece el profesor Caso:

La literatura descriptiva prerromántica se diferencia de la romántica precisamente en que a ésta le interesa lo diferencial, lo típico, mientras a aquella todo lo que constituye el ser físico y psíquico de un pueblo; mientras la segunda se detiene en la mera observación o se transforma en sátira, la primera busca la exactitud descriptiva para sacar las consecuencias de orden social, político o económico desde una perspectiva reformadora⁴⁹.

A la luz de esta precisión, el *Bosquejo* se percibe como un texto ecléctico que trata de abarcar una y otra actitud, la prerromántica, de los ilustrados de final de siglo, y la romántica plena. A Gil y Carrasco le interesa lo que determina física y culturalmente —más que psíquicamente— la tierra leonesa, en particular la comarca berciana, y trata de describirla con bastante exactitud y una aceptable, aunque a veces muy incompleta, documentación histórica, señalando posibles aplicaciones utilitarias en el orden económico, incluso en el industrial y, aún más, en el socio-cultural y artístico. No se limita a describir sin más, por muy bellamente que lo haga; saca también consecuencias teóricas, históricas y culturales y, así mismo, prácticas y utilitarias. Se podría afirmar que tiene el prurito de hacer hincapié en los aspectos “aprovechables” de su comarca y provincia, para futuras realizaciones de variada índole.

Repetidas veces señala que podrían ser explotadas de nuevo las viejas minas bercianas; incluso propone si no serían aún rentables minerológicamente ¡nada menos que Las Médulas! (arts. I y II); llama la atención sobre los cultivos: viñas, castaños, higueras, linares, etc. y no

⁴⁹ Caso González, J., Introducción a *Gaspar Melchor de Jovellanos, Obras en prosa*. Valencia, Castalia, 1970, p. 32.

sólo con pretensión estética, como vivencia emocionada del paisaje, aunque también en este aspecto exhorta a los paisistas a que acudan a la contemplación de tanta hermosura para perpetuarla por medio de la expresión pictórica. Incluso la evocación de la grandeza histórica del Viejo Reino y la bastante pormenorizada descripción de sus tesoros arqueológicos y artísticos, no son solamente un mero “escape hacia el pasado”, por otra parte tan del gusto romántico, ni un inútil recuento movido del simple afán de inventariar y describir.

Por el contrario, con un sentido social mayor de lo que habitualmente se supone en los escritorios románticos y un cierto pragmatismo, en cuanto a posibilidades de realización concreta, ya no tan frecuente en el Romanticismo, Gil y Carrasco recaba para su patria chica la atención de los redactores e ilustradores de la *España artística y monumental* (arts. 1 y II), “de la Academia de la Historia y de su digno presidente” (art. I), de “esta infinidad de periódicos artísticos y literarios” (art. I) y, por supuesto, de sus lectores de Madrid.

Sobre todo esto que venimos comentando, dice el profesor Picoche⁵⁰:

Contra las apariencias, Enrique Gil no es exclusivamente soñador. Es un espíritu activo e ilimitadamente curioso. Deseoso de visitar las minas de las Médulas, se transforma en espeleólogo bastante atrevido para aventurarse en subterráneos medio derrumbados, en que sólo puede avanzar arrastrándose (art. II). [...] La observación ha venido a ser en él una verdadera manía, y los viajes, una pasión, una fiebre. Pero no se trata sólo de viajar y observar. Hay que actuar. Abomina el desaliño, la incuria. Escribe el *Bosquejo de un viaje* en parte para protestar contra la degradación de los monumentos nacionales, en parte para fijar la atención de los industriales en las riquezas mineras del Bierzo. (...) Pero, al lado de un firme idealismo, **se notan preocupaciones utilitarias que proceden en línea recta de la Ilustración de fines del siglo XVIII**. Nótese, por ejemplo, la insistencia con que desea un gran porvenir industrial en el Bierzo, felicitándose de la creación de una sociedad minera en el país (art. II)⁵¹.

El *Bosquejo* es, pues, una inteligente síntesis de, por una parte,

⁵⁰ El mejor estudio de la vida y la obra de Gil que se ha publicado hasta la fecha, es, indudablemente, la monografía del hispanista francés Jean-Louis Picoche, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Madrid, Gredos, 1978.

⁵¹ Picoche, *ob. cit.*, cap. VIII. El subrayado es nuestro.

abundantes descripciones, más emotivas y sentimentales las de paisajes y enclaves naturales y con mayor detenimiento y objetividad las de monumentos y obras artísticas, y, por otra, de breves resúmenes históricos y pasajes críticos, nunca excesivamente acres, apenas rozando la sátira, sin afilar demasiado la pluma, más bien, por el contrario, resolviéndose en una noble indignación, como quien discierne, critica y denuncia aspectos, hechos, realidades que le producen una intensa pena, pero sin pretender en ningún momento herir, denostar ni burlarse. No se propone ser un reformador, sino poner su pluma al servicio de un mejor conocimiento de su provincia y comarca y, si no solucionar —porque no puede y lo sabe—, sí delatar y denunciar en cuánto olvido se hunde el ser de España —y el de León, más concretamente—, y cómo la negligencia, la incuria y la ignorancia la destruyen poco a poco.

3. Citas e influencias literarias

Independientemente de los nombres que aduce como fuentes históricas y artísticas: Plinio, Mariana, Flórez, Risco..., Gil cita y alude en el *Bosquejo* a algunos autores y obras literarias de distintas épocas, procedencias y géneros.

De la literatura popular y tradicional española, cita el viejo aforismo: “A España dieron blasón / las Asturias y León”, que dice ha dado título a “una comedia de nuestro teatro antiguo”. Y en el mismo artículo VII reproduce los cuatro primeros versos de un viejo romance cidiano: “Salió a misa de parida / en San Isidoro de León / la noble Jimena Gómez, / mujer del Cid Campeador”.

En cuanto a nuestra literatura clásica, reproduce los tres versos finales de la segunda estancia de la *Canción I. Por la pérdida del rey don Sebastián* de Fernando de Herrera: “Y el Santo de Israel abrió su mano, / y los dejó y cayó en despeñadero / el carro, y el caballo y caballero” (vv. 24-26); ciertamente, es un buen resumen lírico de la estrepitosa caída de los caballeros templarios. Citas de Herrera aparecen en otras dos obras suyas y a él alude varias veces. También fray Luis de León es poeta citado y recordado por Gil, pero en el *Bosquejo* solo encontramos una reminiscencia suya en el artículo VIII, donde dice que, al salir de la ciudad de León, se vuelve a saludar “aquellos sotos y prados tan amenos” que recuerdan a los “prados en verdad frescos y amenos”, de la última lira de *Noche serena* Aunque Cervantes y Calderón son los dos

clásicos más veces nombrados por Gil en sus obras, sin embargo, nada de ellos hay en el *Bosquejo*.

Picoche quizá exagera un poco cuando dice, respecto de la formación literaria de Gil:

Sus estudios literarios fueron sin duda muy pobres. Conoce la literatura latina, pero no la utiliza, siendo la Biblia su única fuente antigua. Ignora la mayor parte de los grandes clásicos españoles, a excepción de Cervantes, y desconoce totalmente las novelas antiguas (picarescas, pastoriles o sentimentales), y, algo menos, el teatro del Siglo de Oro... Conoce mejor la poesía clásica española y es posible que su admiración por fray Luis de León se deba a su educación en el colegio. En cambio, cuando reside en Madrid, aprende el francés y lee con avidez a Chateaubriand, Lamartine, Dumas, Hugo, antes que a los autores españoles⁵².

En el artículo III se encuentra un emocionado recuerdo de Espronceda y la cita de los versos 865 al 868 de *El estudiante de Salamanca*. Y, aparte de nombrar a Feijoo y a Jovellanos, a quien, por cierto, no parece reconocer como autor de la información que sobre San Marcos de León incluye Ponz en su *Viage de España*, diciendo solamente que se debe a “un erudito caballero” (VIII), nada más hay de influencia directa de nuestra literatura en todo el *Bosquejo*.

En cuanto a la literatura extranjera, al describir los matorrales y las revueltas del valle del Silencio, cita uno de los primeros versos de la *Divina Comedia*: “*Aquella selva selvaggia ed aspra e forte* que Dante encontró en la mitad del camino de su vida” (III); y en el artículo II, recuerda el “clima” del poema *Tinieblas* de lord Byron en el pesado aire de los pasadizos de Las Médulas. Señala Picoche que el pasaje sobre los ermitaños de la “Tebaida leonesa”, que se encuentra en el artículo III, puede estar inspirado en la stanza XXI del canto I del *Childe Harold*; y del mismo autor y obra, pero en las stanze XII-XIV del canto II, sobre los vándalos británicos saqueadores de Grecia, puede basarse el párrafo de Gil en el artículo VIII del *Bosquejo*: “...porque seguramente tenía menos de extraño que los turcos mutilasen las estatuas de la Grecia para cargar con sus restos los cañones de los Dardanelos...”⁵³.

En la inmensa mayoría de su obra y también en el *Bosquejo*, Gil y Carrasco manifiesta conocer muy bien la literatura romántica francesa y

⁵² *Ibid.*, cap. XVIII, p. 261.

⁵³ *Ibid.*, cap. XVIII, p. 237-238. Véanse también en el mismo cap. las pp. 229-231, 232, 233, 260 y en el cap. V, las pp. 46-47.

haber recibido influencia de los mejores creadores románticos del país vecino: Chateaubriand, Lamartine, Hugo. Como poeta es un lamartineano y como prosista –y quizá, aún más, como total escritor romántico, convicto y confeso, ya que no converso– es un verdadero adicto de Chateaubriand y afiliado al romanticismo cristiano, liberal y moderado que creó el ilustre Vizconde de la Bretaña. En su excelente monografía sobre Gil, el ilustre erudito galo, al que fielmente seguimos, hace hincapié en esta influencia y filiación hasta extremos exagerados: ocho veces, a lo largo y ancho de su obra, nos recuerda Picoche que todo Gil es algo así como un Chateaubriand en versión española. Respecto del *Bosquejo*, como “Chateaubriand emprendió su viaje a Jerusalén con el fin de coleccionar los paisajes para *Les Martyrs*, lo que le permitió escribir el *Itinéraire [de Paris à Jerusalem]*, de modo más modesto, Gil visita el Bierzo que será el fondo de su *Señor de Bembibre*, lo que le permite escribir su *Bosquejo de un viaje*”⁵⁴; y señala también el gusto por la epigrafía, las descripciones panorámicas, el interés por las devociones populares y por las órdenes religiosas y otras coincidencias entre ambos escritores, como imitaciones y débitos tomados por el leonés, directa y conscientemente, de la obra del gran bretón. Incluso llega a decir: “Hasta se puede creer que lo esencial de la fe cristiana de Gil tiene su origen en *Le Génie [du Christianisme, de Chateaubriand]*”. Sinceramente, tal aseveración nos parece a todas luces excesiva.

Por otra parte, en todo el *Bosquejo* Gil no nombra ni una sola vez a Chateaubriand, aunque en el artículo III se encuentra un extenso párrafo que viene a ser versión libre, pero inequívoca, de un fragmento de *Le Génie du Christianisme*, parte IV, libro VI, capítulo VII. Es el que comienza: “Nadie duda en el día que sin la providencial organización del catolicismo...” y concluye: “...se cruzaron ríos y se animaron los desiertos”⁵⁵.

En resumen, podríamos decir que el *Bosquejo* fue escrito bajo la influencia de Chateaubriand, por un escritor que gustaba de la literatura del gran romántico francés, coincidía con él en una positiva valoración del papel civilizador del cristianismo y que, por temperamento y talante personal, asumía el carácter liberal y moderado del vizconde bretón. A pesar de todo, pensamos que en la crítica literaria actual demasiado rápidamente se da por supuesto que todo autor escribe su obra a partir de la necesidad de expresión de unas vivencias que él fragua,

⁵⁴ V. nota anterior.

⁵⁵ *Ibid.*, cap. XVIII, p. 229.

organizándolas según un modelo previo, como si éste fuese el punto de partida que ha llevado al autor a la escritura, a la formalización concreta. Pero esto nos parece verdad sólo en parte o sólo en algunos casos, aun cuando éstos puedan ser mayoría. Por el contrario, cabe la posibilidad de que la afiliación de un autor respecto de otro y la imitación de un modelo determinado en la creación de una obra, no sean el punto de partida, sino, a la inversa, el de encuentro o llegada. El autor ha podido, al fin, encontrar ya realizado e incluso avalado por prestigio literario o por alta categoría estética lo que él ha intuido o considerado posible, lo que le apasiona o, en definitiva, le interesa. Por ejemplo, y en el caso que nos ocupa, el problema de las fuentes podría plantearse así: ¿Gil escribe el *Bosquejo* para hacer una obra semejante al *Itinéraire* de Chateaubriand, servilmente fiado en su prestigio, o, por el contrario, encuentra en el *Itinéraire* el modelo moderno, romántico, que le apoya en su decisión de lo que quiere y le conviene crear?

4. Documentación, gusto artístico y defensa de las órdenes

Sabemos de Gil, desde noviembre de 1840, en su puesto de bibliotecario de la Nacional, gracias a Espronceda. Ha reducido sus publicaciones. Lee, estudia y se documenta, aprovechando la circunstancia de tener a su disposición la mejor biblioteca de España. El *Bosquejo*, en parte, es la primera muestra de su aplicación en el estudio de la historia; la segunda es *El Señor de Bembibre*.

Por el *Bosquejo* desfilan, una detrás de otra, citas, alusiones e informaciones de varios historiadores. Al tratar de la época romana en El Bierzo y Astorga, cita a Plinio y Anneo Floro. Para documentarse sobre el turbulento siglo XIV, parece que ha leído a Juan de Ferreras y además una abundante bibliografía sobre los templarios: quizá las obras de Pérez de Montalbán, Jerónimo Zurita, Rodríguez Campomanes y algunas más de autores franceses. Desde luego demuestra conocer bien la *Historia de España* del P. Mariana, la *Historia de León* del P. Risco y, en cuanto a la historia de la Iglesia y de las órdenes religiosas en España, ha leído a Sandoval y sigue fielmente el t. XVI *De la Santa Iglesia de Astorga*, de la monumental *España Sagrada* del P. Flórez de Setién⁵⁶.

Por otra parte, manifiesta gusto y curiosidad por la epigrafía y la arqueología, sin desdeñar por ello la historia moderna: en el artículo I y en el VI hay sendos episodios históricos de la Guerra de la

⁵⁶ Sobre la documentación histórica de Gil, véase Picoche, cap. XIV, pp. 149 y ss.

Independencia, que Picoche identifica como tomados del Conde de Toreno. Indudablemente, su documentación y, en general, su formación histórica es sensiblemente mejor que la artística.

A pesar de la demostrada sensibilidad visual y del marcado estilo plástico, parece ser que Gil poseía una deficiente formación y bastante limitada capacidad de valoración en materia artística⁵⁷. Su gusto nos parecería hoy día atrabiliario y subjetivo en extremo. Desde luego, era romántico hasta la médula y, como es lógico, participaba de las pautas de valoración estética propias de su tiempo; pero, aparte de esto, hace el efecto de que su mirada se hallara excesivamente empañada por una cierta niebla sentimental.

Por ejemplo, le disgusta la “ruda y tosca”, pero sólida fábrica, de la iglesia de San Pedro de Montes y su carencia de adornos (III); en definitiva, su solidez y sobriedad. ¡Bendita solidez que, 150 años después del error político, económico, social y artístico –en toda la línea– del Sr. Álvarez Mendizábal y de atropellos y expolios posteriores, aún nos permite verla en pie! Otra desnudez, que no la de adornos en sus puertas y ventanas, es la que hoy día lamentamos. Se extraña a la vista de la iglesia de Santiago de Peñalba –y extraña es– y dice ser mas apropiada para “mezquita mahometana” que para “iglesia de Jesucristo” (III); y ante la pequeña maravilla de su portada sólo percibe el carácter árabe, de las tres columnas de mármol y “la mano del artífice infiel”. Asimismo, le parece mentira que la mayor parte de la catedral de Astorga sea del mismo estilo gótico que la de León y Sevilla, porque dicha arquitectura se presenta a sus ojos en estado de “rudeza y atraso”, y también las torres las encuentra “pesadas y poco airoas” (VI), aunque son ya del siglo XVI.

No reconoce valor artístico posible en nada que sea barroco o neoclásico; así, de un plumazo, invalida todos los retablos –menos uno y no el mejor– de San Pedro de Montes, “de un gusto detestable y churrigueresco”, sin fijarse siquiera en el encanto del retablo barroco-colonial de Ntra. Sra. de la Aquiana. Igualmente, le parece de “escaso mérito” la estatua ecuestre de San Isidoro, sobre la puerta principal de la basílica-colegiata, y, aunque no suele despreciar el románico,

⁵⁷ “Parece insuficiente su educación artística cuando dice que ‘los arcos y columnas... participan tanto de lo gótico como de lo árabe’ (IV). Nada semejante he podido constatar, ni siquiera en el antiguo artesanado, cuyos vestigios se conservan hoy en el Museo Arqueológico de León”. *Ibid.*, cap. XIII, p. 130.

encuentra que el dibujo de las figuras del tímpano de esta misma puerta es de “suma incorrección y tosquedad” (VII). E, incluso, en la *Pulchra Leonina*, que es para él –y quizá no exagera– el más bello templo imaginable, considera que la fachada norte y el claustro son “de un gusto depravado” y “que el arquitecto *de buen gusto* que ideó la moderna cúpula sólo alcanzó a hacer la cubierta de una empanada” (VII).

En el monasterio de Carracedo le disgusta la iglesia neoclásica, lo que no es de extrañar si se compara con la gracia y belleza del resto del monasterio, ¡de lo que queda, claro!; y Gil se indigna al enterarse de que los propios monjes habían demolido la original (IV). Y, por último, una “laguna” importante: ni comentario, ni alusión hace Gil en el *Bosquejo* sobre las pinturas de bóvedas y muros del Panteón Real de San Isidoro. La estatua ecuestre del Santo sí estaba encalada en aquella época –el propio Gil lo dice–, pero, que sepamos, no era este el caso de las antedichas bellísimas pinturas.

Sus preferencias artísticas, aún sin desdeñar el romántico, se centran, pues, en el gótico más puro y en el estilo renacimiento. La catedral de León, el retablo de Gaspar Becerra, en la de Astorga, y la fachada e iglesia –en su parte más antigua– del convento de San Marcos, son los tres monumentos que Gil aprecia sobre todos los otros de su provincia, los que describe con más detalle, con más amor y a los que no escatima, sino que prodiga, los más encendidos elogios.

Pero vayamos a otra cuestión. Picoche afirma categóricamente que Gil y Carrasco “se muestra partidario resuelto de las órdenes religiosas y de su restablecimiento”; incluso, el interés de Gil por los templarios lo interpreta el ilustre erudito como una manifestación de la adhesión del escritor berciano a la corriente de simpatía por el renacimiento del espíritu caballeresco, tendencia que se constata, en las varias obras que sobre el Temple y otras órdenes militares se escribieron en el Romanticismo. Asimismo, cree Picoche que *El Señor de Bembibre* es “uno de los primeros ensayos españoles para rehabilitar la causa de los religiosos” que, como se sabe, habían sido exclaustrados por un Real Decreto de 1835, inspirado por el político Álvarez Mendizábal. Pruebas hay en el *Bosquejo* de esta simpatía de Gil por los religiosos y su papel civilizador y mantenedor de la riqueza cultural y del patrimonio artístico; todo el artículo III es una prueba irrefutable de lo que dejamos dicho y de su positiva valoración histórica del catolicismo, (o del cristianismo, que, para Gil, tanto monta). Lo mismo puede decirse de su actitud respecto de la causa templaria y, aun cuando reconoce que “ya

nada representaban y la supresión de su orden en la Europa fue una medida sumamente política y cuerda”, dado el grado de desmoralización, soberbia y opulencia a la que había llegado, no deja de lamentar su caída y disolución (V).

En sus poemas *El Sil* y *Un recuerdo de los Templarios*, la contemplación del estrepitoso derrumbamiento de la Orden del Temple la expresa Gil, principalmente, con los motivos líricos del “*sic transit gloria mundi*”, del “*ubi sunt?*” y otros, próximos al tópico del “*fugit irreparabile tempus*”, de tan larga tradición en las odas, meditaciones y elegías; porque las Templarios, indudablemente, por más que se hubieran puesto “de moda” en el Romanticismo –y aún hoy lo están, en algunos sectores de la sociedad postindustrial–, pertenecían irremediablemente al pasado. Sin embargo, la exclaustación era una cuestión de la más encendida actualidad cuando Gil escribe sus obras; y en consecuencia y por desgracia, también era un tema candente el abandono de monasterios y conventos, el expolio de sus iglesias, la dejación de las misiones, no sólo religiosas, sino también culturales que el clero regular desempeñaba, el malbaratar sus posesiones y la dilapidación de su patrimonio artístico que, en definitiva, también lo era de España.

Partiendo de esto, cobran especial significación combativa las repetidas lamentaciones de Gil ante la situación precaria en que se encontraban gran parte de los monumentos y obras artísticas del Bierzo, de León y hubiera podido decir que de toda España. Particularmente patéticas resultan sus palabras en el artículo I, cuando dice: “de real orden se ha demolido y demuele y, cuando no, se deja caer lo que en pie queda después de tantas guerras y trastornos”. O en el artículo VIII: “En la catedral, el vandalismo científico y presuntuoso ha desfigurado su claustro y su crucero; en San Marcos, el descuido permite feas mutilaciones y en Santo Domingo el vandalismo demoledor, armado de su piqueta, viola la religión de los sepulcros, reduce a polvo los destellos diversos del arte. En vano la naturaleza ha derramado sus gracias por los campos donde la mano de los hombres ha dejado escritos sus pensamientos con tan nobles caracteres, si los encargados del orden social no atajan este torrente devastador”.

Sin embargo y a pesar de todo lo dicho, el artículo IV y otros pasajes del *Bosquejo* no deja dudar de que a Gil le molesta “todo vandalismo”: el de “real orden”, el originado por la ignorancia y la incuria y... aún más: “Triste es el vandalismo de las guerras y revoluciones, pero el que se

oculta detrás de las corbatas y hopalandas, es cien veces más odioso y repugnante”, frase que, por el contexto, tiene un peligroso tufillo anticlerical que hace a los editores salir al ruedo con el capote de una nota en la que se ataca lo que a lo largo de todo el *Bosquejo* ataca Gil: “la devastación violenta y calculada”, y defender lo que, curiosamente, Gil defiende: las órdenes religiosas, conservadoras y protectoras durante siglos, de la cultura y el arte.

5. “Joven y bella estás, naturaleza...”

El sensible gustador de la tierra berciana contempla con detenimiento *Bergidum* y los rastros de la grandeza romana, el trágico paisaje de Las Médulas, la angosta intimidad del Valdueza, la sobrecogedora magnificencia de la Aquiana y la hermosura que desde ella se divisa, la impresionante solemnidad del valle del Silencio, “las agrestes y sombrías escabrosidades de Cornatel”, la arcádica belleza de Comilón, la plácida delicia de la Ribera de Órbigo, la sosegada amplitud en que se ubica León y el altozano de la antigua Lancia. Estos son los principales paisajes que describe Gil en el *Bosquejo*.

A los que conocemos y amamos la bella tierra leonesa no nos extraña que nuestro autor no se canse de pintar, una y otra vez, con los más delicados matices estas estampas de agreste y plácida hermosura; lo que quizá resulte menos comprensible es que no enojen, no aburran, no empalaguen sus cuadros. Son sutiles pinceladas, en tonos amortiguados por una cierta neblina, que minuciosamente se imprimen sobre delicada seda.

Son estampas de un pintor enamorado, producto de la evocación y del ensueño. Los paisajes de Gil y Carrasco están vistos siempre desde lo alto, desde arriba, y desde una cierta lejanía abarcadora, lo que le permite no sólo ver, sino, sobre todo, ver conjuntamente, en relación, todos los elementos del paisaje, sin que ninguno ocupe lugar preponderante, predominante, y sin que, por tanto, ninguno oculte o desplace en interés de visión a los demás. Son “vistas panorámicas” en las que todo importa y, sobre todo, el propio conjunto. Gusta especialmente de los paisajes ondulados y revestidos de abundante vegetación, lo que no es difícil encontrar en León y, desde luego, todo El Bierzo es así.

En cambio, pasa de largo, casi con disgusto, por las llanuras del Páramo; le sobrecogen las imponentes roquedas peladas de la Aquiana y le angustia la estrechez tortuosa del valle del Silencio o del Valdueza: “Si

por casualidad [el viajero] alza la vista, la estrechura del paisaje le acongoja y conoce que, aunque embalsamado, respira al cabo el aire de una prisión” (III). Otra característica de las descripciones de paisajes de Gil es que él no describe sólo “lo que hay” en el paraje elegido, ni siquiera “lo que hay ante su vista”. Como en la panorámica desde la Aquiana, o en Las Medulas o encaramado en lo más alto de Cornatel, describe lo que ve, lo que, aunque no lo vea, sabe que está más allá de su vista, lo que columbra y también lo que cree adivinar e imagina: y recuerda, rememora, evoca, fantasea... A veces los paisajes de Gil se presentan como verdaderos “*locus amoenus*”, auténticos vergeles de delicadísima belleza: al monasterio de Carracedo:

...cércale por todas partes praderas y huertas fertilísimas, frondosos arbolados y campos de pan y de maíz y de lino, surcados por arroyos puros y cristalinos que mantienen en ellos una perpetua verdura. Es allí el cielo tan sereno y claro, tan benigno y templado el aire, tan fecunda la tierra y tan variada la armonía de los infinitos pájaros que cantan en sus sotos... (IV).

En la Ribera de Órbigo, o cuando se extasía al contemplar el emplazamiento de la ciudad de León:

...realmente es deleitable vista la que ofrece aquella interminable, faja de praderías y arboledas, que siguiendo las curvas de la corriente, forma una vistosísima ondulación y alegra el ánimo con los infinitos matices de su verdura y con los no menos variados términos y masas de claroscuro que ofrecen los sotos y vegas que a lo lejos se dilatan. El curso sosegado y majestuoso del río y su caudal ya respetable, acaban de hermohear aquel paisaje, de suyo risueño y pintoresco, a que, como otras tantas venas, comunican fertilidad y vida las innumerables acequias que surten sus aguas (VI);

Hay en las líneas del terreno una suavidad extraordinaria y el verde perpetuo de sus prados, la bella distribución de sus masas de arbolado y la abundancia de arroyos, que como otras tantas cintas de plata parecen servir de franjas a aquella inmensa alfombra, esparcen en la imaginación una especie de contento plácido y sosegado (VII).

Pero es verdad que, como dice Picoche, sus descripciones, por lo general, no responden a tópicos literarios, avalados por la tradición y el uso, ni se adaptan a modelos clásicos de reconocida garantía retórica. Son visiones libres, amplias, que quieren sujetarse a la realidad, a lo que de hecho existe, a lo que Gil ve y aún todos podemos ver, pero, esa es la cuestión, la manera de ver este paisaje no es la de unos ojos, sino más bien la de una sensibilidad, la de una vida, la del hombre Enrique Gil.

Ante la más o menos velada acusación de monotonía, por parte de algunos críticos –entre ellos, Azorín–, de que Gil sólo describe El Bierzo, que el verdadero protagonista de *El Señor de Bembibre* es su tierra natal, que en la contemplación de otras tierras y paisajes todo le sugiere y le hace recordar su patria chica, bien por similitud o por contraste, Picoche afirma categórico: “Encontró en su país la naturaleza a la que supo incorporarse y no buscó otra. Si lleva El Bierzo dentro de sí, es, probablemente, porque el Bierzo es él”⁵⁸.

Por el *Bosquejo* fluyen y serpean todos los ríos del Bierzo y los más importantes de la provincia. El primero de todos, el Sil, el de las arenas de oro, profundo y oscuro, el viejo padre caudaloso, creador de la frondosidad del Bierzo: “el Sil, centelleante, como una serpiente de escamas de oro, a los últimos resplandores del sol...”, la evocación de las mujeres “que en el valle de Valdeorras ganan su vida sacando oro de las arenas del Sil”, la duda de si los romanos “aprovecharían los caudales del Sil que corre a bastante distancia (de Las Médulas), separado por alturas y hondonadas y a una profundidad extraordinaria” y el Sil en Ponferrada, con su castillo asentado “en una colina situada en la confluencia de los ríos Sil y Boeza”. Y después afluentes y confluentes, próximos y lejanos, todos los demás: el Cúa y el Burbia, el Oza y el Silencio, el río Cabrera, el Jerga y el Tuerto, el Órbigo, el Torío y el Bernesga, el Villarente, el Esla, el Cea... Todos los que iba encontrando en su camino hacia Castilla, saliendo al ancho mundo, de Oeste a Este.

También los montes y montañas del Bierzo y aun de todo León, dejan sentir sus imponentes moles y acogedoras sombras a lo largo del *Bosquejo*. Gil las evoca unas veces risueñas y apacibles, como la colina de *Bergidum* y los castros de Columbianos y San Andrés, el Montearenas, el Pajariel o las montañas de Cervera dando fondo a Sahagún. Pero con frecuencia las dominadoras montañas de su tierra le sobrecogen y anonadan, así “los picachos encendidos de Las Médulas”, “los pelados riscos de Cornatel”, “los picos blancos y altísimos de Peñalba”, “las oscuras rocas de Ferradillo”, y sobre todo, la majestuosa desnudez de la Aquiana. También nombra, aunque de pasada, como meros elementos escenográficos que se pierden en la distancia, el Teleno, la sierra de Ancares y “las montañas de Asturias”, desde la ciudad de León, o sea, los Picos de Europa.

Pero la mirada de Enrique Gil se detiene con particular deleite en el verdor de su tierra. Destaca continuamente las distintas formaciones vegetales que encuentra ante su vista; a veces, amenas y útiles: los cultivos;

⁵⁸ Picoche, p. 192.

otras, ásperas y agrestes: incultas y enmarañadas, o lo uno y lo otro, entremezclándose. Campos de trigo, vergeles, yerbas medicinales, lineares y trigo, praderas y huertas, campos de pan de maíz y de lino, lineares y praderas, campos fértiles y laderas plantadas de viñedo, prados y sotos de Vilela, viñedos de Valtuille y Villafranca, sotos y vegas, verdegueantes prados y praderas... O yedras, vides y zarzas, brezos, retamas espinosas, matorrales, arbustos silvestres, zarzas y malezas...

Y destacándose sobre toda la alfombra de verdura, el árbol. Enrique Gil, y nosotros con él, ama sobre todo las masas de arbolado, tan perseguidas siempre en España, tan cruelmente devastadas en nuestras tierras del noroeste. El árbol asegura el frescor y la amena sombra de los campos y praderas, convierte el aullido del viento en canto y murmullo, reduplica el repique de la lluvia, envuelve el anidar de los pájaros, recoge, centuplicándolos, sus trinos y, por entre su follaje resbala la luz, en reflejos sutiles y cambiantes que rompen el misterio del sotobosque, pero, nunca, gracias a él, se ensañan sobre la tierra muelle los devastadores rayos del sol; y se eleva orgulloso en el paisaje, magnificando la tierra, protector y nutriente. Gil va señalando, una y otra vez, a lo largo de su obra, la presencia benéfica de los árboles: castaños, higueras, robles y castaños silvestres, castaños del valle, encinas viejísimas, frutales y árboles silvestres, alamedas... y, en general, arboledas fresquísimas, frondosos arbolados, interminables fajas de arboledas, la bella distribución de las masas de arbolado de la ciudad de León, la hermosa calle de árboles hacia el puente del Castro... ¡Cuál no hubiera sido el dolor de nuestro poeta si, como nosotros en este verano de 1985, hubiera visto los árboles de las hermosas montañas que rodean Villafranca convertidos en teas y su bella ciudad natal cubierta por una humareda sofocante!

Y aquí está, que es conveniente poner fin con una hermosa visión, todo el esplendor de la vegetación berciana concentrado, el “no va más” de la verde belleza en variedad; aquí Enrique Gil ha elevado a categoría mítica una estampa del Bierzo con resonancias clásicas; esto es más que la descripción de un paisaje, esta es la exacta expresión de la hermosura de la Naturaleza: “Colinas de declive manso y suave, huertas de esmerado cultivo, praderías de verdor eterno, sotos de castaños y frutales, las higueras de Canaán, los olivos de Atenas y las vides de Chios”. ¿Dónde, pues, estos recoletos y humanizados “campos elíseos”? ¿Quién ha podido ver este compendio, tan breve, de ensoñada naturaleza? Enrique Gil y Carrasco, extasiado en la contemplación del Bierzo, desde el castillo de Corullón.

La mirada romántica: el viaje interior de Enrique Gil



EPICTETO DÍAZ NAVARRO
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE, MADRID

Cada época tiene una mirada distinta, que va cambiando a veces de manera imperceptible. En estas páginas me interesa detenerme brevemente en la mirada romántica, que aparece en un grupo de escritores de notable influencia en momentos posteriores de la historia y que, todavía en buena medida, es reconocible como el origen de la modernidad. Aquí no me propongo explicar la simbología del paisaje ni el estudio iconográfico de las artes plásticas románticas. En especial, voy a prestar atención a un libro de Enrique Gil y Carrasco, titulado *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, y a otros textos que resultan ejemplares y que se han tenido poco en cuenta en la historia de la literatura, aunque en los últimos tiempos están recuperándose⁵⁹.

Según ha señalado Germán Gullón en cuanto a la capacidad de la literatura en la primera mitad del siglo XIX para reflejar lo visual, esta no conocía el influjo de la fotografía, que vendrá a cambiar las posibilidades de representación y reflejo de la realidad. Un romántico pensaba en términos

⁵⁹ Véase el libro coordinado por Leonardo Romero y Patricia Almarcegui, *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, y la bibliografía que incluye.

verbales o pictóricos; más tarde encontraremos otras codificaciones, a las que se vendrá a sumar de manera influyente el cine. Al contrario que el siglo XX, el XIX no es todavía el siglo de la imagen, de su proliferación, su banalización o su vida efímera, constantemente trenzada sobre la configuración de siempre lo nuevo.

Es obvio también que hay aspectos culturales muy diferentes que afectan a una nueva forma de mirar. En el siglo XVIII, como resultado de la investigación arqueológica, aumenta el conocimiento sobre el arte antiguo; pero también podríamos decir que, gracias al avance en el conocimiento histórico, se adquiere conciencia de lo que no sabemos sobre la antigüedad. Además, si pensamos en la influencia del helenismo, por ejemplo, en las letras inglesas, hay que recordar que la imagen del arte antiguo es sobre todo escultórica, ya que, debido a la escasez de muestras pictóricas, es sobre todo la imagen escultórica, mutilada, cambiada o desfigurada por el tiempo, la que sirve de modelo estético.

La Ilustración había enseñado a mirar para buscar el cambio y el progreso. Con frecuencia la mirada de los hombres del XVIII se detiene en aquellos restos del pasado que cabe eliminar o mejorar; por tanto, se trata de una mirada dirigida al futuro, que imagina lo no existente en lo real y que también, en alguna medida, presupone que es necesario destruir parte de los elementos del pasado para conseguir el progreso. Desde otro punto de vista, numerosos historiadores han señalado que la exactitud descriptiva del XVIII da paso en los románticos a la búsqueda de lo diferencial, de lo singular; si queremos, podemos entender así las críticas que Bayeu dirigía a Goya por no terminar el dibujo de las figuras, por dejarlo incompleto.

Apenas cabe recordar que el auge de la literatura de viajes se da cuando comienzan a mejorar las posibilidades de viajar, frente a las dificultades y amenazas del pasado. Además, dentro de la mentalidad ilustrada, las clases de mayor capacidad económica de diversos países europeos ven en el viaje una función educativa (por ejemplo, el llamado *Grand Tour* de los ingleses). Lily Litvak ha recordado que el siglo XIX será el «siglo de los viajes»⁶⁰.

También hay que apuntar que Leonardo Romero Tobar, preciso siempre en sus juicios, ha mostrado que no solo los tópicos sobre un país se repiten en la literatura de viajes, durante los siglos XVIII y XIX, sino que a veces un autor no describe algo porque ya se encuentra en la literatura anterior y se produce una cita o un plagio⁶¹. Esto ocurre,

⁶⁰ Véase Lily Litvak, *La literatura española de viajes en la segunda mitad del siglo*, en *Historia de la literatura española*, volumen 9, dirigida por Víctor García de la Concha.

⁶¹ En algunas ocasiones incluye correcciones y matices a descripciones u obras históricas, como la conocida de Ponz.

según veremos en Gil y Carrasco, pero en la mayor parte de las ocasiones no cuenta con antecedentes, al menos conocidos por él. A este respecto, Jean-Louis Picoche ha señalado la influencia en general de Chateaubriand en nuestro autor, específicamente la de su *Itinerario de París a Jerusalén* en la intención global del libro de Enrique Gil; sin embargo, creo más acertado el juicio de Díez-Taboada, que no aprecia una influencia determinante en esta obra del leonés.

Últimamente, Esther Ortas ha repasado la notable bibliografía existente sobre la literatura de viajeros europeos en nuestro país y ha puesto de relieve el salto que se produce desde la ignorancia y el rechazo de los viajeros del siglo XVIII —cuando España quedaba al margen de los circuitos habituales en Europa— hasta los comienzos del XIX, cuando por diversos factores el país empieza a interesar hasta convertirse en un lugar peculiar y romántico⁶². Enfrentamientos seculares, leyendas negras, falta de progreso, dejan de ser razones que se esgriman contra la imagen de un país que ha resistido la invasión napoleónica y que ha mejorado un poco gracias a una minoría ilustrada cuyo destino será incierto.

Sobre la vida y el resto de la obra de Gil y Carrasco poco voy a decir, pues Ricardo Gullón y Jean-Louis Picoche le han dedicado dos brillantes volúmenes. Solo quiero recordar ahora dos detalles: el primero es su estrecha relación con Espronceda y sus tempranos juicios valorativos de la obra de Zorrilla, de manera que podemos ver en él una figura notable en el romanticismo español⁶³; el segundo es, como en otros románticos, la brevedad de su vida: muere a los treinta años, poco después de publicarse *El Señor de Bembibre*. Apenas puede tener en sus manos los primeros ejemplares del libro cuando cae definitivamente enfermo en Berlín, donde el gobierno español le había enviado para mejorar las relaciones diplomáticas.

El *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* está constituido por una serie de ocho artículos que fueron publicados por el periódico *El Sol* en 1843 y que, por tanto, tienen el carácter divulgativo de muchos textos de la época⁶⁴. El público al que está destinado no es el minoritario de

⁶² Esther Ortas Durand, 'La España de los viajeros (1755-1846): imágenes reales, literaturizadas', soñadas, en *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*.

⁶³ Sobre la poesía de Gil, véase la edición de Valentín Carrera en BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, VOL. I, *Poesía*, 2014.

⁶⁴ Para los artículos de viajes y costumbres, véase BIBLIOTECA ENRIQUE GIL, VOL. VI, *Viajes y costumbres*, 2014, introducción de Ávida Ares. En algunos textos la fecha de

una elegante colección poética, la minoría selecta, sino el indeterminado y ocupado lector de la prensa.

En el comienzo del *Viaje a una provincia del interior*, Enrique Gil manifiesta su intención de contrarrestar las visiones que algunos viajeros han dado de nuestro país: empujados por la fascinación de Andalucía, de Granada y su Alhambra, los extranjeros no nos retratan como lo que somos y, en lugar de reflejar la realidad, se la inventan. Esos viajeros, dice Gil “se empeñan en no ver en los españoles sino árabes, un sí es no es amansados y dulcificados por el cristianismo, pero árabes, en fin, bravíos todavía y feroces, que no viven en tiendas por la sencilla razón de parecerles más cómodas las casas, ni beben la leche de sus camellas por la no menos sencilla de no haberlas”.

La ironía del escritor muestra su indignación cuando señala que, a la imagen negativa del siglo XVIII, habría sucedido otra distorsión que afecta a esa colectividad, el pueblo, que encarna la nación. Fernán Caballero, según apunta en el prólogo a *La gaviota*, también se mostraba descontenta con la visión de los extranjeros, pero por motivos diferentes: Fernán defiende una tradición española que se opone al mundo del progreso que representan, por entonces, países europeos como Francia o Inglaterra. Para ella la autenticidad de lo español se relaciona con los valores tradicionales y con el régimen absolutista, con las raíces medievales que señalan que el poder solo puede provenir de Dios. Fernán Caballero estaba interesada por una Andalucía que guardaba esencias hispanas al margen de cualquier novedad del presente⁶⁵.

Sin embargo, Enrique Gil no parece ver un peligro en el desarrollo económico, sino más bien la explicación de algunas diferencias, y valora la diversidad de la realidad nacional. El escritor que en algún artículo había dejado constancia de su atracción por el sur⁶⁶, señala la belleza y la diversidad social del País Vasco o de Castilla, las interesantes diferencias de las regiones españolas.

Y si todo viaje tiene una interpretación simbólica, si desde la Antigüedad clásica, desde Homero, ya ocupa un lugar de importancia en la literatura occidental, en este caso habría que señalar que el lugar de

publicación puede no corresponder con la del hecho narrado, según ha puntualizado Ricardo Gullón.

⁶⁵ Véase Fernán Caballero, *La gaviota*, ed. C. Bravo Villasante, pp. 39-42.

⁶⁶ Ricardo Gullón, *Cisne sin lago*, p. 90.

destino es la propia patria, la casa desconocida en la que indaga el viajero. Puede ser, pues, un viaje de retorno, diferente al que nos lleva a tierras lejanas, y es también un itinerario hacia lo desconocido. El interior que figura en el título no es solo geográfico, sino también el interior de lo propio, el interior del yo, constituye una experiencia extraña en tiempos en que el materialismo impera.

En el libro se realiza un recorrido por diferentes regiones leonesas, por algunos de sus monumentos y lugares representativos, que resultarían desconocidos para buena parte de los lectores, no solo para los extranjeros. Ya Jean-Louis Picoche, en la monografía que dedicó al escritor leonés, manifestaba la auténtica pasión que sentía por los viajes y cómo la curiosidad y la «manía de observar» le llevaban a practicar la espeleología, en las poco seguras minas de Las Médulas, o cómo en algunas montañas tenía que practicar la escalada. Ricardo Gullón, en su *Cisne sin lago*, añadía que estaba dispuesto a aceptar todo tipo de incomodidades y problemas en los desplazamientos para poder ver aquello que deseaba: podían ser tanto una boda en la Maragatería como un filandón en las montañas leonesas o una pequeña iglesia. Y en ello veía que tendría una tendencia a describir mejor lo imaginado que lo visto.

Según podemos ver a lo largo de este texto, Enrique Gil mantiene algunos rasgos de la mentalidad ilustrada porque no solo está interesado en presentar lo que ha visto, sino que también propone acciones para mejorar la sociedad que refleja. Recordando la riqueza mineral de la región, el hecho de que durante muchos años los romanos mantuvieran explotaciones mineras de oro y plata, propone que desde el gobierno central se tomen las medidas necesarias para explorar las posibilidades de riqueza de la región. No obstante, no cabe duda de que algunas de sus propuestas ya resultaban utópicas. Con ellas lograría superarse el estado de penuria, de pobreza económica que no puede ocultar el interés en los paisajes y en la belleza de ruinas y monumentos. Sin duda, hay una parte de disfrute ante la belleza de las ruinas, pero también está presente la percepción del declive de una población que durante siglos formaría parte del gran Imperio romano y que ahora se ve reducida a una lucha elemental por la supervivencia. Una de las claras motivaciones del libro sería, por tanto, la queja contra el estado general de abandono de la provincia.

El título incluye la palabra «bosquejo», que señala su carácter inacabado, pero también esto le permite una libertad de escritura, en la

línea de la sensibilidad romántica: así, se permite incluir en la obra elementos que gozan de cierta autonomía, como, por ejemplo, el relato de un combate entre tropas inglesas y francesas durante la guerra de la Independencia, que queda como el recuerdo de los romanos alejado en el tiempo, pero que no ha dejado huellas en el espacio.

En las reflexiones iniciales, el lector tiene la percepción de que Enrique Gil no solo se propone reflejar su viaje por una provincia olvidada y desconocida. Le preocupa, como a sus contemporáneos, el pasado nacional y sus tradiciones, un pasado que se inscribe en las ruinas que deben conocerse e interpretarse, puesto que se han perdido los documentos escritos que narren ese pasado. Sus quejas van dirigidas contra periódicos y revistas de la época, contra los que están únicamente preocupados por la ganancia material, se desentienden del pasado y no prestan atención a la historia, cuyos hechos se pierden en el más completo olvido. A veces alude a la falta de noticias seguras y los restos del pasado apenas son unas piedras, algo que no puede considerarse monumento, piedras cuyas inscripciones ya se han borrado y que fueron testigo de un pasado glorioso. Una de las primeras alusiones, como era de esperar, se refiere a las huellas de los romanos, dispersas, apenas reconocibles y que, en medio de la naturaleza, solo las conoce algún paisano. En una de sus excursiones, quizá contrarrestando el dolor de esa pérdida con la ironía romántica, incluye una anécdota de rasgos claramente humorísticos. Nos dice que les acompaña un guía, un hombre vestido con un rústico atuendo, descalzo, que tiene la sutileza del aldeano:

Hablaba del emperador Plinio que había tenido su corte en aquellos cotarros y barajaba moros y romanos en la más chistosa confusión del mundo... Por muy dado que fuese a los estudios de la historia, según se dejaba traslucir, algo más aficionado se mostraba a la metalurgia, y sobre hallazgos preciosos y sobre ocasiones de hacerse rico tontamente desaprovechadas, nos ensartaba a cada parada sendas y curiosas mentiras.

El espacio aparece atravesado por el tiempo y son sobre todo los vestigios de los romanos, o de la Edad Media y los templarios, los que llaman su atención y señalan una ausencia (por ejemplo, al reflejar Ponferrada, desempeñan un papel fundamental en *El Señor de Bembibre*). Solo quedan las calzadas, algunas lápidas o piedras que no sirven más que de escasa base para imaginar el glorioso pasado. El silencio habla más que las palabras.

Junto a esta valoración del «pueblo rey» (denominación que procede de Chateaubriand), no deja de criticar la terminación o modificación en tiempos modernos de obras antiguas así como la demolición de alguna obra antigua por parte de los monjes para construir una más adecuada a sus necesidades, si bien está claro que la desamortización de Mendizábal le parece muy negativa para la conservación de lo que hoy llamaríamos «patrimonio histórico».

El paisaje presenta en general dos caras. Por un lado, está el paisaje bucólico, armónico, en el que la belleza de la naturaleza tiene un poder reconfortante y cuya experiencia supone un nítido placer estético, esa naturaleza que aparece separada del hombre en numerosos poemas que quieren ser un canto a la belleza. Por otro lado, tenemos el paisaje que irá más allá de las dimensiones humanas y que puede englobarse dentro de lo sublime: las montañas (Las Médulas, por ejemplo, constituyen un paisaje que nadie puede dominar en el que surge también lo amenazante):

Si alguno de los lectores ha cruzado esta cordillera y visto su naturaleza peñascosa y ruda, las tajadas quiebras y profundos valles que las surcan, conocerá la penalidad infinita con que debieron abrirse los canales que, colgados en escarpadísimas pendientes, todavía hoy nos suspenden y hielan de pasmo... La tierra parecía profundamente atormentada [...]

Las cumbres, las extrañas formas que presenta el espacio, tienen que entenderse por medio de la imaginación, de la fantasía y no de la razón. De ahí que el escritor tenga que recurrir a una comparación, a una figura, para intentar dar palabras a lo inefable: «[...] y se asemeja a un monumento levantado por la mano de una raza de gigantes, que solo ha podido conservar algunos restos dignos de su grandeza en su lucha desesperada con la naturaleza y el tiempo» (p. 87). En contraste con esa espectacular montaña, a sus pies se encuentra una miserable aldea que lleva el mismo nombre. Sin duda, en el párrafo anterior la aldea es emblemática del pasado del hombre: el tiempo abre ese otro abismo que ni siquiera queda mitigado por la idea del progreso, de un futuro trascendental en el que antes era posible creer desde una posición «natural».

Kant, siguiendo el impulso de la Ilustración, había proclamado que, mientras el día es bello, la noche es sublime⁶⁷. Los ilustrados admiraban

⁶⁷ Las conocidas reflexiones de Kant sobre lo «sublime» se encuentran en su *Critica de juicio* (Libro segundo: Analítica de lo sublime), pp. 178 y ss.

la armonía y el equilibrio, pero también los románticos se interesarían por lo irregular y lo oscuro (recuérdese, entre otras obras, la pintura de Caspar David Friedrich)⁶⁸. Cuando Enrique Gil recorre los diversos espacios de la geografía leonesa, nos encontramos en el otro lado de los hermosos jardines del sur: son los espacios agrestes, las montañas inaccesibles y el abismo, los lugares ante los cuales se queda sin palabras, pues constituyen el misterio y lo inefable.

Al describir los monumentos, iglesias o castillos, observamos que intenta ser objetivo, sin dejarse guiar por valoraciones que encuentra en libros de viajes o de otro tipo, y trata de elegir aquello que verdaderamente pueda interesar a sus contemporáneos. Díez-Taboada ha señalado el peculiar gusto artístico del autor y algunas curiosidades dentro de una evaluación que se inclina claramente por el gótico y que no reconoce el menor interés ni en el Barroco ni en el neoclasicismo. Una de sus descripciones detenidas, en la que sabe que cuenta con precedentes, dibuja la catedral de León, quizá uno de los pocos lugares reconocibles para un cierto número de lectores. En esta descripción, junto a las valiosas muestras artísticas que percibe, menciona a sus lectores algún detalle de interés:

Hay ángeles de luz y de tinieblas, predestinados y condenados, los tormentos del infierno y los deleites inefables del paraíso. Varias visiones del Apocalipsis están copiadas con poca gracia y belleza ciertamente, pero con un sentimiento íntimo y profundo del asunto y con rasgos de verdadera grandeza.

Esas oposiciones en irresoluble contradicción conforman el estigma romántico; el encuentro entre el cielo y el infierno se convertirá en matrimonio en la obra de William Blake. En la portada del edificio, cabe destacar la espiritualidad, incluso más allá del logro formal, lo inmaterial que es capaz de percibir un alma sensible más por la imaginación que por la razón. Es justamente la catedral la que hace que el escritor reflexione en torno a la experiencia artística y se extienda en unas líneas ensayísticas: para él la fascinación por el arte no es una experiencia exclusiva de una minoría; las obras de arte del pasado pueden ser estructuras incompletas, mutiladas, parcialmente regulares y armónicas, pero capaces de afectar a la imaginación del espectador; se produce una experiencia que no deja de ser confusa, rara y que puede alcanzar a cualquiera. En este caso, el monumento desprende una espiritualidad desnuda y enérgica, que no se ve afectada por los «desbarajustes» de la

⁶⁸ Véase Rafael Argullol, *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*.

composición ni por lo incomprensible de algunos elementos: en esto advertimos esa percepción de la historia, del paso del tiempo, que reconoce como ajeno el pasado y desconfía de las interpretaciones actuales del arte antiguo.

El texto de Gil y Carrasco está atravesado por la fascinación y las obsesiones que el autor muestra también cuando narra el viaje que realiza en julio de 1844 a Francia⁶⁹. En este nuevo viaje, tiene que dar cuenta a los lectores de una realidad diferente y de las sensaciones que supone un país que aún un pasado glorioso y los signos del progreso, monumentos famosos y trenes veloces. Así, al coger el tren en Orleans, antes de admitir la comodidad de este nuevo transporte, observa lo siguiente:

[...] la velocidad con la que pasan los objetos cercanos, como arrebatados por un torbellino, junto con el ruido de una sarta tan larga de carruajes, barre la vista y aturde no poco los oídos... parece cosa de magia, aunque a decir verdad la tal magia mucho más tiene en apariencia de negra que de blanca.

Muchos años después, Gustavo Adolfo Bécquer viajará al monasterio de Veruela, en Soria, aquejado por problemas de salud y de todo tipo. En el relato en que narra este viaje, en las cartas *Desde mi celda*, creo que pueden establecerse conexiones con la escritura de Enrique Gil que no resultan azarosas. A estas alturas no parece necesario señalar la importancia de esos textos de Bécquer, que últimamente han sido documentados y editados de manera ejemplar por Jesús Rubio⁷⁰, y cuya heterogeneidad ya había subrayado Pilar Palomo. Los primeros, según apreciamos, componen una crónica de viaje; los segundos son una exposición de su teoría poética, autobiografía e incluso narración novelesca⁷¹.

Cuando Bécquer escribe *Desde mi celda* tiene detrás una tradición romántica ya establecida y para muchos ya superada. El lugar en este texto, desde el que se produce la escritura, el monasterio de Veruela, supone en parte una continuación del tópico «menosprecio de corte y alabanza de aldea»: frente al descuido de las relaciones humanas, la rapidez y el materialismo de la vida en las grandes ciudades, la vida en el

⁶⁹ Publicado en *El Laberinto*, 20, 16 de agosto de 1844. Véase el texto en *Último viaje: Diario París-Berlín*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, VOLUMEN VII.

⁷⁰ Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda*, ed. Jesús Rubio Jiménez.

⁷¹ Gustavo Adolfo Bécquer, *Rimas. Leyendas. Cartas desde mi celda*, ed. María del Pilar Palomo.

monasterio le pone en relación con lo elemental, con lo natural⁷². Las grandes ciudades son iguales y suponen un alejamiento y una ruptura frente a la naturaleza.

El viaje le lleva a Bécquer a un lugar en el que, por una parte, se aleja de la agitación de la metrópoli y, por otra, encuentra una vida cotidiana, caracterizada por la simplicidad admirable de los campesinos castellanos. Esa vida se ha vuelto extraña y exótica para el sevillano: los románticos se dejaban llevar por lo exótico tanto en el espacio como en el tiempo y, si un alejamiento llevaba al Oriente, el otro terminaba con gran frecuencia en una Edad Media o en otros tiempos más remotos.

Gustavo Adolfo Bécquer recuerda el viaje que le ha llevado a Soria y empieza por señalar que la experiencia de viajar en tren es bastante negativa: el transporte es visto como un monstruo de acero, una serpiente negra, en la que se mueven agitados los viajeros, donde los vidrios suenan y los metales chirrían, de manera que básicamente se trata de una máquina que «crispa, marea y aturde» (p. 144), aunque también reconoce que la velocidad produce algunas sensaciones positivas.

Luego señala que es cuando cabalga a lomos de una mula cuando puede percibir el paisaje, los álamos, las plantas, la hierba y los precipicios con el agua al fondo, y que ese lugar es el que estimula su imaginación hacia otros lugares irreales. Justo en ese momento, en que desaparece el tiempo, cuando deja de percibirse el sujeto, es cuando la conciencia alcanza una dimensión superior:

Como quiera que cuando se viaja así, la imaginación desasida de la materia tiene espacio y lugar para correr, volar y jugar como una loca por donde mejor le parece, el cuerpo, abandonado del espíritu, que es el que se apercibe de todo, sigue impávido su camino hecho un bruto y atalajado como un pellejo de aceite, sin darse cuenta de sí mismo, ni saber si se cansa o no. (Bécquer, *Cartas desde mi celda*, pp. 153-154).

El narrador deja de percibir el tiempo y no sabe cuántas horas transcurren hasta que llega al monasterio, en cuyo retiro podrá mantener esa dimensión espiritual. Al poco de llegar ya nos encontramos, junto a una reflexión sobre las diferencias en la lectura de periódicos (en el monasterio frente a la ciudad), una espléndida descripción de la puesta de sol en las laderas del Moncayo (p. 159).

⁷² Véase, también de Jesús Rubio Jiménez, *Los Bécquer en Veruela: un viaje artístico literario*; y J. Rubio, *Viajeros románticos en el monasterio de Veruela*.

Ya sea como experiencia, como cuadro o como texto narrado, el viaje romántico es una búsqueda del yo, al mismo tiempo que se sustenta en la intención de ir en busca de lo desconocido, hacia *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad.

Casi cien años después, en un contexto muy diferente, Marcel Proust afirmará lo siguiente:

El único viaje verdadero, la única fuente de la Eterna Juventud, no consistiría en visitar nuevos paisajes, sino que sería tener otros ojos, ver el universo con los ojos de otro, de cientos de otros, ver los cien universos que cada uno de ellos ve, que cada uno de ellos es [...]73.

En esa declaración, Proust, cuyos viajes ocupan memorables páginas en su novela, termina diciendo que ese «otro» suele ser el escritor, el pintor, el artista con quien «realmente volamos de estrella a estrella». De este modo podemos pensar que en el viaje romántico no es solo el universo material lo que se aspira a conocer, sino que en realidad la novedad de la experiencia necesita una novedad interior. La realidad es un elemento que admite diferentes miradas y sus caracteres los desvela quien puede descifrar y traspasar el nivel de las apariencias. La experiencia de un viajero depende no solo del espacio que conoce, sino del tiempo en que se sitúa, de sus circunstancias e incluso del recuerdo borroso de alguna lectura o del sonido de un nombre. Ciertamente, cada viajero constituye un universo.

⁷³ Citado por Malcolm Bowie, *Proust Among the Stars*, p. xi.

Bibliografía

- Argullol, R., *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*, Barcelona, Plaza y Janés, 1987.
- Bécquer, G. A., *Desde mi celda*, ed. J. Rubio Jiménez, Madrid, Cátedra, 2002.
- Bowie, M., *Proust Among the Stars*, Columbia University Press, 1998.
- Caballero, Fernán, *La gaviota*, ed. Carmen Bravo Villasante, Madrid, Castalia, 1979.
- , *Rimas. Leyendas. Cartas desde mi celda*, ed. M. P. Palomo, Barcelona, Planeta, 1982.
- Gil y Carrasco, E., *Artículos de viajes y costumbres*, ed. R. Alba, Madrid, Miraguano Ediciones, 1999.
- , *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, ed. Paz Díez-Taboada, León, Diputación, 1985.
- , *Obra poética*, ed. E. Peral Vega, León, Diputación, 2000.
- Gullón, R., *Cisne sin lago*, León, Diputación Provincial, 1989.
- Kant, *Crítica del juicio*, ed. Manuel García Morente, Madrid, Espasa Calpe, 1991.
- Litvak, L., *La literatura española de viajes en la segunda mitad del siglo*, en *Historia de la literatura española*, dir. V. García de la Concha, Vol. 9, Siglo XIX (2), coord. L. Romero Tobar, Madrid, Espasa Calpe, 1998.
- , *El tiempo de los trenes. El paisaje español en el arte y la literatura del Realismo (1849-1918)*, Barcelona, Serbal, 1991.
- Picoche, J.-L., *Un romántico español Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*, Madrid, Gredos, 1978.
- Romero, L. y P. Almarcegui, coord., *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Universidad Internacional de Andalucía-Akal, 2005.
- Rubio Jiménez, J., *Los Bécquer en Veruela: un viaje artístico literario*, Zaragoza, Ibercaja, 1990.
- , *Viajeros románticos en el monasterio de Veruela*, Zaragoza, Diputación Provincial, 1999.

Enrique Gil en El Bierzo: dolor y conciencia crítica del viajero extraño en su patria



ANICETO NÚÑEZ

El *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior* lo presentó Enrique Gil en una serie de ocho artículos —nos ocuparemos aquí de los cinco dedicados al Bierzo—, publicados en el periódico *El Sol* en 1843. Su destinatario no sólo era el ciudadano culto, sino también el lector habitual de periódicos en aquella época.

A partir del realismo de Flaubert, contemporáneo de Gil, que una vez más se anticipa y es precursor, la literatura dejó de transformarse en un grito personal para convertirse en una manera de expresar la relación del hombre con la realidad. Realidad que no es más que el medio, el contorno que nos envuelve. Este intento permitía describir, desde la literatura, aspectos ocultos de la vida social y de la historia. Se trataba, fundamentalmente, no sólo describir lo que se veía en palabras o en pinturas, sino encontrar la verdad en toda su profundidad. La belleza del paisaje exige descubrir los problemas sociales, abriendo la posibilidad de analizar realidades humanas menos idealizadas: el individuo está configurado por sus deseos y sus necesidades tanto como por su situación social y su entorno.

En *Anochecer en San Antonio de la Florida*, Enrique Gil nos lo deja perfectamente descrito:

Su orgullo de hombre se había visto lastimado y herido, la pobreza le había rodeado con su manto de abandono y privaciones; y, desamparado de los hombres, habíase obligado a conversar, como lord Byron, con el espíritu de la naturaleza... Sólo de cuando en cuando, y como por singular merced, le dejaba ver en el cielo del porvenir el sol rutilante de la libertad alumbrando a pueblos colosos que llevaban arrastrando en pos de sí las cadenas y los cetros de los déspotas.

En este *Bosquejo* coinciden dos influjos fundamentales: la conciencia de lo desconocido, a pesar y a causa del conocimiento histórico y el torrente de la Ilustración declarando su empeño en el cambio y en el progreso. De ahí sus denuncias: “El Bierzo debió de estar mucho tiempo en manos de la soledad y del abandono”.

Abandono y desprecio hacia la agricultura o a la ganadería, al arte y a las costumbres... por ello, el “interior” que aparece en el título no se agota en lo meramente geográfico, sino en el “interior del yo”, de su patria. El interior que no sólo contempla, sino que define. El esquema general a lo largo y ancho de su libro es sencillo: en primer lugar, la belleza de las ruinas o de las costumbres. Pero Gil y Carrasco no se queda ahí: voltea todas las campanas del Bierzo para denunciar el estado de abandono y para proponer acciones inmediatas. “La Babia es un país triste, desnudo y riguroso”. “El país [de los maragatos] es árido y triste en general”. La esperanza de toda una generación de intelectuales y algunos políticos que lucharon denodadamente para que todas las campanas del Bierzo resonaran al mismo tiempo para iniciar el camino del cambio y del progreso.

Enrique Gil se lamentaba de la situación en toda España: “¿Tan poco digna de respeto es la bandera del pueblo español, tan menguado su sentimiento íntimo, que así se deja arrinconada aquella entre las inútiles antiguallas y así se tuerce y desnaturaliza éste, como si fuese menester buscarle fuera pujanza y vida con que existir y desarrollarse? Por ese camino, pronto nos veremos como un bajel que encalla en una playa inhospitalaria y desierta”.

En su primer artículo, Gil afronta la realidad de todo este planteamiento. Debemos abandonar la arqueología y la nostalgia para sentarnos en esa “extraña colina que se dibuja sola y orgullosa sobre el fondo del cielo”. La denominamos Castro de la Ventosa. Es Roma. Una Roma que nos ha transmitido energía y pensamientos. Pensamientos que deben recorrer su camino: primero, conocer. Después, investigar. El Bierzo está a nuestro alcance: Cacabelos, Carracedo, Ponferrada,

Columbrianos y San Andrés, la Aquiana y el Sil, Villaverde y Dehesas, Toral de Merayo, Rimor, Priaranza, Cornatel, Vilela y Corullón. El espacio y el tiempo juegan caprichosamente en las “tajadas cárcavas y los caprichosos picachos encendidos de Médulas”. Es el resultado de una raza que, durante siglos, formó parte del imperio romano. ¿Feneció toda esta grandeza? ¿O los bercianos sólo estamos esperando que retorne aquella raza de gigantes? Esa espera sólo resultará fructífera si logramos tener su grandeza en la lucha entre el tiempo y la acción. Con seguridad, fue el pensamiento que Enrique Gil desarrolló sentado en la extraña colina del Castro de la Ventosa.

El segundo artículo se refiere a las Médulas, de donde salieron decenas y centenas de libras de oro, como afirmó Plinio: “En ninguna parte del mundo por tantos siglos ha habido esta fertilidad de oro”. En el año 1840, en pleno otoño berciano plagado de castañas, Gil, con amigos, visitó la red de canales que recogían las aguas de las montañas para “derrumbar los montes” lavando el oro que esos parajes bermellones escondían en sus entrañas. “Poco tardamos en vernos encerrados entre barrancos profundísimos, flanqueados de altas y tajadas murallas de barro colorado, coronadas con remates de caprichosas formas”. La tierra parece allí profundamente atormentada. Las montañas están abiertas en todas las direcciones. Visitaron con interés la ruina de Orellán, que es la más famosa por su extensión y anchura y donde “el aire es grueso y húmedo”, asegura Gil. Sin duda, la presencia multiseular de Roma en El Bierzo, precisamente en los momentos en que Roma dominaba el mundo, tuvo que producirse una influencia de la que no tenemos informes precisos. Pero no debemos olvidar que a *Bergidum Flavium* (actualmente, Pieros-Cacabelos) llegaban tres importantes itinerarios realizados por los romanos. La *gens Flavia*, a la que perteneció Vespasiano, que decidió bautizar a *Bergidum* con su apellido, *Flavio*, se instaló en El Bierzo, donde se formó, desarrolló y vivió la rama de Teodosio, familia de la *gens Flavia*, sobre lo que coincide el acuerdo progresivamente elaborado de los historiadores. Con Teodosio, Egeria, la sonrisa del Bierzo, y Máximo, emperador relacionado con la familia teodosiana, todos ellos en torno a *Bergidum*.

El tercer artículo se refiere a la memoria que los bárbaros (suevos, visigodos...) dejaron en El Bierzo. El primero de esos grandes personajes fue san Fructuoso, nacido en Braga (Portugal) y vástago de estirpe noble de los godos que, visitando propiedades familiares en El Bierzo, decidió crear en Compludo un monasterio para que todos aquellos que desearan vivir su fe de acuerdo con lo que les exige,

podieran tener un lugar separado del mundo y practicar el ascetismo en pleno siglo VII. Posteriormente, Fructuoso fundó el monasterio de San Pedro de Montes. Le sucedió Valerio del Bierzo, perseguidor implacable del demonio y vencedor de muchas luchas con él. En el siglo IX, san Genadio reedificó Montes y creó el monasterio de Peñalba. Los tres, Fructuoso, Valerio y Genadio, y sus fundaciones de Compludo, Montes y Peñalba, constituyen la Tebaida berciana.

A partir del siglo X comenzaron a surgir nuevos monasterios, como Carracedo y Vega de Espinareda, donde cursó estudios Enrique Gil en su juventud. Sin duda alguna, la descripción de la subida al Valle del Silencio, acompañado por amigos, merece releerla:

...el camino se aparta de él y sube a la montaña. Allí comienza la soledad con sus peculiares escenas y sensaciones. Los ruidos del valle se apagan, desaparecen los pájaros de sus jardines, el silencio es el único señor de aquellos ásperos collados y solamente se percibe, confuso y quebrado por los ecos, el rumor sordo y monótono del Oza que corre por aquella angostísima garganta a una profundidad tremenda. Crecen los matorrales con pujanza y el camino que en las revueltas de los cerros y bajo sus sombras se oculta, da al país el aspecto ciego y enmarañado de aquella *selva selvaggia ed aspra e forte* que Dante encontró en la mitad del camino de su vida...

Su cuarto artículo se centra en las iglesias de arte románico, aunque Gil mantiene la denominación de “lombardo” porque en el norte de Italia sucedió al estilo bizantino. En Corullón encuentra las iglesias de San Esteban y San Miguel. En Villafranca, donde se instalaron los monjes de Cluny, menciona la iglesia de Santiago, cercana a un pequeño hospital de peregrinos.

En el año 990 el rey Bermudo II *el Gotoso* fundó el monasterio de Carracedo, sin duda el más sobresaliente del Bierzo. Finalizada la época de las luchas permanentes entre la Cruz y la Media Luna, este monasterio creció en consideración y riquezas. La infanta doña Sancha gobernaba El Bierzo desde sus aposentos en el monasterio. De repente, Enrique Gil explota, atacando no sólo a la ignorancia, sino también el atrevimiento de los monjes que, con el fin de celebrar bien de pontifical, derribaron la iglesia para ampliar el presbiterio. ¡La iglesia de doña Sancha! Sólo pudo callar y morder los labios, pero no pudo evitar la crítica: “Triste es el vandalismo de las guerras y revoluciones, pero el que se oculta detrás de las corbatas y hopalandas, es cien veces más odioso y repugnante”. Al menos, se salvó, nos dice, la habitación de la

infanta Sancha, que también creó el monasterio de monjas bernardas de San Miguel de las Dueñas.

Ponferrada, Bembibre, Cornatel, Corullón son los castillos que ocupan la quinta descripción que trata los restos militares. El castillo de Bembibre fue, tal vez, un puesto para descanso. Enrique Gil lo utilizó para centrar las escenas trágicas del amor entre don Álvaro y doña Beatriz, entremezclándose con el final de los templarios. El contraste con Bembibre sería Cornatel, que se parece más a un nido de aves que a una morada de guerreros. Terreno inaccesible y agreste donde se estableció una ventana al abismo, que causa un vértigo inigualable, pero que es capaz de controlar las comunicaciones con Galicia. Por el contrario, Corullón controlaba colinas suaves, huertos de cultivo, prados y sotos de castaños, y todos estos castillos pertenecían a los templarios, como el de Ponferrada, donde Gil se detiene.

El castillo de Ponferrada adorna su puerta principal con la cruz de ocho puntas, símbolo del Temple. En el cuartel interior central encontramos la cruz orlada por el ya conocido versículo, *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*. En lengua conocida, “¡Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda!”. Durante ciento ochenta años, el Temple había sido considerado como la orden más rica y poderosa del mundo. Símbolo ardiente y eterno de las cruzadas para salvar Jerusalén, fueron burlados en su fe y engañados en su esperanza.

No cabe duda de que Enrique Gil era un defensor de la dignidad de esos cruzados y del error de su aniquilación. Pero, además, este castillo de Ponferrada, concluye el viajero, “está ligado a los recuerdos de su infancia, a las puras alegrías del hogar doméstico y a los ilusiones generosas de la primera juventud”.



Índice

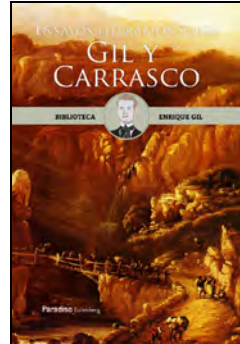
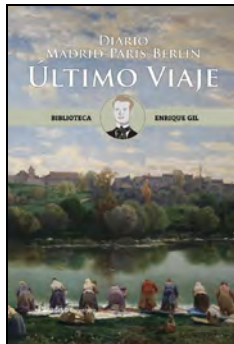
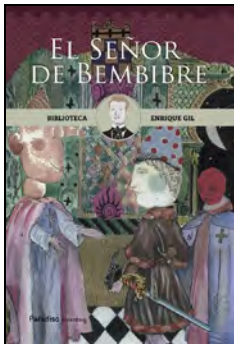
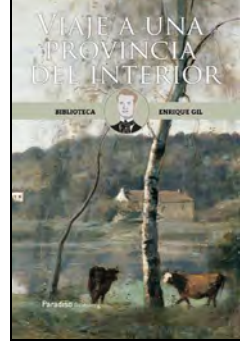
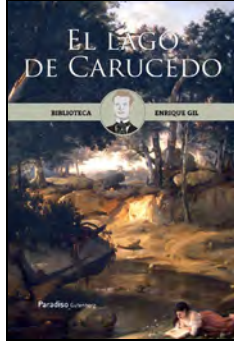
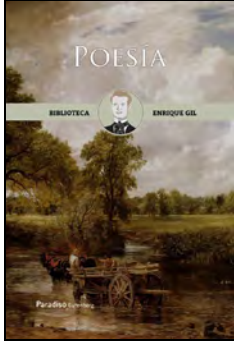
Nota del editor	9
Ediciones anteriores	9
<i>El Sol</i> , de Ríos Rosas (1843)	10
La edición amiga de Joaquín y Fernando	11
Nuestra edición	13
Originales manuscritos	14
<i>Lecturas</i>	17
Bibliografía	19
Viaje a una provincia del interior.....	21
Primera Parte. El Bierzo.....	23
I. <i>Bergidum</i>.....	25
Prólogo del viajero	25
Hacia el regazo feliz	27
Vestigios romanos	29
Batalla de Cacabelos.....	32
Castros	35
II. Aventura en las cuevas y pasadizos de Las Médulas	38
Los <i>carriles</i> o canales romanos.....	40
Por las galerías con <i>Ferrascús</i>	41
Vista panorámica	45
La Palomera.....	48
III. El Valle del Silencio y la Tebaida berciana	51
Valle del Silencio.....	53
Ascensión a la Aquiana.....	55
Mirador del Bierzo.....	57
Peñalba	60
IV. Monasterios bercianos	64
Corullón.....	65
Villafranca	65
Carracedo.....	67
V. De Bembibre a Cornatel por los castillos del Bierzo	73
Los templarios.....	73
Cornatel.....	74
Corullón.....	77
Ponferrada.....	78
Templarios y francmasones.....	80
Segunda parte. Viaje por la provincia de Leon.....	83
VI. Regreso a la ciudad de Astorga.....	85
Historia de Astorga	85
Catedral de Astorga	87
El seminario y la guerra	89
Por el Páramo.....	90
Santuario del Camino.....	92
VII. La ciudad de León.....	93
Romanos, godos y árabes	93
León monumental	94
La Catedral.....	98

Las naves y el coro	101
VIII. Por la vega del Torío, camino de Sahagún.....	105
El convento de San Marcos	105
Vandalismo	107
Lancia.....	108
Sahagún de Campos	109
Lecturas	113
Un viajero llamado Enrique, JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA	115
Gil y Carrasco, viajero lírico	116
De Villafranca a Berlín.....	117
Artículos y apuntes viajeros	118
Técnica oteadora.....	120
Gil y Carrasco, observador romántico.....	122
Tipos itinerantes	123
Carruajes y trenes europeos	125
El Bierzo, la medida de los paisajes.....	126
La mirada de Enrique Gil, PAZ DÍEZ-TABOADA.....	129
1. Visión de conjunto.....	129
2. Género literario e intención reivindicativa.....	131
3. Citas e influencias literarias.....	134
4. Documentación, gusto artístico y defensa de las órdenes.....	137
5. “Joven y bella estás, naturaleza...”	141
La mirada romántica: el viaje interior de Enrique Gil, EPÍCTETO DÍAZ.....	145
Enrique Gil en El Bierzo, viajero extraño en su patria, ANICETO NÚÑEZ.....	157
Índice	162

BIBLIOTECA



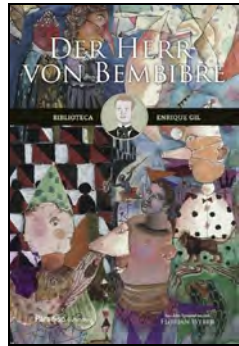
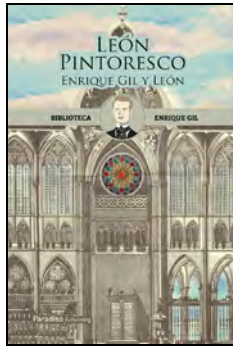
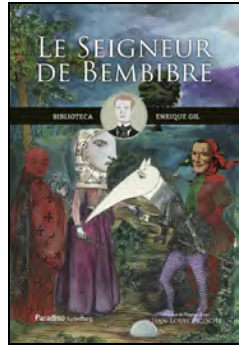
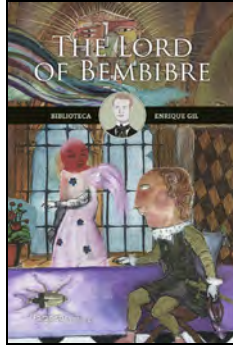
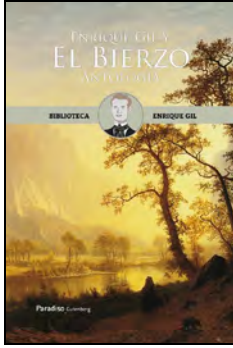
ENRIQUE GIL



BIBLIOTECA



ENRIQUE GIL



(...)

